This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

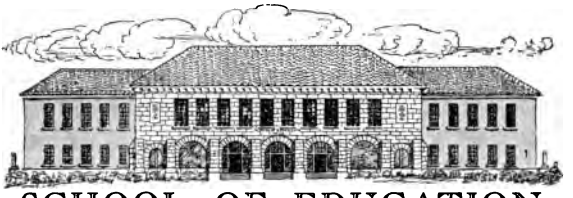
Método-Berlitz para la enseñanza de idio
Stanford University Libraries
3 6105 04926 4851

MÉTODO-BERLITZ.

PUBLISHED BY M. D. BERLITZ,

1122 Broadway, New York.

FRENCH.



SCHOOL OF EDUCATION
LIBRARY

TEXTBOOK COLLECTION
GIFT OF
THE PUBLISHERS

STANFORD UNIVERSITY
LIBRARIES

	$1.00
	1.00
	1.50
	.75
	.10
	1.25
	.25
	1.00
	.25
Le Français Commercial	.75

GERMAN.

Methode Berlitz, Erstes Buch, $1.00; Zweites Buch . . . $1.00
(These books offer the same advantages as the French series.)

German with or without a Master, the most practical method for self-instruction and schools; all difficulties simplified and pronunciation marked. 1st vol. $1.00; 2d vol. (sold separately) . . 1.25

Key to exercises of the above (each volume) 25

The German Verb and Idioms, giving practice in the irregular verbs by short stories followed by complete conjugation tables and explanations of idioms 25

Praktische Grammatik der deutschen Sprache. With numerous practical exercises 75

Das Geschlecht der Substantive, containing all the rules on the gender of nouns, with exercises 25

Deutsche Handelssprache 75

FOR FOREIGNERS TO LEARN ENGLISH.

Berlitz Method, First Book, $1.00; Second Book 1.00

English Literature 1.50

Commercial English 75

SPANISH, Método Berlitz (complete) 1.50

Spanish with or without a Master, the most practical method for self-instruction and schools, all difficulties simplified and pronunciation marked. 2 volumes, each (sold separately) 1.00

Key to the Exercises of the above (for each volume) 25

El Español Comercial (in preparation) 75

A Practical Smattering of Spanish 30

Los Verbos Españoles 25

ITALIAN, Metodo Berlitz (complete) 1.50

Letteratura Italiana 1.50

Russian, Bohemian, Swedish, Danish, Dutch, and Hungarian Methods (each complete) 1.50

Pictures for the Object-Lessons 75

Selections for Idiomatic Translation into Foreign Languages . . . 30

Notes to the above, French or German, each 15

THE BERLITZ METHOD FOR CHILDREN.

All Lessons based on Object-Teaching.

Profusely Illustrated; Large Print.

French Part $1.00

German Part 1.00

English Part 1.00

EDITION BERLITZ, { **French Comedies** . . . . $.25
" **Sketches, Storiettes, etc.** .15

(See Special Catalogue.)

Señor Director

de la Escuela de Lenguas Berlitz.

Muy Señor mio y de mi mayor consideración:

Con verdadera complacencia y respondiendo á su pregunta, le manifiesto que mi parecer acerca del método Berlitz es de todo punto favorable. El éxito feliz que ha obtenido tal método en España ha sido y es la prueba mejor de sus excelencias.

Con este motivo, reitera á V. la expresión de su afecto s. s. q. b. s. m.

Conde de Romañones,

Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes.

MÉTODO-BERLITZ

PARA LA

ENSEÑANZA DE IDIOMAS MODERNOS

PARTE ESPAÑOLA

POR

M. D. BERLITZ

CHEVALIER DE LA LÉGION D'HONNEUR
OFFICIER D'ACADÉMIE

CON LA COLABORACIÓN DE

DON BENITO COLLONGE

NUEVA EDICIÓN REVISTA Y AUMENTADA

NEW YORK
M. D. BERLITZ
1907

663309

Entered according to Act of Congress, in the year 1890, by BERLITZ & Co.,
and in the year 1905, by M. D. BERLITZ,
In the office of the Librarian of Congress, at Washington, D. C.

Todos los derechos reservados.

Queda terminantemente prohibido servirse de mi nombre para la publicidad sin mi autorización formal.

M. D. BERLITZ.

Imprenta de C. H. HEINTZEMANN, 185 Franklin Street, Boston.

PRÓLOGO

Al adaptar el método-Berlitz al idioma castellano ó español, la idea original de su autor, el Sr. M. D. Berlitz, fué usarlo sólo en sus institutos; y, como se había logrado ponerlo en práctica, haciendo que los discípulos copiasen las lecciones, no se había creído necesario imprimirlo en castellano. Pero, haciéndose el método cada día más universalmente conocido y apreciado por los provechosos resultados que va dando, naturalmente háse multiplicado el número de alumnos, y de diferentes partes recíbense continuos pedidos del método en castellano.

Con tal motivo, el Sr. Berlitz, en el deseo de complacer tanto á sus alumnos como á los particulares y establecimientos, que siguen su método para enseñar, ha creído de su deber presentarles su obra, impresa en español, para evitar á los unos la molestia de copiar las lecciones, y para satisfacer la demanda de los otros.

Como el objeto del autor es dar á luz su método español en un solo libro, y éste no muy extenso, hánse omitido en esta edición las observaciones, anotaciones y algunos ejercicios contenidos en los métodos-Berlitz de francés, inglés y alemán. Los profesores podrán ver dichos ejercicios y anotaciones en los referidos métodos. Será suficiente indicar aquí, que ellos ejerciten al discípulo, ya haciéndole muchos ejemplos, ó preguntas, análogos á los de la lección; ya dándole dictados con vocablos omitidos, para que el discípulo los supla, basta que comprenda bien el uso de las palabras ó frases que se trata de enseñar, y quede familiarizado con ellas.

ÍNDICE.

I. LECCIONES PREPARATORIAS.

Enseñanza por medio de objetos.

	VOCABULARIO.	GRAMÁTICA.	PÁG.
PRIMERA LECCIÓN.	Objetos y colores.	Afirmación y negación. Pronombres personales en nominativo . .	3
SEGUNDA LECCIÓN.	Dimensiones.	Comparativo . . .	4
TERCERA LECCIÓN.	Vestidos, partes del cuerpo.	Nominativo y genitivo. Pronombres y adj. posesivos y demostr. El verbo *ser* en singular.	5
CUARTA LECCIÓN.	Lugar.	Preposiciones y adverbios. El verbo *estar* en singular	7
QUINTA LECCIÓN.	Acción.	Verbos de movimiento en sing. de indicativo é imperativo. Pronombres en acusativo	8
SEXTA LECCIÓN.	Números.	Plural de las lecciones precedentes . .	10
SÉPTIMA LECCIÓN.	Cantidad.	Continuación del plural. Adverbios de cantidad. El verbo *tener* . .	13
OCTAVA LECCIÓN.	Alfabeto y términos necesarios para leer y escribir.	Deletrear . . .	15
NOVENA LECCIÓN.	Repetición.	Ejercicio para leer y escribir	17
DÉCIMA LECCIÓN.	Extensión de las ideas precedentes.	Adverbios y pronombres de cantidad. Pronombres en acusativo. Adverbios de lugar. Verbos reflexivos . .	20

			PÁG.
LECCIÓN ONCE.	Poder, deber, querer, etc. Pesado, ligero; fuerte, débil, etc. Bastante, demasiado, etc.	Infinitivo, gerundio. Proposiciones subordinadas	22
LECCIÓN DOCE.	Dar, traer, etc. Decir, mandar, etc.	Dativo — Pronombres enclíticos y afijos. Ejercicio elemental en el uso del subjuntivo con verbos de voluntad	25
LECCIÓN TRECE.	La palabra *con* expresando instrumento. De los sentidos — comer y beber. Flores, comestibles y bebidas		28
LECCIÓN CATORCE.	Cosas que sirven para comer y beber. — Sabores. Agradar, agradable, desagradable, hermoso, feo. En un restaurant		30

II. TROZOS ELEMENTALES.

Enseñanza por asociación de ideas.

(*Presente de indicativo.*)

El reloj (ejerc.)	conteniendo:	La división del tiempo . . .	37
El año (ejerc.)	"	" " " " . . .	38
El día y la noche (ejerc.)	"	" " " " . . .	40
El mal tiempo (ejerc.)	"	Las expresiones del tiempo que hace — adverbios de tiempo . . .	42
Los animales (ejerc.)	"	Los verbos vivir, etc., marchar, etc., sensaciones	45
El hombre (ejerc.)	"	Calidades y acciones del espíritu — sentimientos	47
La familia (ejerc.)			49

(*Pasado definido.*)

Conversación 50
Ejercicios. 53

(*Pasado indefinido.*)

Conversación 55
Ejercicios. 57

(*Futuro.*)

Conversación 58

PÁG.
La invitación (ejerc.); conteniendo nombres de países, etc. . . . 59
La partida (ejerc.); conteniendo el vocabulario necesario para viajar, hospedarse en la fonda, comprar, etc. 61
La llegada (ejercicios) 63
Paseo por Madrid (ejercicios) 66
Paseo por Madrid (continuación) (ejercicios) 68

III. TROZOS INTERMEDIOS.

(*Presente, futuro, pasado indefinido.*)

En la fonda 73
En correos 75
En teléfonos 77
Piso de alquiler (ejerc.) 79
Mobiliario (ejerc.) 82
La sastrería (ejerc.) 85
Una visita (ejerc.) 87
La salud (ejerc.) 93
Invierno (ejerc.) 95
Primavera (ejerc.) 97
Verano (ejerc.) 99
Otoño (ejerc.) 101

(*Imperfecto.*)

Origen de la Lengua Castellana (ejerc.) 103
Recuerdos del colegio (ejerc.) 107
Corrección de los perezosos (ejerc.) 108

(*Subjuntivo presente.*)

La escapada del colegio (ejerc.) 109
En camino (ejerc.) 112
En la caverna de los bandoleros (ejerc.) 114

(*Subjuntivo preterito imperfecto.*)

Una excursión al campo (ejerc.) 118
Los tres deseos (ejerc.) 119

(*Pasado definido é imperfecto.*)

El almuerzo de Napoleón (ejerc.) 124
" " (continuación) (ejerc.) 125
" " (continuación y fin) 127
El árabe y su caballo (ejerc.) 129

IV. LECTURAS CORRIENTES.

PÁG.

Un mozo que no tenía talento 137
Una respuesta atenta convertida en dinero 137
Un hombre de corazón noble 138
Lo que es la suerte 138
Sangre fría 138
Rasgo de Felipe II 139
El portugués 139
Una respuesta inesperada 140
Ahí me las den todas 140
Quien no te conozca te compre 140
La buena y la mala fortuna 141
El vendedor de esparragos 143
De la brava y descomunal batalla 144
Un médico de campo 149
El lugareño en Madrid 154
Arenga del rey Don Enrique 159
Poderoso caballero es Don Dinero 161
A una nariz 163
El gnomo 164
La jitanilla 171
Las perlas 177
En este país 184
De la vida de Lord Byron 189
Don Quijote 194
" " 201

APÉNDICE.

I. Correspondencia comercial:
a. Fórmulas corrientes 209
b. Fórmulas finales 210
c. Ejercicios 211

II. Cartas de amistad:
a. Principio 212
b. Final 216
c. Ejercicios 216

LECCIONES PREPARATORIAS

PRIMERA LECCIÓN

El libro.	La pluma.
El lápiz.	La regla.
El papel.	La caja.
El reloj.	La mesa.
El tintero.	La silla.
El suelo.	La puerta.
El techo.	La ventana.
El cuadro.	La cortina.
El periódico.	La pared.

¿Qué es ésto? Es el libro, la mesa, etc.

¿Es ésto el libro? { *Sí, es el libro. / No, no es el libro, es el papel.

¿Es ésto la ventana, el techo, el suelo?

¿Es ésto el libro ó el lápiz? { Es el libro. / Es el lápiz. / No es el libro ni el lápiz, es la regla.

¿Es la puerta ó la ventana? ¿Es el suelo ó el techo? etc.

Colores: Negro, blanco, rojo, pardo, amarillo, verde, gris, azul.

El lápiz es pardo, el libro es gris, el techo es blanco, el tintero es negro, el papel es rojo.

¿Qué es ésto? Es el libro. ¿De qué color es el libro? El libro es gris. ¿Qué es ésto? Es el techo. ¿De qué color es el techo? El techo es blanco.

Blanco, blanca; negro, negra; amarillo, amarilla; rojo, roja.

El tintero es negr*o*, *la* regla es negr*a*; *el* papel es rojo,

*El Profesor debe exigir que el discípulo responda: Sí, señor, no señor, señora, señorita.

la cortina es roja; *el* libro es gris, *la* pared es gris; *el* lápiz es azul, *la* pluma es azul.

¿De qué color es el papel? Es rojo. ¿De qué color es la cortina? Es roja. ¿De qué color es el lápiz? Es azul. ¿De qué color es la pluma? Es azul. ¿De qué color es el tintero? Es negro. ¿De qué color es la regla? Es negra. ¿Es gris el techo? No es gris, es blanco. ¿Es la silla parda ó amarilla? Es parda. ¿Es la regla roja ó azul? Ni es roja, ni azul; es negra.

SEGUNDA LECCIÓN

El lápiz negro es *largo;* el lápiz rojo no es largo, es *corto.* La pluma amarilla es *larga;* la pluma negra es *corta.*

¿Es largo el lápiz negro? ¿Es corto el lápiz negro? ¿Es la pluma amarilla corta?

El libro verde es *ancho;* el libro rojo no es ancho, es *estrecho.* La ventana es ancha; la puerta es estrecha.

¿Es el libro verde ancho ó estrecho? ¿Es ancha la puerta? ¿Es estrecho el papel?

El libro rojo es largo y ancho, es *grande.* El libro gris es corto y estrecho, es *pequeño.* La ventana es grande; la mesa es *pequeña.*

¿Es el libro gris grande? ¿De qué color es el libro grande? ¿De qué color es el lápiz pequeño? ¿Es grande la mesa? ¿Es grande el papel rojo? ¿De qué color es el libro pequeño?

El libro rojo es *grueso.* El libro gris es *delgado.* ¿Es grueso el libro rojo? ¿Es delgado el papel? ¿Es *gruesa* la pluma? ¿Es *delgada* la regla?

Más largo que, tan largo como.

El lápiz negro es largo y el lápiz verde es largo; el lápiz negro es *más* largo *que* el lápiz verde. ¿Es el lápiz negro más largo que el lápiz verde? Sí, señor, es más largo. ¿Es la pluma roja más larga que la (pluma) negra? El

libro gris es más grande que el libro rojo. ¿Es el libro gris más grande que el (libro) rojo? Sí, Señor, es más grande.

La pared es más larga que la mesa; la mesa no es *tan* larga *como* la pared. El suelo es tan largo como el techo. ¿Es la mesa tan larga como la pared? Es la pared más larga que la mesa? ¿Es la ventana más ancha que la puerta? ¿Es el libro negro tan ancho como el (libro) rojo? ¿Es la pluma más gruesa que el lápiz? ¿Es el lápiz tan grueso como la pluma?

La mesa es *alta*, la silla es *baja*.

¿Es alta la ventana? ¿Es la puerta tan alta como la ventana?

¿Es la ventana más alta que la puerta? ¿Es la silla tan alta como la mesa?

TERCERA LECCIÓN

Vestidos: La levita, el chaleco, el pantalón, el sombrero, la bota, el pañuelo, la corbata, el cuello, el puño, el guante, el paraguas.

¿Quién? — El señor, la señora, la señorita.

Yo soy — él, ella, Ud. es.

Yo soy el profesor; Ud. es el señor Mena. El es el Sr. Sanchez. Ella es la señorita Sanchez.

¿Quién soy yo? ¿Quién es Ud.? ¿Quién es el caballero? ¿Quién es la señora?

¿Quién es este señor? Es el Sr. Mena. ¿Quién es esta señora? Es la señora Díaz. ¿Quién es esta señorita? Es la Srta. Sanchez.

¿Es este señor el Sr. Mena? Sí, él es. ¿Es esta señora la Sra. Díaz? Sí, ella es. Yo soy el profesor. ¿Es. Ud. el profesor? Yo soy español. ¿Es española la señora?

¿Soy yo más alto que Ud.? ¿Quién es más alto?

¿De quién es este sombrero? Es { del señor Mena. / de la Sra. Díaz.

mi pañuelo, — (el) mío; mi corbata, — (la) mía.
su pañuelo, — (el) suyo; su corbata, — (la) suya.

Este es mi libro, su libro de Vd., el libro del señor. Mi pluma, su pluma de Vd. etc. ¿Qué es ésto? Es mi libro, su libro, mi pluma etc. ¿Es ése el guante del Sr. Mena? Sí, es su guante (de él). ¿Es ésta la corbata del Sr. Sanchez? No, no es su corbata, es su pañuelo (de él). ¿Es éste el sombrero de la Sra. Díaz? Sí, es su sombrero (de ella). ¿Es ésa la pluma de la Srta. Díaz? No, no es su pluma (de ella). ¿Es éste mi libro? No, no es su libro, es su periódico. ¿Es éste mi puño ó mi cuello? Ni es su puño, ni su cuello, es su pañuelo.

¿De quién es este libro? Es mío. ¿De quién es esa corbata? Es mía. ¿Es éste mi lápiz? Sí es suyo (de Ud.). ¿Es ésta su corbata de Vd.? No, no es mía, es suya (de él). ¿Es suyo ese sombrero, señorita? No, no es mío, es del Sr. Ríos. ¿Es mía esa pluma? No, señor, no es suya. ¿Es aquél el paraguas de la Sra. García? Sí, es suyo (de ella). ¿De quién es esta caja? Es del profesor. ¿De quién es ese guante? Es de la señorita. ¿No es ésta la pluma de la Sra. García? No, no es la suya (de ella). ¿Es mío ese paraguas? No, no es suyo, es del Sr. Villanueva. ¿Es ésa la regla del Sr. Ríos? No, no es la (regla) suya (de él), es la del Sr. Mena. ¿Es éste su reloj ó el (reloj) mío? No es el (reloj) mío, es el suyo. ¿Qué guante es éste? Es el (guante) de la Srta. Fernandez. ¿Es éste el guante de la Srta. Fernandez? Sí, es el suyo (de ella). ¿Qué pañuelo es éste, señor? Es el (pañuelo) mío. ¿No es ésa la pluma de Vd. señorita? Sí, es la mía.

¿Cuál? Este, ese, aquel; esta, esa, aquella.

Este lápiz es mío, ese lápiz es de Vd., aquel lápiz es del señor. Esta pluma es roja, esa pluma es parda, aquella pluma es verde. ¿Cuál es su lápiz de Ud.? Este. ¿Cuál es el mío? Ese. ¿Cuál es el del señor? Aquél. ¿De qué color es esta corbata? Esa corbata es negra. ¿De quién es aquella pluma? Aquella pluma es del señor Serrano.

¿Qué silla es aquella? Es la silla amarilla. ¿Cuál es el libro grueso? ¿Cuál es su guante? ¿Qué lápiz es el más pequeño? ¿Qué libro es el más grande?

Partes del cuerpo: — la cabeza, la cara, la frente, el ojo, la oreja, la nariz, la boca, el cuello, el pecho, la espalda, el hombro, el brazo, la mano, el dedo, la pierna, el pié.

El brazo derecho, el brazo izquierdo; la mano derecha, la mano izquierda.

¿Qué brazo es éste? ¿Qué mano es ésta? ¿Cuál es su brazo izquierdo? ¿Cuál es su mano derecha? ¿Es éste mi pié derecho ó izquierdo?

CUARTA LECCIÓN

¿Dónde? Encima de (sobre), debajo de, delante de, detrás de, entre, dentro de, fuera de, en.

La caja está encima de la mesa; la cesta está debajo.

La mesa está delante de mí, la pizarra está detrás.

La mesa está entre Vd. y yo.

El lápiz está dentro de la caja; la pluma está fuera.

El libro está en la mesa; la silla está en el suelo; el cuadro está en la pared.

El señor A. está sentado en la silla; el señor B. está de pié en el suelo.

¿Dónde está la caja? Encima de la mesa.

¿Dónde está la cesta? Debajo de la mesa.

¿Qué (quién)?	**¿Dónde?**
Yo soy el profesor.	Yo estoy delante de la pizarra.
Vd. es alto.	Vd. está detrás de la mesa.
El señor es español.	El está entre Vd. y yo.
El libro es rojo.	El libro está en la mesa.
¿De qué color es la silla?	¿Dónde está la silla?
¿Quién soy yo?	¿Dónde estoy yo?
¿Qué libro es éste?	¿Dónde está el libro?
¿Es su guante negro?	¿Está su guante en el bolsillo?
¿Es española la señora?	¿Está sentada la señora?
¿Soy yo alto?	¿Estoy yo delante de Vd.?

Mi libro está encima de la mesa, el lápiz está debajo de la mesa; la mesa está delante de mí; la silla está detrás de mí; la mesa está entre Vd. y yo; el lápiz pequeño está dentro del tintero. Yo estoy delante de la ventana; la silla está en el suelo. ¿Dónde está mi libro? ¿Dónde está su sombrero de Vd.? ¿Dónde está la mesa? ¿Dónde está el lápiz pequeño? ¿Dónde está la silla? Dónde está Vd.? ¿Dónde estoy yo?

La silla no está delante, *sino* detrás de Vd. El lápiz no está encima de la mesa, sino debajo. ¿Está la silla delante de Vd.? No, señor, no está delante, sino detrás de mí.

Yo estoy de pié, Vd. está sentado, la señora está sentada. ¿Estoy yo sentado? ¿Está Vd. de pié? ¿Está la señora de pié? ¿Está Vd. sentado delante del profesor? ¿Estoy yo de pié detrás de la silla? ¿Está sentada la señorita Fernandez? ¿Está ella sentada delante ó detrás de esa pared? ¿Está su sombrero debajo de la silla? No, señor, está encima de la silla. ¿Está mi libro encima de la mesa? Sí, señor, allí está.

¿Dónde? Aquí, allí.

¿Está la Srta. Díaz en este cuarto? Sí, aquí está. ¿Está el Sr. Zorrilla en el corredor? No, señor, no está allí. ¿Dónde está su libro? Aquí está. ¿Dónde está su paraguas? Allí está. ¿Dónde está la ventana? ¿Dónde está su lápiz?

QUINTA LECCIÓN

Tomar	**Poner**	**Llevar**
Yo tomo	pongo	llevo
Vd., él, ella toma	pone	lleva
Tome Vd.	ponga Vd.	lleve Vd.
Traer	**Abrir**	**Cerrar**
Traigo	abro	cierro
Trae	abre	cierra
Traiga Vd.	abra Vd.	cierre Vd.

Empujar	Ir	Venir
Empujo	voy	vengo
Empuja	va	viene
Empuje Vd.	vaya Vd.	venga Vd.

¿Qué hago yo? ¿Qué hace Vd.? ¿Qué hace él (ella)?

El profesor *toma* el libro; *pone* el libro encima de la silla. El profesor *toma* la regla; *pone* la regla debajo de la mesa. El profesor *lleva* la silla á la ventana; *trae* la silla á su lugar. El profesor *empuja* la silla. ¿Qué hace el profesor?

El profesor *abre* la puerta, *cierra* la puerta. ¿Qué hace el profesor?

El profesor *lleva* la silla al corredor; *trae* la silla á este cuarto. ¿Adónde *lleva* él la silla? *Va* á la ventana; *viene* á su lugar. ¿Adónde *va* el profesor?

Yo *tomo* el libro. Señor Mena, *tome* * Vd. el libro. — Vd. *toma* el libro; él *toma* el libro.

Yo *pongo* el libro sobre la silla. — Srta. Fernandez, *ponga* Vd. el libro sobre la mesa. Vd. (él, ella) *pone* el libro sobre la mesa. — Yo *abro* mi libro. Señor Zorrilla, *abra* Vd. su libro. — Vd. *abre* su libro. Yo *cierro* mi libro. *Cierre* Vd. su libro. Vd. *cierra* su libro.

¿Qué hago yo? — ¿Qué hace Vd.? — ¿Qué hace el señor?

Yo *voy* á la puerta. Sra. Díaz, *vaya* Vd. á la ventana. Vd. *va* á la ventana. Yo *vengo* de la ventana. *Venga* Vd. á la mesa. Vd. *viene* hácia mí. ¿Qué hago yo? ¿Qué hace Vd.? ¿Qué hace la señora?

Yo *llevo* mi libro á aquella silla. *Lleve* Vd. este tintero á la mesa. Vd. *lleva* el tintero á la mesa. Yo *traigo* la silla. *Traiga* Vd. aquella silla. Vd. *trae* la silla.

---

* Usense mucho los imperativos, especialmente los de forma irregular. Sin embargo, el profesor debe tener cuidado de emplear algunas veces los términos: "Sírvase," — "Hágame el favor de," — "Tenga la bondad de," — "Gracias," etc.

¿Qué hago yo? ¿Qué hace Vd.? ¿Adónde llevo la silla? ¿Adónde trae el señor la silla? ¿Adónde voy? *¿Adónde va* Vd.? *¿Dónde está* Vd.? *¿De dónde viene* Vd.? ¿Dónde estoy? ¿De dónde vengo yo? Adónde voy?

Señor Navarro, tome Vd. mi lápiz. ¿Toma Vd. mi libro? No, señor, no tomo su libro de Vd. sino su lápiz. Señorita García, vaya Vd. á la ventana. ¿Va Vd. á la puerta? No voy á la puerta, sino á la ventana. Vaya Vd. á su lugar. ¿Va Vd. al corredor? No, señor, voy á mi lugar. — Señorita Fernandez, tome Vd. su manguito. ¿Toma la señorita Fernandez su paraguas? Ella no toma su paraguas, sino su manguito.

¿Abro la puerta? No, Vd. no abre la puerta, sino la ventana. ¿Tomo yo su pañuelo ó su sombrero de Vd.? Vd. no toma mi pañuelo, ni mi sombrero, sino mi libro.

¿Toma Vd. *el* libro? Sí, *lo* tomo.

¿Empuja Vd. *la* silla? Sí, *la* empujo.

¿Llevo yo el libro verde? No, Vd. no lo lleva.

¿Cierro la puerta? Sí, Vd. la cierra.

¿Abre el profesor la ventana? Sí, la abre.

¿Cierra Vd. la puerta? No, señor, no la cierro.

SEXTA LECCIÓN

0 Cero,	10 diez,	20 veinte,
1 uno,	11 once,	21 veintiuno,
2 dos,	12 doce,	22 veintidos,
3 tres,	13 trece,	23 veintitrés,
4 cuatro,	14 catorce,	24 veinticuatro,
5 cinco,	15 quince,	25 veinticinco,
6 seis,	16 diez y sies,	26 veintiséis,
7 siete,	17 diez y siete,	27 veintisiete,
8 ocho,	18 diez y ocho,	28 veintiocho,
9 neuve,	19 diez y nueve,	29 veintinueve,

30 treinta,	40 cuarenta,	100 ciento (cien),
31 treinta y uno,	41 cuarenta y uno,	200 doscientos,
32 treinta y dos,	50 cincuenta,	300 trescientos,
33 treinta y tres,	51 cincuenta y	400 cuatrocientos,
34 treinta y cuatro,	uno,	500 quinientos,
35 treinta y cinco,	60 sesenta,	600 seiscientos,
36 treinta y sies,	61 sesenta y uno,	700 setecientos,
37 treinta y siete,	70 setenta,	800 ochocientos,
38 treinta y ocho,	80 ochenta,	900 novecientos,
39 treinta y nueve,	90 noventa,	1000 mil.

Contar: Yo *cuento*, Vd. *cuenta*, *cuente* Vd. Uno, dos, tres, etc. ¿Qué hago yo? Yo cuento. Señor Rivera, cuente Vd. ¿Qué hace Vd.? Qué hace él?

Yo cuento *desde* diez *hasta* quince: 10, 11, 12, 13, 14, 15. Cuente Vd. desde veinte hasta treinta. Cuente Vd. desde sesenta hasta ciento. ¿Desde qué número cuenta Vd.? ¿Hasta qué número cuenta él?

Tres y dos *son* cinco. Cuatro y seis son diez. ¿Cuántos son 3 y 4? 3 y 4 son 7. — ¿Cuántos son 4 y 8? ¿Cuántos son 12 y 11? — 2 *veces* 3 son 6; 4 veces 4 son 16. — ¿Cuántos son 3 veces 4? ¿Cuántos son 5 veces 5?

¿Cuántos libros *hay* sobre la mesa? Hay 4 libros. ¿Cuántas sillas hay aquí? Hay 6 sillas. ¿Cuántas ventanas hay aquí? Hay 2 ventanas.

Esta es la mano derecha, y ésta la izquierda: *éstas son las* dos manos.

Este es el pié derecho y éste el izquierdo: *éstos son los* dos piés.

Esta es la oreja, éstas son las orejas. Este es el ojo, éstos son los ojos.

Este es mi libro, éstos son *mis* libros. Este es su guante de Vd., éstos son *sus* guantes de Vd. Este es el guante de la Srta. Fernandez. Estos son sus guantes (de ella).*

*Revíanse las lecciones 1ª, 2ª, 3ª y 4ª, haciendo las preguntas alternativamente en singular y plural.

¿Qué es ésto? ¿Qué guantes son éstos? ¿Qué libros son éstos?

¿De qué color es este libro? Es rojo.

¿De qué color son estos libros? Son rojos.

¿De qué color es esta silla? Es amarilla.

¿De qué color son estas sillas? Son amarillas.

¿Son los libros negros más grandes que los (libros) rojos?

¿Son las ventanas más altas que las puertas?

¿Quiénes son estos señores? Son los señores Quintana y Castellanos.

¿Quiénes son estas señoras? Son las Sras. Jimenez y Rivas.

¿Quiénes son estas señoritas? Son las señoritas Durán y Carrera.

¿Son estos libros de esos señores? Sí, son *suyos* (de ellos).

¿Son estos lápices de las señoras? Sí, son suyos (de ellas).

¿Son éstos los libros de la señorita Carrera? Sí, son los (libros) suyos (de ella).

¿Qué libros son éstos? Son los (libros) suyos (de Vd.).

¿De quiénes son estas plumas? Son de los Sres. Quintana y Castellanos.

¿Son estas plumas de esos señores? Sí, son *suyas* (de ellos).

¿De quiénes son estos libros? Son de las señoritas Durán y Carrera.

¿Quién soy yo? Yo soy el profesor. Vd. es mi discípulo. Vds. son mis discípulos. ¿Soy americano? ¿*Somos* americanos? No, no lo somos. ¿Qué somos? Somos europeos. ¿Cuántos somos nosotros? Somos 5.

¿Son éstos los libros de las señoritas? No, no son los suyos (de ellas). ¿Son ésos los lápices de las señoras? No, no son los (lápices) suyos (de ellas). ¿Es grande nuestra clase? No, es pequeña. ¿Son grandes *nuestras* clases? No, señor, son pequeñas.

¿*Están* Vds. sentadas, señoritas? Sí, señor, *estamos* sentadas. ¿Están Vds. de pié, señores? No, estamos sen-

tados. ¿Están en la clase los Sres. Rivera y Guzmán? No, señor, no están aquí. Están sus sombreros encima de la silla? Sí, allí están.

SÉPTIMA LECCIÓN

Yo tomo, *nosotros tomamos*, Vd., él, ella toma, *Vds., ellos, ellas, toman. Tomemos nosotros, tomen Vds.*

Yo pongo, *nosotros ponemos*, Vd., él, ella pone, *Vds., ellos, ellas ponen. Pongamos nosotros, pongan Vds.*

Yo llevo, *nosotros llevamos*, Vd., él, ella, lleva, *Vds., ellos, ellas llevan. Llevemos nosotros, lleven Vds.*

Yo traigo, *nosotros traemos*, Vd., él, ella trae, *Vds., ellos, ellas traen. Traigamos nosotros, traigan Vds.*

Yo abro, *nosotros, abrimos*, Vd., él, ella abre, *Vds., ellos, ellas abren. Abramos nosotros, abran Vds.*

Yo cierro, *nosotros cerramos*, Vd., él, ella, cierra, *Vds., ellos, ellas, cierran. Cerremos nosotros, cierren Vds.*

Yo empujo, *nosotros, empujamos*, Vd., él, ella empuja, *Vds., ellos, ellas empujan. Empujemos nosotros, empujen Vds.*

Yo voy, *nosotros vamos*, Vd., él, ella va, *Vds., ellos, ellas, van. Vamos nosotros, vayan Vds.*

Yo vengo, *nosotros venimos*, Vd., él, ella viene, *Vds., ellos, ellas vienen. Vengamos nosotros, vengan Vds.*

Yo me quedo, *nosotros nos quedamos*, Vd., él, ella se queda, *Vds., ellos, ellas se quedan.* Quédese Vd., *quédense Vds., quedémonos* nosotros.

¿Qué hago yo? ¿Qué hacemos nosotros? ¿Qué hace Vd.? ¿Qué hacen Vds.?

Yo abro mi libro. — Señor Quintana, abra Vd. su libro: — *Abramos* nuestros libros. ¿Qué hacemos nosotros? Nosotros (Vd. y yo) abrimos nuestros libros. ¿Abrimos nuestros libros? Sí, los abrimos. *Cerremos* nuestros libros. ¿Qué hacemos? Cerramos nuestros libros. Señores, *tomen* Vds. sus libros. ¿Qué hacen los señores? Toman sus libros.

¿Toman Vds. sus libros? Sí, los tomamos. ¿Están sus libros de Vd. encima de la mesa? No, señor, están sobre la silla.

Yo tengo* un libro. Vd. tiene dos libros. El señor Durán tiene tres libros. Nosotros tenemos dos brazos. Los señores Quintana y Castro no tienen libros.

¿Cuántos lápices tiene Vd.? ¿Cuántos lápices tengo yo? Yo tengo dos libros. Vd. tiene cinco (libros); el Sr. Rivera tiene siete (libros). Yo tengo *ménos* (libros) que Vd. El señor Rivera tiene *más* (libros) que Vd. — Vd. y yo *juntos* tenemos siete (libros). Nosotros juntos tenemos *tantos* (libros) como el Sr. Rivera. ¿Tiene Vd. más lápices que yo? ¿Tiene el Sr. Rivera ménos libros que nosotros? ¿Cuántos lápices tiene Vd. más que yo? ¿Tiene el Sr. Díaz tantos libros como el señor Rivera? ¿Tiene Vd. cien pesetas en su bolsillo? No, señor, *no* tengo *más que* cincuenta. ¿Hay doce sillas en este cuarto? No, señor, no hay más que seis. ¿Tiene Vd. cinco libros? No, señor, no tengo más que dos.

¿Tiene el señor Quintana *muchos* libros? Sí, señor, él tiene muchos, más de tres mil. ¿Hay muchos alumnos en las escuelas del señor Berlitz? Sí, señor, hay más de tres mil. ¿Hay muchos alumnos en esta clase? No, señor, hay *pocos*. ¿Cuántos hay? Hay tres. ¿Hay dos profesores en esta clase? No, no hay más que uno. ¿No tiene Vd. más que un libro? No, señor, tengo *varios*, 4 ó 5. ¿Hay varios libros sobre la mesa? Sí, señor, hay 6 ó 7. ¿Hay muchas palabras en este libro? Sí, señor, hay más de un millón.

Este libro es rojo, y este *otro* (libro) es rojo. Estos dos libros son del *mismo* color. ¿Son estos dos lápices del mismo color? No, son de diferente color; uno es negro y otro rojo. ¿Cuál es la *diferencia* entre estas dos sillas? La diferencia es, que una es parda y otra amarilla. ¿Cuál es la diferencia entre cinco y ocho? La diferenica es 3.

---

*Tener: Yo tengo, Vd. (él, ella) tiene, nosotros tenemos, Vds. (ellos, ellas) tienen. — Tenga Vd., tengan Vds.

Aquí hay varios libros: uno rojo, otro gris y otro verde. ¿Qué es esto? Es el libro verde. Hay varias plumas: una amarilla, otra azul y otra parda. ¿Qué es esto? Es la pluma azul.

OCTAVA LECCIÓN

Yo *escribo* * el *alfabeto* en la pizarra. ¿Qué hago? ¿Qué escribo? ¿Quién *escribe?* Yo *leo* † en mi libro. ¿Qué hago? ¿Quién *lee?*

(A) ésta es una *letra.* (D, E, F) éstas son *unas* letras. — Unas *palabras.* Yo escribo unas letras, unas palabras, una *frase.*

Esta es una palabra, ésta es otra palabra. Esta es una frase, ésta es otra frase. ¿Es ésta una palabra ó una letra?

¿Cuántas letras hay en esta palabra? ¿Cuántas palabras hay en esta frase? ¿Cuántas sílabas hay en esta palabra?

Yo escribo la letra A, la B, la C, etc. ¿Qué letra es esta? Es la B.

"*Book*" es una palabra *inglesa;* "*Buch*" es una palabra *alemana;* "*Livre*" es una palabra *francesa;* "*Libro*" es una palabra *española.*

¿Qué palabras son éstas (*Yes, Monsieur, Herr*)? ¿Qué letra es ésta en castellano? ¿Qué letra es la misma en inglés.

En castellano esta letra (*h*) se llama *hache;* esta (*j*) se llama *jota;* esta (*x*) se llama *equis.* Yo me *llamo* Cárlos Ocaña; el señor se llama Franscisco Ramirez. Esto se llama "Pizarra" y ésto "Lápiz." ¿Cómo me llamo yo? ¿Cómo se llama el señor? ¿Cómo se llama Vd.? ¿Cómo se llama esta letra (*h*) en castellano? ¿Cómo se llama

---

* **Escribir: Yo escribo, Vd. (él, ella) escribe, nosotros escribimos, Vds. (ellos, ellas) escriben. — Escriba, escribamos, escriban.**

† **Leer: Yo leo, Vd. (él, ella) lee, nosotros leemos, Vds. (ellos, ellas) leen. — Lea, leamos, lean.**

ésta (*j*)? ¿y ésta (*x*)? ¿*Las mismas* letras (*h*, *j*, *x*) como se llaman en francés?

¿Es este libro inglés ó español? ¿Es este libro francés?

En inglés esta letra (*c*) *se pronuncia* como *s*, y en alemán como *ts*.

¿Cómo se pronuncia esta letra (*j*) en castellano? ¿y ésta (*ll*)? ¿y ésta (*ñ*)? ¿Cómo se pronuncia esta palabra (*Méjico*) en castellano? ¿y éstas (*Cicerón*, *Julia*, *induce*, *me*, *provisión*)? ¿Las mismas palabras cómo se pronuncian en inglés ó francés?

¿Lee Vd. inglés? ¿Escribe Vd. francés? ¿Habla Vd. alemán? ¿Habla Vd. francés? En Paris se *habla* francés; en Berlín se habla alemán; en Londres se habla inglés; en Roma se habla italiano; en Madrid se habla español ó castellano. ¿Qué se habla en Madrid? ¿Qué se habla en Boston? ¿Qué se habla en Paris? ¿Cómo se escribe esta palabra "*Habana*" en alemán? ¿Cómo se escribe "silla" en español? ¿Cómo se escribe *Méjico*, *vocal*, *regla*, etc.?

Cuál es la pronunciación *correcta* de c-e-p-i-ll-o? ¿Es correcto pronunciar "*sepío*"? No, señor, es *incorrecto*. ¿Cuál es la pronunciación correcta de "*Quijote*"?

Yo *digo* el *alfabeto:* a, b, c, ch, d, e, f, g, h, i, j, k, l, ll, m, n, ñ, o, p, q, r, rr, s, t, u, v, x, y, z.

Sr. Villanueva, *diga* Vd. el alfabeto. ¿Qué hace el Sr. Villanueva?

El alfabeto castellano *empieza* * por A y *acaba* en Z.

"A" es la primera letra y "Z" es la última.

A es la *primera*, B la *segunda*, C la *tercera*, Ch la *cuarta*, D la *quinta*, E la *sexta*, etc. ¿Cuántas letras tiene el alfabeto castellano? ¿Cuántas *vocales* tiene? ¿Cuántas *consonantes* tiene? ¿Qué letra es la D, la cuarta ó la quinta? ¿Por qué letra empieza el alfabeto? ¿En qué letra acaba? ¿Por qué palabra empieza esta frase? ¿En qué

---

* **Empezar: Yo empiezo, Vd. (él, ella) empieza, nosotros empezamos, Vds. (ellos, ellas) empiezan. Empiece Vd., empecemos, empiecen Vds.**

página acaba la primera lección de su libro? ¿Qué página es ésta? ¿En qué página empieza la tercera lección?

La A está *antes* de la B; la C está *después* de la B; la H está entre la G y la I. ¿Dónde está la H, antes ó después de la G? ¿Que letra está antes de la U? ¿Qué letra está antes de la G? ¿Qué letra está entre la M y la Ñ?

Estas frases: *¿Qué hace Vd.? ¿Qué libro tiene Vd.? ¿Está el libro negro sobre la mesa?* son *preguntas.* Estas otras: *Yo leo; Tengo un libro; Sí, señor, esta allí;* son las *respuestas* á esas preguntas.

Yo hago * una pregunta. "*Quién es el señor?*" *Responda* Vd. † á mi pregunta, señora. "*Es el señor Rios.*" ¿Qué hace Vd. señora? Hágale Vd. una pregunta al señor. ¿Quién hace la pregunta? ¿Qué pregunta hace Vd.? Señor, responda Vd. á la pregunta de la señora.

Antes y después de una pregunta se pone un *signo de interrogación.* Después de una respuesta se pone un *punto final* (.). Esta es una *coma* (,). Estos son los dos signos de *interrogación* (¿ ?). Estos los de *admiración* (¡ !). Esta es una raya (—) Este es el *acento* (').

NOVENA LECCIÓN

Abran Vds. sus libros, señores. ¿Qué hacen Vds.? ¿Qué hacemos nosotros? ¿Leemos? ¿En qué página leemos? Leemos un ejercicio. ¿Quién lee? ¿Qué leemos? ¿Hay rayas en este ejercicio? Ponga Vd. una palabra en lugar de cada raya. ¿Qué palabras pone Vd. en la segunda frase? ¿Qué pone Vd. en lugar de los puntos (. .)? Pongo letras ó sílabas.

*** Hacer: Yo hago, Vd. (él, ella) hace, nosotros hacemos, Vds. (ellos, ellas) hacen; haga Vd., hagan Vds., hagamos.**

† Responder: Yo respondo, Vd. (él, ella) responde, nosotros respondemos, Vds. (ellos, ellas) responden; responda Vd., respondan Vds., respondamos.

ésta (*j*)? ¿y ésta (*x*)? ¿*Las mismas* letras (*h*, *j*, *x*) como se llaman en francés?

¿Es este libro inglés ó español? ¿Es este libro francés?

En inglés esta letra (*c*) *se pronuncia* como *s*, y en alemán como *ts*.

¿Cómo se pronuncia esta letra (*j*) en castellano? ¿y ésta (*ll*)? ¿y ésta (*ñ*)? ¿Cómo se pronuncia esta palabra (*Méjico*) en castellano? ¿y éstas (*Cicerón*, *Julia*, *induce*, *me*, *provisión*)? ¿Las mismas palabras cómo se pronuncian en inglés ó francés?

¿Lee Vd. inglés? ¿Escribe Vd. francés? ¿Habla Vd. alemán? ¿Habla Vd. francés? En Paris se *habla* francés; en Berlín se habla alemán; en Londres se habla inglés; en Roma se habla italiano; en Madrid se habla español ó castellano. ¿Qué se habla en Madrid? ¿Qué se habla en Boston? ¿Qué se habla en Paris? ¿Cómo se escribe esta palabra "*Habana*" en alemán? ¿Cómo se escribe "silla" en español? ¿Cómo se escribe *Méjico*, *vocal*, *regla*, etc.?

Cuál es la pronunciación *correcta* de c-e-p-i-ll-o? ¿Es correcto pronunciar "*sepío*"? No, señor, es *incorrecto*. ¿Cuál es la pronunciación correcta de "*Quijote*"?

Yo *digo* el *alfabeto:* a, b, c, ch, d, e, f, g, h, i, j, k, l, ll, m, n, ñ, o, p, q, r, rr, s, t, u, v, x, y, z.

Sr. Villanueva, *diga* Vd. el alfabeto. ¿Qué hace el Sr. Villanueva?

El alfabeto castellano *empieza* * por A y *acaba* en Z.

"A" es la primera letra y "Z" es la última.

A es la *primera*, B la *segunda*, C la *tercera*, Ch la *cuarta*, D la *quinta*, E la *sexta*, etc. ¿Cuántas letras tiene el alfabeto castellano? ¿Cuántas *vocales* tiene? ¿Cuántas *consonantes* tiene? ¿Qué letra es la D, la cuarta ó la quinta? ¿Por qué letra empieza el alfabeto? ¿En qué letra acaba? ¿Por qué palabra empieza esta frase? ¿En qué

---

* **Empezar: Yo empiezo, Vd. (él, ella) empieza, nosotros empezamos, Vds. (ellos, ellas) empiezan. Empiece Vd., empecemos, empiecen Vds.**

página acaba la primera lección de su libro? ¿Qué página es ésta? ¿En qué página empieza la tercera lección?

La A está *antes* de la B; la C está *después* de la B; la H está entre la G y la I. ¿Dónde está la H, antes ó después de la G? ¿Que letra está antes de la U? ¿Qué letra está antes de la G? ¿Qué letra está entre la M y la Ñ?

Estas frases: *¿Qué hace Vd.? ¿Qué libro tiene Vd.? ¿Está el libro negro sobre la mesa?* son *preguntas.* Estas otras: *Yo leo; Tengo un libro; Sí, señor, esta allí;* son las *respuestas* á esas preguntas.

Yo hago * una pregunta. "*Quién es el señor?*" *Responda* Vd. † á mi pregunta, señora. "*Es el señor Rios.*" ¿Qué hace Vd. señora? Hágale Vd. una pregunta al señor. ¿Quién hace la pregunta? ¿Qué pregunta hace Vd.? Señor, responda Vd. á la pregunta de la señora.

Antes y después de una pregunta se pone un *signo de interrogación.* Después de una respuesta se pone un *punto final* (.). Esta es una *coma* (,). Estos son los dos signos de *interrogación* (¿ ?). Estos los de *admiración* (¡ !). Esta es una raya (—) Este es el *acento* (´).

NOVENA LECCIÓN

Abran Vds. sus libros, señores. ¿Qué hacen Vds.? ¿Qué hacemos nosotros? ¿Leemos? ¿En qué página leemos? Leemos un ejercicio. ¿Quién lee? ¿Qué leemos? ¿Hay rayas en este ejercicio? Ponga Vd. una palabra en lugar de cada raya. ¿Qué palabras pone Vd. en la segunda frase? ¿Qué pone Vd. en lugar de los puntos (. .)? Pongo letras ó sílabas.

*** Hacer: Yo hago, Vd. (él, ella) hace, nosotros hacemos, Vds. (ellos, ellas) hacen; haga Vd., hagan Vds., hagamos.**

† Responder: Yo respondo, Vd. (él, ella) responde, nosotros respondemos, Vds. (ellos, ellas) responden; responda Vd., respondan Vds., respondamos.

EJERCICIO.

1. ¿De qué color — — tintero? — negro. 2. ¿Es neg.. — silla? No, — silla — amar.. 3. ¿— — ventana gri..? No, — verd.. 4. ¿— — lápiz más grues.. ó — delg.. — — regla? — — delg.. 5. ¿— — puerta tan alt.. — — ventana? No, — ventana — más alt.. 6. ¿Qué puerta — más grand.. ést.. ó aq..? 7. ¿Es — libro — larg.. como — pluma? 8. ¿Quién — yo? — — — profesor. 9. ¿Quién — est.. señor..? — — señor Villanueva. 10. ¿— — est.. señora? Es — Sra. García. 11. ¿De quién — aq.. sombrero? — — — Srta. Fernandez. 12. ¿De — color — — sombrero, Srta. Fernandez? Mi sombrero — neg.. 13. ¿— aq.. caja del Sr. Serrano? No, señor, no — — caja. 14. ¿Es és.. mi puño? No — — puño, sinó — cuello. 15. ¿— és.. pluma de — Srta. Fernandez? No — — pluma de ella, sinó la del señor. 16. ¿— és.. — sombrero, señor García? Sí, — m.. 17. ¿— ést.. — corbata del Sr. García? No — —. 18. ¿Es m.. est.. regla? Sí, señor, — —. 19. ¿Es aq.. reloj de — Srta. Ríos? No — — —. 20. ¿De quién — est.. clase? — nuestr... 21. ¿— grand.. nuestr. clase? No, — —. 22. ¿Es est.. la pluma — Sr. Alarcón? Sí, — — s.. 23. ¿No — aq.. el guante — la Srta. Villanueva? Sí, — — s.. 24. ¿— ést.. la regla — — señores Arce y Ríos? Sí, — — s.. 25. ¿Es est.. la mesa de — señoras? Sí, — — s.. 26. ¿Dónde está el libro mi.? — sobre — mesa. 27. ¿— su sombrero debajo — — mesa? No, señor, — — la mesa. 28. ¿Dónde — — mesa? — delante — mí. 29. ¿Dónde — yo? Vd. — en — clase. 30. ¿Dónde — — lápiz peque..? — dentro — tintero. 31. ¿Señor Peralta, — Vd. — pié? No, yo — sent.. 32. ¿Dónde — Vd. sent.., Srta. Gomez? Yo — — delante — — ventana. 33. ¿— — señor Peralta en — clase? Sí, aquí —. 34. ¿— — Srta. Jimenez — — corredor? No, — no — —. 35. Yo tom.. mi lápiz. Qué h.. yo? Vd. — — lápiz. 36. Se-

ñor Serrano, tom.. Vd. su lápiz. ¿Qué h.. Vd.? Yo — — —. 37. ¿Qué h.. nosotros? Nosotros — — lápices. 38. ¿Pongo — — reloj — — mesa? Vd. — —. 39. ¿Pon.. — Señores sus sombreros sobre — chimenea? No, ellos — — sobre — silla. 40. Señorita, traig.. Vd. su composición; ¿tr.. Vd. su composición? Sí, — —. 41. Señor, llev.. Vd. — silla á — ventana; ¿ll.. — señor — silla á — puerta? No, él — — á la ventana. 42. Srtas. Peralta y Serrano, abr.. Vds. sus libros; ¿— Vds. — libros? Sí, — —. 43. Yo cierro — ventana. 44. Sr. Ríos c.. Vd. — puerta; ¿quién — — puerta? — Sr. Ríos — —. 45. Voy — corredor; qué h... yo? Vd. — — corredor. 46. ¿V.. la señorita — — ventana? No, no — —. 47. V.. — la puerta, Sr. Zorrilla; ¿qué h.. Vd.? — — — puerta. 48. ¿Vie.. Vds. á — clase? Sí, nosotros — —. 49. ¿Qué lápices tien.. Vd.? Yo — — m.. 50. ¿Tiene el señor Paz much.. libros? No, no — más — dos. 52. ¿T.. Vds. lápices? No, — — más — uno. 52. Cuánt.. discípulos hay — — clase? — seis. 53. ¿S.. est.. lápices — mismo color? No, — — diferente color. 54. ¿Por — letra emp.. — alfabeto? — — A. 55. ¿En — letra ac..? — — Z. 56. ¿Cuánt.. letras tien..? — letras.

Háganse las preguntas á las respuestas siguientes:

1. Es el libro. 2. Es negro. 3. Sí, es el libro. 4. No, es negro. 5. Es parda. 6. Es pardo. 7. No, es la silla. 8 Ni es la silla ni la mesa, es la pizarra. 9. Ni es blanco ni negro, es gris. 10. No, es delgada. 11. Sí, es más grande que el lápiz. 12. Sí, soy tan alto como Vd. 13. Yo soy más delgado que Vd. 14. No es tan largo como la regla, es más corto. 15. Sí, es mi sobretodo. 16. Es la mía. 17. Es el (de Vd.) suyo. 18. No, es del Señor. 19. Es este. 20. Esa no es la mía sinó esta. 21. Es su mano izquierda. 22. Es esta. 23. Es su brazo derecho. 24. Está sobre la mesa. 25. Está delante de mí. 26. Allí está. 27. No está aquí. 28. Estoy delante de la pizarra.

29. No, estoy de pié. 30. Tomo mi lápiz. 31. Lo pongo sobre la mesa. 32. La empujo hácia la pared. 33. Abre la puerta. 34. Ella cierra su libro. 35. La tomo. 36. No la cierra. 37. Voy á la ventana. 38. El no va. 39. Sí, voy á la pizarra. 40. No, vengo del corredor. 41. Escribe. 42. En la pizarra. 43. Cuento hasta diez. 44. Cuatro y tres son siete. 45. Dos veces cinco son diez. 46. Es la señora de Gonzalez. 47. Es la Srta. Jimenez. 48. Son las Srtas. Gonzalez. 49. Son azules. 50. Sí, son más altas que las puertas. 51. Una es gris y otra amarilla. 52. Son nuestros lápices. 53. Son sus sombreros (de ellos). 54. Sí, estamos aquí. 55. No somos tan altos como la puerta. 56. Las cerramos. 57. Leen. 58. Tengo diez pesetas. 59. Tenemos dos brazos. 60. Sí, en las escuelas-Berlitz hay muchos alumnos. 61. No tienen más que cincuenta pesetas. 62. Tengo tantos como él. 63. No, son del mismo color. 64. La diferencia es que uno es grande y otro pequeño.

DÉCIMA LECCIÓN.

Sobre la mesa hay un tintero, una caja, unos libros y unas plumas. ¿Qué hay sobre la mesa? ¿Sobre la silla? ¿Delante de la pared? ¿Dentro de la caja? ¿Hay libros sobre la mesa? Sí, señor, *los* hay. ¿Hay sillas delante de la ventana? Sí, señor, las hay. ¿Hay fósforos en esta caja? Sí, señor, los hay. ¿Está su lápiz de Vd. en el suelo? No, no está. ¿Están mis libros sobre la mesa? Sí, están. Sobre esta silla hay unos libros; sobre la mesa hay unas plumas; sobre la chimenea no hay *nada*. ¿Hay algo sobre la mesa? Sí, hay *algo*. ¿Qué hay? Hay plumas. ¿Hay algo sobre esta silla? Sí, hay algo, hay libros. ¿Hay algo en esta caja? Sí, hay algo. ¿Qué hay? Hay plumas. ¿Cuántas plumas hay? Hay doce. ¿Hay algo sobre aquella silla? Sí, hay *varias* cosas: un libro, un sombrero y un *par* de guantes. ¿Tiene Vd. guantes? Sí, tengo. ¿Tiene Vd. libros españoles? No,

señor, no tengo. ¿Tiene Vd. sus guantes aquí? Sí, los tengo. ¿Escribe el señor *algunas* letras en la pizarra? Sí, escribe algunas. ¿Cuántas letras escribe? Escribe seis. ¿Escribe las vocales? No, no las escribe. ¿Escribe algunas consonantes? Sí, las escribe.

Yo *salgo** del cuarto. *Entro*† en el cuarto. ¿De dónde salgo? ¿Dónde entro? ¿Adónde voy? ¿Quién sale? El Sr. Rivera. ¿De dónde sale? Del cuarto. ¿Quién entra? El señor Paz. ¿Dónde entra? Entra en el cuarto. ¿Adónde vá? Va á su lugar.

¿Quién está en esta silla? Es el Sr. Rivera. ¿Es el señor Rivera *él que* está en la silla? Sí, él es. ¿Es la Srta. Villanueva *la que* sale? Sí, ella es. ¿Son los Sres. Berlitz y Martinez *los que* hablan? Sí, ellos son. ¿Son las señoritas Berlitz *las que* entran? No, señor, no son ellas. ¿Quiénes son? Son sus discípulos.

Yo estoy cerca de la pizarra, Vd. está lejos. Vd. está cerca de la ventana, yo estoy lejos. Francia está cerca de España, el Japón está lejos. ¿Está España cerca de Africa? ¿Está Londres cerca de Madrid? ¿Estoy yo cerca de la pizarra? ¿Está Vd. cerca de la puerta?

¿Está Vd. sentado? ¿Delante de qué está Vd. sentado? Estoy sentado delante de la ventana. ¿Quién está sentado á su *lado?* El Sr. Rivera. ¿Al lado de quién estoy sentado? Vd. está sentado al lado del Sr. Paz. ¿Al lado de qué está Vd. sentado? Estoy sentado al lado de la mesa. ¿Quién está sentado á la *derecha* del Sr. Carrera? Vd., señor. ¿Quién está á su *izquierda? Nadie.* ¿No hay *nadie* en el otro cuarto? No, señor, no hay nadie. ¿Hay *álguien* en el corredor? Sí, el Sr. Carreño. Está el Sr. Guzmán en la clase? No, señor, no está.

Yo me *levanto*§, levántese Vd. señor. Vd. se levanta.

*** Salir: Yo salgo, Vd. (él, ella) sale, nosotros salimos, Vds. (ellos, ellas) salen. — Salga, salgamos, salgan.**

† Entrar: Entro, entra, entramos, entran. — Entre, entremos, entren.

§ Levantarse: Yo me levanto, Vd. (él, ella) se levanta, nosotros nos levantamos, Vds. (ellos, ellas) se levantan. — Levántese, levantémonos, levántense.

Nosotros (él y yo) nos levantamos. ¿Qué hacemos? Yo me *siento*,* siéntese Vd. — Vd. se sienta. Los señores se sientan. ¿Qué hacen Vds.?

¿Qué hace Vd., señorita? ¿En qué silla se sienta Vd.? ¿Está Vd. de pié ó sentada? ¿Qué hago yo? ¿Qué hace el señor? ¿Se sienta el señor ó se queda de pié? ¿Qué hacemos? ¿Están de pié los Sres. Carrera y Fernandez? ¿Están sentados? ¿Se sientan ellos? Yo no voy á la puerta, me quedo † aquí. Vd. no viene hácia mí, Vd. se queda en su silla. Nosotros no vamos al corredor, nos quedamos en la clase. Yo no me siento, me quedo en pié. ¿Va Vd. al corredor? ¿Voy yo hácia Vd.? ¿Me siento yo? ¿Se sientan los señores? No, se quedan de pié? ¿Esta silla está *ocupada?* ¿Está ocupada aquella silla? No está ocupada; está *desocupada*. ¿Por quién está ocupada esta silla? Está ocupada por el Sr. Rivera. ¿Y aquella silla por quién está ocupada? No está ocupada por nadie, está desocupada. ¿Hace algo el Sr. Paz? Sí, escribe. ¿Que hace el Sr. Fernandez? No hace nada. ¿Hace algo el profesor? Sí, escribe las palabras de la lección.

ONCE LECCIÓN.

Yo corto el papel. — Corte Vd. el papel. — Vd. corta el papel.

Yo rompo el fósforo. — Rompa Vd. el fósforo. — Vd. rompe el fósforo.

Yo toco la pared. — Toque Vd. la pared. — Vd. toca la pared.

El profesor está cerca de la pizarra, él puede tocarla.

Vds. están lejos de la pizarra, Vds. no pueden tocarla.

Yo tengo un cuchillo, yo puedo cortar el papel.

Vd. no tiene cuchillo, Vd. no puede cortar el papel.

*** Sentarse: Yo me siento, Vd. (él, ella) se sienta, nosotros nos sentamos, Vds. (ellos, ellas) se sientan. — Siéntese, sentémonos, siéntense.**

† Quedarse: Yo me quedo, Vd. (él, ella) se queda, nosotros nos quedamos, Vds. (ellos, ellas) se quedan. — Quédese, quedémonos, quédense.

Yo abro la puerta, nosotros podèmos salir.
Yo cierro la puerta, no podemos salir.
Yo soy alto, yo puedo tocar el aparato del gas.
Vd. es bajo, Vd. no puede tocarlo.
El fósforo es delgado, podemos romperlo.
El pié de la mesa es grueso, no podemos romperlo.

¿Puede Vd. tocar el aparato del gas? ¿Puedo yo tocar el techo? ¿Puede Vd. romper la regla? ¿Puede el señor abrir la puerta? ¿Puede el señor llevar la mesa grande? ¿Podemos sentarnos delante de la ventana? ¿Podemos sentarnos detrás del calorífero? ¿Puede Vd. contar sus cabellos? ¿Puedo yo meter este libro en mi bolsillo? ¿Puede la señora levantar el calorífero?

Toque Vd. el techo. Vd. no puede * tocar el techo; es *demasiado* alto. Vd. no es *bastante* alto *para* tocar el techo. ¿Puede Vd. tocar el aparato del gas? Sí, Vd. puede tocarlo. Vd. es bastante alto. Vd. es más alto que yo. Vd. puede tocar el reloj; yo no puedo tocarlo. ¿Puede el señor García tocar el reloj?

¿Puedo yo tocar el reloj? ¿Es Vd. bastante alto para tocar el reloj? ¿Es Vd. más alto que yo? ¿Es el señor Ríos tan alto como Vd.? ¿Es el señor Ríos bastante alto para tocar el reloj? ¿Puede Vd. abrir la ventana? ¿Puede Vd. levantar la mesa grande? Podemos nosotros (Vd. y yo) llevar esta mesa? ¿Pueden los Sres. Sanchez y Cáceres sentarse en una misma silla? No, no pueden, son demasiado gruesos.

Levante Vd. el escritorio, Sr. García. Vd. no puede levantarlo; es demasiado *pesado* para Vd. El diccionario grueso es muy pesado, es más pesado que este libro. Este librito es *ligero*. Esta caja no es pesada, es ligera. ¿Es el libro grande más pesado que el pequeño? ¿Es pesada la caja? ¿Puede Vd. llevar esta silla? ¿No es esta silla demasiado pesada para Vd.? ¿Es pesada esta mesita? No, es ligera. ¿Es más pesada que esta silla? No, es más ligera.

***Poder: Yo puedo, Vd. (el, alla) puede, nosotros podemos, Vds. (ellos, ellas) pueden.**

El Señor Sanchez puede levantar el escritorio; el Sr. Ríos no puede levantarlo; el señor Sanchez es más *fuerte* que el Sr. Ríos. ¿Es Vd. bastante fuerte para levantar esta mesa? ¿Es fuerte el señor Ríos? No, señor; él es *débil*. ¿Puede Vd. *rasgar* este cartón? No, es demasiado grueso.

Por qué no puede Vd. tocar el techo? *Porque* está demasiado alto. ¿Por qué no puede Vd. levantar el escritorio? Porque es demasiado pesado. ¿Por qué no puedo salir? Porque la puerta está *cerrada* con *llave*. ¿Por qué no puedo escribir? Porque Vd. no tiene lápiz. ¿Por qué no puedo tocar el techo? ¿Por qué no puedo salir? ¿Por qué no puede Vd. *romper* este palo? ¿Por qué no puedo *meter* este libro en mi bolsillo? ¿Por qué no puede llevar esta mesa el Sr. Ríos? ¿Por qué no puede entrar el Sr. Cáceres?

Si yo me quedo sentado, no puedo tocar el aparato del gas; si *subo* sobre la silla, puedo tocarlo.

Si Vd. no tiene tiza, no puede escribir en la pizarra. Si yo cierro la puerta con llave, Vd. no puede salir; pero si Vd. tiene la llave, puede abrir la puerta y salir. ¿Puede Vd. tomar el tintero, si no se *acerca* á la mesa? ¿Puede Vd. escribir en la pizarra, si se queda en su lugar? Puedo yo tocar el reloj, si no subo sobre la silla? ¿Puede Vd. salir, si la puerta está cerrada con llave? ¿Puede Vd. abrir la puerta, si tiene la llave? ¿Puedo yo tocar el reloj, si no subo sobre la silla?

Yo puedo tocar el reloj *subiendo* (si subo) sobre la silla. No puedo tocarlo *sin* subir (si no subo) sobre la silla. ¿Puede Vd. salir sin abrir la puerta? ¿Puede Vd. cerrar la puerta *empujándola?* ¿Puede Vd. escribir en la pizarra sin tiza? ¿Puede el señor abrir la ventana *quedándose* sentado en la silla? ¿Puede Vd. cortar este fósforo sin cuchillo (si no tiene cuchillo)?

Vd. puede romper su libro. ¿Por qué no lo rompe Vd.? Porque Vd. no *quiere* romperlo. Yo puedo romper el tintero, pero no quiero romperlo. La puerta está abierta. ¿Puede Vd. salir? ¿Quiere Vd. salir? ¿Quiere Vd. que-

darse aquí? ¿Qué quiere Vd. hablar aquí, español ó francés? Podemos hablar aquí inglés ó francés, pero no queremos. Los discípulos pueden quedarse de pié en la clase, pero no quieren. Las señoras pueden cortar los sombreros, pero no quieren.

¿Quiere Vd. salir? ¿Quiere Vd. hablar español aquí? ¿Quiere Vd. tomar una lección de ruso? ¿Quiere la Srta. Díaz quitarse el sombrero? ¿Queremos quedarnos de pié en la clase? ¿Quieren los discípulos escribir ejercicios? ¿Qué quiere Vd. hacer aquí? Yo quiero hablar y escribir el español.

Vd. no puede salir sin abrir la puerta; si *quiere* * salir, Vd. *debe* † abrir la puerta.

Yo no puedo tocar el reloj sin levantarme; si quiero tocarlo, debo levantarme. La Srta. Cáceres no puede tomar este libro; debe acercarse á la mesa, si quiere tomarlo. Nosotros no podemos leer sin libro; si queremos leer, debemos tener un libro. Los señores Sanchez y García no pueden escribir sin papel; deben traer papel, si quieren escribir.

Yo quiero salir, pero no puedo; la puerta está cerrada con llave. ¿Qué quiere hacer el profesor? ¿Puede él salir? ¿Por qué no puede salir?

Escriba Vd. las palabras que están en la pizarra. Vd. no tiene lápiz. ¿Quiere Vd. el mío? ¿Quiere Vd. también papel? ¿Qué debe hacer Vd., si quiere salir? ¿Qué debe tener, si quiere cortar este papel? ¿Debe Vd. abrir la puerta, si quiere salir? ¿Debe Vd. abrir el libro, si quiere leer?

DOCE LECCIÓN.

El lápiz = lo	á mi = me	me lo (la, los, las)
La pluma = la	á nosotros = nos	nos lo (" " ")
Los lápices = los	á él (ella, Ud.) = le	se lo (" " ")
Las plumas = las	á ellos (ellas, Uds.) = les	se lo (" " ")

*** Querer: Yo quiero, Vd. quiere, nosotros queremos, Vds. quierèn.**

† Deber: Yo debo, Vd. debe, nosotros debemos, Vds. deben.

Yo *le doy* * á Vd. un libro. Vd. *recibe* † un libro de mí. Déme Vd. su lápiz. Vd. *me* da su lápiz; yo lo recibo. ¿Qué hago yo? Vd. me da un libro. ¿Qué recibe Vd.? Recibo un libro. ¿De quién recibe Vd. el libro? Lo recibo de Vd.

Déle Vd. este lápiz al Sr. Mendez. ¿Qué hace Vd.? ¿Qué le da Vd. al Sr. Mendez? *Le* doy el lápiz. ¿Da Vd. el lápiz? *Lo* doy. ¿Le da Vd. el lápiz al señor Mendez? Sí, *se lo* doy. ¿Qué recibe el Sr. Mendez? ¿De quién recibe él el lápiz?

Déme Vd. su pluma. ¿Qué hace Vd.? ¿Me da Vd. su pluma ó su lápiz? ¿Qué recibo yo? ¿De quién recibo la pluma?

Déme Vd. los fósforos. ¿Me da Vd. los fósforos? (Sí, se los doy.)

Déle Vd. las plumas al Sr. Díaz. ¿Le da Vd. las plumas al Sr. Díaz? Sí, le doy las plumas (se las doy).

¿Qué me da el Sr. Silva? No le da nada. ¿Le da él dinero á Vd.? Sí, me da dinero (sí, *me lo* da). ¿Qué les da el profesor á sus discípulos? *Les* da lecciones. ¿Les doy yo lecciones á Vds.? Sí Vd. nos da lecciones (*nos las* da). ¿Qué nos dan Vds. á nosotros? Les damos á Vds. dinero. ¿Nos dan Vds. dinero? Sí, se lo damos. ¿Nos da Vd. sus ejercicios? Sí, se los doy. ¿Les dan los profesores ejercicios á Vds.? No, no nos los dan.

Yo estoy demasiado lejos para dar el libro al Sr. Villafranca: yo se lo *traigo*. ¿Qué hago yo? ¿Por qué no le *paso* el libro al Sr. Villafranca? ¿A quién le traigo yo el libro? ¿De quién recibe el Sr. Villafranca el libro?

"El techo es alto." Yo hablo; le *digo* ‡ que el techo es alto. ¿Le digo á Vd. algo? ¿Qué le digo? Vd. me dice que el techo es alto. ¿Puede Vd. decirme quién es este señor? Sí, puedo decírselo. Dígamelo Vd. Es el Sr. Navarrete.

---

* **Dar: Doy, da, damos, dan. — Dé Vd., den Vds., demos nosotros.**

† **Recibir: Recibo, recibe, recibimos, reciben. — Reciba Vd., reciban Vds., recibamos.**

‡ **Decir: Digo, dice, decimos, dicen. — Diga, digamos.**

Dígame Vd. su nombre. Mi nombre es Antonio Rodriguez. ¿Puede Vd. decirme los nombres de los señores que están aquí? Sí, se los puedo decir. Dígamelos Vd.

Yo *pido* * al Sr. Díaz *que* me *pase* † el libro: Sr. Díaz, páseme Vd. el libro. El señor me pasa el libro. ¿Qué le pido yo al Sr. Díaz? Vd. le pide que le pase el libro. ¿A quién le pido yo que me pase el libro? Sr. Rojas tráigame Vd. el tintero. ¿Qué le pido yo á Vd.? Vd. me pide que le traiga el tintero. ¿Me trae Vd. el tintero, Sr. Rojas? Sí, se lo traigo. Si Vd. le pide á alguien que cierre la puerta, Vd. le dice: "*Sírvase*," "*hágame Vd. el favor de*" cerrar la puerta. Si alguien le da ó le pasa algo, Vd. dice: "*Gracias.*" Si Vd. da ó pasa algo á alguien, él le dice á Vd. "Gracias," y Vd. responde "*Para servir á Vd.*" ó "*No hay de qué.*"

¿Cómo le pide Vd. á alguien que le dé ó le pase algo? ¿Qué le dice Vd. á quien le pasa algo? ¿Qué responde él?

Sr. Sancho, dígale Vd. al Sr. Mendez que lleve este libro al Sr. Blanco. El Sr. Sancho le *envía* ‡ un libro al Sr. Blanco *por medio* del Señor Mendez. ¿Qué hace el Sr. Sancho? ¿A quién se lo envía? ¿Por medio de quién se lo envía?

Yo envío esta carta al Sr. Ayala por medio del Sr. Navarrete. Sr. Navarrete, lleve Vd. esta carta al Sr. Ayala. ¿Le llevo la carta *yo mismo?* No, yo se la envío por medio de otra persona. Sr. Sancho, tráigame Vd. su composición. ¿Me envía Vd. su composición ó me la trae Vd. mismo? Señorita Paz, tráigame Vd. su papel. ¿Me envía Vd. su papel ó me lo trae Vd. misma? Sírvase traerme su lápiz, Sr. Herrera. Yo le pido á Vd. su lápiz. ¿Qué le pido? ¿A quién le pido el lápiz? ¿Me da Vd. lo que le pido? Pídame Vd. algo.

---

* **Pedir: Pido, pide, pedimos, piden; pida Vd., pidan Vds., pidamos.**

† El profesor solo dará aqui el subjuntivo, regido por los verbos que expresan actos de la voluntad, como: querer, mandar, pedir, etc., etc., y solo en las formas parecidas á las del imperativo, ya conocidas por los discípulos. Más tarde se dará el uso del subjuntivo en general.

‡ **Enviar: Envio, envia, enviamos, envian; envie, envien, enviemos.**

LECCIÓN TRECE

Con la mano tomamos; con el lápiz escribimos en el papel; con la tiza escribimos en la pizarra; con el cuchillo cortamos; con los piés andamos; con la llave cerramos. ¿Qué hacemos con la mano, con el lápiz, con la llave, con el cuchillo, con la tiza, con los piés? ¿Con qué andamos? ¿Con qué mano empujo esta silla? ¿Con qué mano escribimos?

Con los ojos *vemos.** Con los oídos *oímos.*† (Los oídos están en las orejas).

¿Qué hacemos con los ojos? ¿Qué ve Vd. sobre la mesa? ¿A quién ve Vd. en este cuarto? ¿Ve Vd. lo que hago? ¿Qué hago? Vea Vd. ese libro. Veamos la página 4a. ¿Me ve Vd. escribir? ¿Con qué oimos? Yo toco; oiga Vd. ¿Oye Vd. algo? ¿Me oye Vd. andar?

Yo veo una cosa; yo veo *á* una persona.

¿Qué ve Vd. delante de la pared? Veo la silla.

¿A quién ve Vd. delante de la pared? Veo *á* la señora.

¿Ve Vd. el libro? *Lo* veo. ¿Ve Vd. *al* señor? *Le* veo.

¿Oye Vd. la música? *La* oigo. ¿Oye Vd. *á* la señorita? *La* oigo.

¿Oye Vd. mis pasos? *Los* oigo. ¿Veo yo á los discípulos? *Les* veo.

Con la nariz *olemos.*§ Aquí tenemos unas *flores:* una rosa, un tulipán, unas violetas, un clavel y un pensamiento.

La rosa huele *bien;* el gas huele *mal;* el papel ni huele bien ni mal, no tiene ningún *olor.*

¿Con qué olemos? ¿Huele bien el clavél? ¿La violeta huele bien ó mal? ¿Qué flor huele *mejor* la rosa ó el tulipán? Huela Vd. esta tinta *¿qué tal* (cómo) huele? ¿Huelen todas las flores? Unas huelen y otras no. Huela Vd. el gas. ¿Qué hace Vd.? ¿Huele la tinta tan mal como el gas? No, el gas huele *peor.* Este pañuelo huele á agua

---

***Ver: Veo, ve, vemos, ven. — Vea, veamos, vean.**
†Oir: Oigo, oye, oimos, oyen. — Oiga, oigamos, oigan.
§Oler: Huelo, huele, olemos, huelen. — Huela, olamos, huelan.

florida; huela Vd. ¿A qué huele el pañuelo? ¿Huele este papel á tabaco? ¿A qué huele un cigarro?

Con la boca hablamos. ¿Hablamos inglés en la clase? Vd. habla bien francés pero habla mal español. ¿Habla Vd. alemán? ¿Qué habla Vd. mejor, inglés ó español? ¿Habla Vd. alemán tan bien como español?

Yo hablo en *voz alta;* Vd. oye bien. Yo hablo en voz *baja;* Vd. no oye bien. ¿Cómo habla el profesor, en voz alta ó baja?

Yo leo *de prisa;* leo *despacio.* ¿Leo yo despacio y en voz alta? ¿Habla Vd. de prisa? ¿Habla Vd. el inglés más de prisa que el español? ¿Cómo ando yo, de prisa ó despacio?

Con la boca *comemos* y *bebemos.* Comemos manzanas, peras, uvas, pan, carne, patatas y otros *comestibles.*

Bebemos agua, vino, cerveza, café, té, leche y otras *bebidas.*

¿Come Vd. manzanas? ¿Son buenas las peras para comer? ¿Come Vd. patatas con carne? ¿Qué bebe Vd.? ¿*Echa* Vd. leche en el café? ¿De qué color es el café sin leche? ¿Cuál es el color de la leche? ¿Bebe Vd. leche? ¿Bebe Vd. té? ¿Bebe Vd. vino sin agua?

Comestible es todo lo que comemos. Bebida es todo lo que bebemos. Sírvase Vd. decirme el nombre de algunas bebidas. ¿Es la limonada una bebida? La limonada se hace con agua, azúcar y zumo de limón. ¿Con qué se hace la limonada? ¿Es la leche una bebida? El vino se hace con el zumo de las uvas. El vino es una bebida. La sidra se hace con el zumo de las manzanas. ¿Bebe Vd. sidra?

Las manzanas, las peras, las uvas son *frutas;* las judías, la col, los guisantes, las patatas son *legumbres.* ¿Es la fresa una fruta? Dígame Vd. el nombre de algunas legumbres. ¿Come Vd. legumbres con carne? ¿Son las legumbres buenas para comer?

LECCIÓN CATORCE

Para comer nos sentamos á la mesa. Antes de comer se cubre la mesa con un *mantel* blanco (nos cubrimos la cabeza con el sombrero, nos cubrimos las manos con guantes). Nos ponemos una *servilleta* sobre el pecho. Delante de las personas están los *platos*. En los platos se sirven los comestibles. Los platos son *redondos* (esta mesa es *cuadrada*). En las *fuentes* se traen los comestibles á la mesa. Los tomamos de la fuente y los servimos en un plato. Con una *cuchara* tomamos sopa; con un *tenedor* tomamos la carne; bebemos agua en un *vaso* y café en una *taza*.

¿Dónde nos sentamos para comer? ¿Con qué se cubre la mesa? ¿Qué nos ponemos sobre el pecho? ¿Es un mantel más grande que una servilleta? ¿Es un pañuelo tan grande como una servilleta? ¿Ponemos los comestibles sobre el mantel? ¿En qué los ponemos? ¿Cuál es la forma de un plato? ¿Cuál es la forma de mi pañuelo? ¿Con qué cortamos la carne? ¿Con qué la llevamos á la boca? ¿Con qué tomamos sopa? ¿En qué se trae la sopa á la mesa? En una *sopera*. ¿En qué se trae la carne á la mesa? ¿En qué bebemos vino? ¿Bebe Vd. en la botella? No, yo echo el vino en un vaso. ¿En qué se trae el café á la mesa? En una *cafetera*. ¿En qué nos lo servimos? ¿Bebemos té en una taza? ¿Quiere Vd. una taza de café? ¿Echa Vd. leche en el café? ¿Quiere Vd. comer algo? ¿Echa Vd. azúcar en su café? Sí, dos pedazos. ¿Puede Ud. decirme por qué? Porque el café con azúcar tiene mejor *gusto*.

¿Con qué gustamos? Con la *lengua* y el *paladar*. ¿Cuál es el *sabor* (gusto) del café sin azúcar? Es *amargo*. ¿Cuál es el sabor del azúcar? Es *dulce*. ¿Cuál es el sabor del limón? Es ácido (*agrio*). ¿Cuál es el sabor de la sopa sin sal? Es *soso*.

¿Qué gusto y olor tiene la fresa? Tiene buen gusto y buen olor; su gusto y olor son *agradables*. ¿Tiene el gas olor agradable? No, tiene muy desagradable olor; huele muy mal.

¿Tiene la fresa sabor agradable? ¿Tiene el limón sabor agradable? ¿Tiene la tinta olor agradable? ¿Y qué olor tiene la rosa?

Las cosas agradables *nos gustan* (*nos agradan*); las cosas desagradables no nos gustan.

El olor de la rosa me gusta porque es agradable.

El olor del gas no me gusta. El café en el vino no me gusta porque tiene sabor desagradable. El azúcar en el café me gusta.

¿Echa Vd. azúcar en la carne? No, señor. ¿Por qué no? Porque la carne con azúcar tiene muy mal gusto; no me agrada. ¿Le gusta á Vd. el olor de la rosa? Sí, me gusta mucho su olor; la rosa huele muy bien. ¿Le gusta á Vd. el té sin azúcar? ¿Le gusta á Vd. el vino tinto? ¿Le gusta á Vd. la leche? No, la leche no me gusta á mí; pero á Carlos le gusta mucho. ¿Le agradan á Vd. las violetas? Me agradan mucho; tienen muy buen olor.

¿Qué la agrada á Vd. (le *gusta*) más, el té ó el café? A mí me gusta más el té. ¿Bebe Vd. café sin leche? Sí, pero no me gusta mucho. ¿Les gustan á Vds. las manzanas? Sí, nos gustan. ¿Le gustan á Vd. las manzanas más que las peras? ¿Qué le gustan á Vd. más los melocotones ó las uvas? ¿Qué flor le gusta más á Vd.? ¿Le agrada el tulipán? ¿Es su olor agradable? No, señor.

Las cosas que tienen formas ó colores agradables son *hermosas*. La estátua de Venus es hermosa, el Apolo de Belvedere es hermoso. Lo que es desagradable á la vista es *feo*. La cabeza de Medusa no es agradable para ver porque es fea. El mono no es hermoso, es feo. El caballo es un animal hermoso, el camello es feo. El pavo-real es hermoso; el buho es feo.

¿Es la rosa una flor hermosa? ¿Es hermoso el mono? ¿Es hermoso el pavo-real? ¿Y sus patas son hermosas? ¿Les gustán á Vds. los vestidos rotos? ¿Por qué no? ¿Es este sombrero hermoso ó feo? Yo escribo mal. ¿Es mi letra hermosa?

EJERCICIO.*

En vez de cada raya póngase una palabra.

Un caballero — á un restaurant á —. Se — á una de las — y llama al mozo.

Mozo. ¿Qué toma Vd., Caballero?

Caballero. Déme la lista de platos.

M. Aquí está. A la vuelta — la lista — vinos. ¿Quiere Vd. sopa?

C. Tráigame — plato. Con esta — no se puede — sopa, — demasiado pequeña; — una — —. Hágame el favor de la sal, — sopa — sosa.

M. ¿Qué otra cosa, Caballero?

C. — — rosbif. ¿Qué legumbres — ?

M. Tenemos muy buenos —, — — y —.

C. — unos guisantes y patatas.

M. ¿Toma Vd. vino?

C. Vaya; media botella de vino tinto. Aquí no — agua, — — poco.

M. ¿Qué le parece el vino?

C. No — gusta, — — poco agrio.

M. ¿Quiere Vd. de otra clase?

C. No, gracias. Esta carne no puedo —, está muy dura. Hágame Vd. el favor — llevársela y — otra — —.

M. Aquí — Vd. carne muy tierna.

C. La carne — buena, pero el cuchillo no —.

M. Voy — cambiarlo. Aqui — otro. ¿Quiere Vd. otra cosa?

---

* Las palabras nuevas pueden explicarse fácilmente, ya por medio de una simple definición, como: "Mozo": el que sirve los platos en el restaurant; "Llama": diciendo en voz alta el nombre del discípulo ú otra palabra para hacerlo venir; "Lista de platos": el papel en que se ve lo que hay de comer; ya por el contexto, v. g.: Restaurant: ¿Adónde va Vd. á comer? Miéntras se lee el ejercicio, el profesor debe hacer preguntas como las siguientes:

¿Adónde va el caballero? ¿Qué va á hacer? ¿Quién entra en el restaurant? ¿A quién llama el caballero? ¿Para qué lo llama? ¿Qué pregunta el mozo? Háganse preguntas en cada sentencia, ayudando siempre al discípulo á responder.

C. ¿Qué frutas —?
M. Tenemos buenas fresas. ¿Quiere Vd.?
C. Bueno, — — porción.
M. ¿Las — Vd. con azúcar?
C. No, me — más sin —; pero — — una cucharita.
M. ¿Qué otra cosa — Vd.?
C. Nada más. ¿Cuánto es por todo?
M. Ocho pesetas.
C. Tome Vd.
M. Gracias. Adiós, Señor.

TROZOS ELEMENTALES.

EL RELOJ

Allí, sobre la consola, hay un reloj. Este tiene dos manecillas, una larga y otra corta: la larga se llama minutero, y señala los minutos; y la corta se llama horario, y señala las horas.

Una hora tiene sesenta minutos, y en cada minuto hay sesenta segundos. Veinticuatro horas hacen un día.

Hay varias clases de relojes: reloj de péndola, de pared, de bolsillo, etc., etc. El reloj de péndola y el de pared son de madera, mármol ó bronce; el reloj de bolsillo es de oro, plata ó níquel.

En este cuarto hay un reloj de péndola que no anda, está parado; es preciso darle cuerda. ¿Quiere Vd. dársela? Tome Vd. la llave, póngalo en hora, son las once y veinte minutos. Vd. lo atrasa; lo pone á las once en punto.

Mi reloj marcha muy bien: ni adelanta, ni atrasa; es exacto.

¿Qué hora es, Srta. Dávila? Son las doce menos cuarto. Su lección empieza á las once, y acaba á las doce en punto; dura una hora.

EJERCICIO

Respóndase á las preguntas siguientes:

1. ¿De qué se habla en el trozo anterior? 2. ¿Qué clase de reloj hay en este cuarto? 3. ¿Dónde está? 4. ¿Tiene Vd. reloj? 5. ¿Dónde está? 6. ¿De qué es este reloj? 7. ¿De qué es su vestido de Vd.? 8. ¿De qué es esta mesa? 9. ¿Es esta silla de madera? 10. ¿Señala su reloj los segun-

dos? 11. ¿Qué hora es? 12. ¿A qué hora empieza su lección? 13. ¿Cuántos minutos tiene una hora? ¿media hora? ¿un cuarto de hora? 14. ¿De cuántas horas se compone un día? 15. ¿Cuántos segundos tiene un minuto? 16. ¿Está andando este reloj? 17. ¿Está parado su reloj de Vd.? 18. ¿Por qué no anda este reloj? 19. ¿Con qué se le da cuerda? 20. ¿Es esta llave de cobre ó de hierro? 21. ¿Es el cobre un metal? 22. ¿Sírvase Vd. nombrar algunos metales? 23. ¿Está adelantado su reloj de Vd.? 24. ¿Cuánto está adelantado? 25. ¿Quiere Vd. ponerlo en hora?

Háganse las preguntas á las respuestas siguientes:

1. El título del trozo anterior es "El Reloj." 2. Sí, señor, es más grande. 3. No, señor, no está sobre la mesa. 4. Sí, allí está. 5. No, señor, no tiene. 6. Son de cuero. 7. No, es de níquel. 8. Es de lana. 9. Mis puños son de hilo. 10. Uno está sobre la mesa y otro sobre la silla. 11. Unos son rojos y otros negros. 12. No, está parado. 13. Por qué está roto. 14. Sí, quiero darle cuerda. 15. Con la llave. 16. No, señor, atrasa. 17. Diez minutos. 18. Son las dos en punto. 19. Tiene veinte y cuatro horas. 20. Tiene sesenta minutos.

EL AÑO

Aquí hay un calendario con los trescientos sesenta y cinco días que hacen un año. El año se divide en doce meses, ó en cincuenta y dos semanas.

Una semana se compone de 7 días, que se llaman: Lunes, Martes, Miércoles, Jueves, Viernes, Sábado y Domingo. Trabajamos durante seis días de la semana, y el séptimo día, domingo, no hacemos nada: es día de fiesta.

Los meses son: Enero, Febrero, Marzo, Abril, Mayo, Junio, Julio, Agosto, Setiembre, Octubre, Noviembre y Diciembre. De estos meses unos tienen 31, otros 30 y febrero tiene solo 28 días. Cada cuatro años febrero tiene 29 días, y entónces el año se llama bisiesto.

En el año hay 4 estaciones, que son: Invierno, Primavera, Verano y Otoño. Marzo, abril y mayo son los meses de la primavera; junio, julio y agosto, los del verano; setiembre, octubre y noviembre, los del otoño; diciembre, enero y febrero los del invierno. Sírvase Vd. decirme en que estación estamos. Estamos en invierno. Esta estación dura hasta el 21 de marzo, día en que comienza la primavera.

Hoy es el 15 de enero, ayer fué el 14, y mañana será el 16. Si Vd. quiere saber en que día del mes ó de la semana estamos, lo ve en el calendario. Mire Vd. el año pasado, 1904, el primero de enero cayó en viernes; este año, 1905, el primero de enero cayó en domingo; y el año próximo, 1906, caerá en lunes.

Hoy, 15 de enero, es sábado; por lo cual Vd. recibe su última lección de esta semana; la escuela se cierra el domingo.

Ya son las 12, acábase su lección; Vd. se va, pero escriba un buen ejercicio para el lunes.

¿Oye Vd.? El reloj da una hora; son las doce.

EJERCICIO

1. ¿Cuántos días tiene un año? 2. ¿Cómo se llama el año que tiene trescientos sesenta y seis dias? 3. ¿Cuándo comienza el año? 4. ¿Cuándo acaba? 5. ¿Cuál es el primero, segundo, tercero, cuarto, quinto, etc., mes del año? 6. Cómo se llama el penúltimo mes del año? 7. ¿Cuáles son los siete días de la semana? 8. ¿Cuál es el último día

de la semana? 9. ¿En qué día de la semana estamos? 10. ¿Fué ayer domingo? 11. ¿Qué día viene Vd. á la escuela? 12. ¿Será sábado el quince? 13. ¿Cuánto tiempo está Vd. aquí? 14. ¿Cuánto dura su lección? 15. ¿Qué día del mes será el lunes próximo? 16. ¿Qué día del mes fué el jueves pasado? 17. ¿Será mañana el último del mes? 18. ¿En qué estación estamos ahora? 19. ¿Cuántos meses dura una estación? 20. ¿Cuáles son los meses de verano? 21. ¿Qué estación sigue al invierno? 22. ¿Estamos en primavera? 23. ¿Qué día precede al domingo? 24. ¿Qué hora es? 25. ¿En qué días trabajamos? 26. ¿Trabaja Vd. el domingo?

1. Me muestra un calendario. 2. Sí, el año tiene 365 días. 3. Es la duodécima parte de un año. 4. Se compone de siete días. 5. El primer mes del año. 6. Se llama domingo. 7. Diciembre. 8. Es noviembre. 9. Tiene 31 días. 10. Tiene veintinueve. 11. Vengo acá tres veces por semana. 12. Ayer fué martes. 13. No, el domingo próximo no será el 1° sino el 3. 14. Sí, el viernes pasado fué el veinticinco. 15. Hay cuatro estaciones. 16. No estamos en otoño sino en invierno. 17. Sí, abril es un mes de primavera. 18. La estación anterior al otoño es el verano. 19. Agosto es un mes de verano. 20. El Invierno no comienza el primero de diciembre sino el veintiuno. 21. El lunes próximo será el cinco. 22. No, no tomo lección el domingo. 23. Porque es día de descanso.

EL DIA Y LA NOCHE

Las veinticuatro horas se dividen en dos partes: el día y la noche. El día es claro y podemos ver; pero la noche es oscura, y si queremos ver, es necesario encender luz.

Vd. dice que ahora no está bastante claro aquí; tome Vd. un fósforo, y sírvase encender el gas. Ya arde el gas y alumbra la sala. No se acerque Vd. demasiado á la llama; si Vd. la toca se quema. ¿Hay bastante luz en este cuarto? ¿Puede Vd. ver bien? La luz del gas no es muy fuerte, y por eso las salas grandes se alumbran con electricidad, que da luz más brillante y agradable.

La luz del día viene del sol, el cual está en el cielo.

Mire Vd. por la ventana. ¿Ve Vd. arribã el cielo azul?

De noche el sol no está visible, no podemos verlo; pero vemos la luna y las estrellas.

Las estrellas son innumerables, no se pueden contar.

El principio del día se llama *mañana*, y el fin *tarde*. Por la mañana *sale* el sol, y por la tarde se *pone*.

Oriente es el sitio por donde sale el sol, y *poniente* por donde se pone. A mediodía el sol está hacia el *sur*, y el lado opuesto se llama *norte*.

Los cuatro puntos cardinales son: Este, Oeste, Sur y Norte.

En verano el sol sale muy *temprano* á las 3 ó 4 de la mañana, y los días son largos; pero en invierno sale *tarde*, á las 7, y los días son cortos.

De día *trabajamos*, de noche nos *acostamos* en la cama. Por la mañana nos levantamos, nos vestimos y nos desayunamos.

EJERCICIO

1. ¿Cómo se dividen las 24 horas del día? 2. ¿Cuándo hay claridad? 3. ¿Está oscuro ahora? 4. ¿De dónde viene la luz del día? 5. ¿Dónde está el sol? 6. ¿Alumbra el sol de noche? 7. ¿Con qué se alumbra este cuarto de noche? 8. ¿Qué hacemos para ver cuando está oscuro?

9. ¿Qué se ve en el cielo de noche? 10. ¿Cuáles son los cuatro puntos cardinales? 11. ¿Por qué punto sale el sol? 12. ¿Por dónde se pone? 13. ¿Dónde está el sol á mediodía? 14. ¿A qué hora sale el sol en marzo? 15. ¿Se pone temprano en verano? 16. ¿A qué hora se pone? 17. ¿En qué estación son los días largos? 18. ¿Son ahora las noches más largas que los días? 19. ¿Puede Vd. ver sin luz? 20. ¿Cuándo se enciende el gas? 21. ¿Con qué se enciende el gas? 22. ¿Cuándo se acuesta Vd.? 23. ¿En qué se acuesta Vd.? 24. ¿Qué hace Vd. por la mañana? 25. ¿A qué hora se desayuna Vd.? 26. ¿Hasta que hora trabaja Vd.? 27. ¿Le gusta á Vd. trabajar? 28. ¿Es la luz de la luna tan fuerte como la del sol? 29. ¿Cuándo alumbra la luna? 30. ¿Se pueden contar las estrellas?

---

1. No, no puedo ver en la oscuridad. 2. Sí, hay luz durante el día. 3. Viene del sol. 4. Esta sala no está alumbrada con electricidad. 5. Enciendo el gas, cuando está oscuro. 6. De noche no está visible. 7. Es azul. 8. Las veo de noche. 9. En el cielo. 10. Al poniente. 11. Por la mañana. 12. En marzo y setiembre son tan largos como las noches. 13. Al mediodía. 14. No, el sol sale tarde en diciembre. 15. Lo enciendo cuando hay oscuridad. 16. Me acuesto á las 10. 17. Me levanto por la mañana. 18. Sí, el gas alumbra, cuando arde. 19. Sí, también la luna sale por el oriente. 20. Sí, es más fuerte que la luz del gas.

EL MAL TIEMPO

El cielo está muy oscuro; está cubierto de nubes. Empieza á llover, caen gotas. Abra Vd. su paraguas. Ahora estamos preservados del agua del cielo, pero el piso está

muy malo; la calle está encharcada (llena de agua); y á cada paso que damos, nos ensuciamos. Volvamos á casa, el tiempo está demasiado malo para estar fuera.

Este cuarto está muy agradable. Quitémonos los vestidos mojados, y pongámonos los secos.

¡Qué día tan desagradable! Mire Vd.; ya comienza á nevar. Copos de nieve mezclados con gotas de lluvia, dan contra las vidrieras de las ventanas.

La estación está muy avanzada para *nevar*, estamos en mayo, pero el tiempo es de diciembre: hace mucho frío.

Siéntese Vd. junto á la lumbre; caliéntese Vd. La lumbre está casi apagada. Juan, atice Vd. esa lumbre; eche Vd. un poco de carbón.

¿Todavía tiene Vd. frío? Ya no, gracias. Ponga los piés sobre la barandilla de la chimenea. Quítese Vd. los zapatos, están empapados de agua; es dañoso tener los piés mojados.

¡Mire Vd. á ese hombre! Hace tanto viento que tiene que cogerse el sombrero con la mano. ¡El viento vuelve el paraguas al revés!

Este viento hace el tiempo aún más desagradable; pero se lleva las nubes. Ya la lluvia comienza á cesar.

Aquí, en Madrid, llueve mucho este año, *muy á menudo* tenemos lluvia; poco sale el sol, *rara vez* hace buén tiempo. ¡Qué desagradable! No se puede salir *nunca* sin mojarse, y *siempre* es menester llevar paraguas. En Sevilla hace mejor tiempo, llueve *algunas veces*, pero generalmente hace sol.

EJERCICIO

1. ¿Cómo se pone el cielo cuando hace mal tiempo? 2. ¿De qué está cubierto entónces? 3. ¿Está lloviendo ahora? 4. ¿Qué cae del cielo en invierno? 5. ¿Está

bueno el piso, cuando llueve? 6. ¿Qué lleva Vd. para preservarse de la lluvia? 7. ¿Qué tiempo hace ahora? 8. ¿Sale Vd. cuando está lloviendo? 9. ¿Hace mucho calor en este cuarto? 10. ¿Hace frío fuera? 11. ¿En qué meses nieva? 12. ¿Nieva mucho en febrero? 13. ¿Nieva á menudo en abril? 14. ¿Y nieva algunas veces en agosto? 15. ¿Tiene Vd. frío? 16. ¿Con qué se calienta la sala en invierno? 17. ¿Se hace lumbre para calentar el cuarto en verano? 18. ¿Con qué se hace lumbre? 19. ¿Con qué nos preservamos del frío? 20. ¿De dónde viene el calor? 21. ¿Calienta tanto el sol en invierno como en verano? 22. ¿Está siempre malo el piso cuando llueve? 23. ¿Junto á qué se sienta Vd. para calentarse? 24. ¿Le agrada á Vd. salir cuando hace mucho viento? 25. ¿Qué es lo que se lleva las nubes? 26. ¿En qué mes hace mucho viento? 27. ¿En qué meses se pone Vd. vestidos gruesos?

---

1. Es azul. 2. No, llueve. 3. Los vestidos nos preservan del frío. 4. Hace un tiempo muy agradable. 5. No, el piso está bueno. 6. El le dice que vuelva á casa. 7. Porque hace muy mal tiempo. 8. Sí, algunas veces nieva en marzo. 9. No, nunca nieva en julio. 10. Es agradable estar en esta sala. 11. En la calle hace mucho frío. 12. Para calentarme me siento junto á la lumbre. 13. Se hace lumbre con leña y carbón. 14. Porque el fuego está casi apagado. 15. Le dice á Juan que eche carbón. 16. Ya no tiene frío. 17. Porque están mojados. 18. Para secarlos. 19. Ellos ven á un hombre que pasa por la calle. 20. Porque se lo lleva el viento, si él no le coge. 21. Me quito el sombrero al entrar en una sala. 22. No, en verano me gusta más estar á la sombra que al sol.

LOS ANIMALES

El hombre y los animales pueden moverse porque viven. Para vivir deben respirar, comer y beber; sin aire ni alimento no pueden vivir, mueren.

El hombre y la mayor parte de los animales tienen cinco sentidos, que son: la vista, el oído, el olfato, el gusto y el tacto. Los órganos de la vista son los ojos, los del oído los oídos, los del olfato la nariz, el sitio del gusto está en la lengua y el paladar; y el tacto se extiende por todo el cuerpo.

La vista nos indica el color, la forma, la dimensión, el lugar y la posición de los objetos; por el oído percibimos los sonidos; por el tacto sentimos el frío del hielo, el calor del calorífero, dolor cuando nos quemamos, y la dureza ó blandura de los cuerpos.

Los animales pueden dividirse en cuadrúpedos, aves, peces, reptiles, anfibios é insectos.

Los cuadrúpedos viven en la tierra; tienen cuatro patas para andar, correr y saltar, y su cuerpo está cubierto de pelo. Cuadrúpedos son: el caballo, el buey, la vaca, el asno, el carnero, el perro, el gato, los cuales son animales domésticos; el león, el tigre, el oso, la hiena, el lobo, la zorra, que son animales salvajes ó fieras.

Las aves viven en la tierra y en el aire; tienen además de dos patas, dos alas, con las cuales vuelan; en vez de boca tienen pico y su cuerpo está cubierto de plumas. Son aves: la gallina, el pato, el pavo, el pavo-real, el ganso, el águila, el avestruz, el buho, la golondrina, el gorrión.

El hombre y estas dos clases de animales tienen la sangre roja y caliente, y un corazón que la hace circular: tienen pulmones para respirar, y estómago para digerir el alimento.

Si estos órganos funcionan bien, tanto el hombre como los animales están en buena salud; pero, al contrario, están enfermos, si alguno de esos órganos no funciona bien.

Los peces viven en el agua. No tienen patas ni alas; pero están provistos de aletas con las cuales se mueven al nadar, y algunos pueden volar. La mayor parte de ellos tienen el cuerpo cubierto de escamas.

El reptil principal es la serpiente; no tiene patas y se arrastra por tierra.

La rana es un animal anfibio; vive en la tierra y en el agua. La abeja produce miel, y seda el gusano de seda; estos insectos son útiles. La mosca y el mosquito son, por el contrario, insectos nocivos.

EJERCICIO

1. ¿Pueden las plantas moverse? 2. ¿Qué deben hacer los animales para vivir? 3. ¿Podemos vivir, si no tomamos alimento? 4. ¿Tienen las plantas necesidad de agua? 5. ¿De qué tenemos necesidad para vivir? 6. ¿Cuáles son los 5 sentidos? 7. ¿Cuáles son los órganos de estos sentidos? 8. ¿Para qué sirve cada uno de ellos? 9. ¿Cómo se dividen los animales? 10. ¿Cómo se llaman los principales animales domésticos? 11. ¿Cuál es su utilidad? 12. ¿Qué fiera se parece á un perro grande? 13. ¿Que diferencia hay entre las aves y los cuadrúpedos? 14. ¿Cuál es el ave más grande? 15. ¿Es útil? 16. ¿Cómo se llama el pajarito de plumas pardas con pintas negras, que vemos por la calle? 17. ¿Qué ave tiene el plumaje más hermoso? 18. ¿Cuáles son los órganos de la digestión y respiración? 19. ¿Está Vd. bien de salud? 20. ¿Qué es un pez? 21. ¿Cómo anda la serpiente? 22. ¿Anda la rana? 23. ¿Cuál es la utilidad de la abeja y del gusano de seda?

EL HOMBRE

Muchos animales tienen el sentido de la vista, del olfato ó del oído más perfecto que el hombre (el águila puede distinguir los objetos á una distancia mucho más grande que nosotros los podemos ver, y un perro sigue por el olfato las huellas de su dueño); pero el hombre tiene el cerebro más desarrollado. Con el cerebro, que se halla en la cabeza, pensamos.

Sin pensar no podemos hablar. Tenemos en el cerebro imágenes llamadas ideas. Hablamos para comunicar nuestras ideas á otras personas. Pensamos en personas y cosas presentes ó ausentes. Vd. piensa ahora en su lección. Si Vd. piensa en otra cosa, no puede comprenderme bien. Muy á menudo Vd. piensa en sus lecciones cuando está en su casa. ¿En qué piensa Vd. á las doce cuando la mesa está puesta?

Si una persona piensa mucho y bien, se dice que es inteligente. Las personas inteligentes aprenden fácilmente. Un perro es más inteligente que un gato, aprende más pronto. ¿Es el asno muy inteligente?

Sabemos una cosa, cuando la aprendemos bien. Vd. sabe contar en español; pero ¿sabe Vd. contar en ruso? Yo sé su nombre. ¿Sabe Vd. también el mio? Vd. sabe lo que tengo en mi mano, porque lo ve; pero no sabe lo que tengo en mi bolsillo.

No retenemos todo lo que aprendemos; algunas cosas se nos van de la cabeza: las olvidamos. ¿Retiene Vd. todas las frases que oye en la clase? ¿Sabe Vd. los apellidos de sus profesores? ¿Es fácil olvidar apellidos?

En el hombre las sensaciones y los sentimientos son más vivos que en los animales. Los animales aman á sus hijos, pero el amor de nuestra madre es mucho más fuerte. Ama-

mos nuestra familia, amamos nuestro país. Los animales no tienen sentimiento semejante. El hombre distingue lo hermoso de lo feo. Sentimos admiración por una estátua bella, por un hermoso cuadro y repugnancia por las cosas sucias. Nos repugna tocar un animal muerto.

Una cosa agradable causa placer. Vd. siente placer viendo una buena comedia ú oyendo una buena música. Es muy agradable para Vd. saber que hace muchos progresos en el estudio del español; y cuando su profesor se lo dice, usted experimenta placer: se alegra.

Por el contrario, una cosa desagradable causa desagrado. Cuando hace mal tiempo y Vd. no puede venir á la escuela, experimenta desagrado: siente no recibir su lección. Vd. siente hacer faltas al hablar español.

EJERCICIO

1. ¿Es el hombre superior á los animales en todo? 2. Cite usted un ave de vista muy perspicaz, y un cuadrúpedo de olfato muy delicado. 3. ¿Cuál es el sitio del pensamiento? 4. ¿Piensa usted en su lección, cuando no está en la clase? 5. ¿En qué piensa Vd. durante la lección? 6. ¿Se puede hablar correctamente sin pensar? 7. ¿Qué es necesario para saber una cosa? 8. ¿Qué aprende usted aquí? 9. ¿Dónde aprenden los niños á leer y á escribir? 10. ¿Sabe Vd. nadar? 11. ¿Se puede leer sin aprender? 12. ¿Puede usted leer sin ver? 13. ¿Sabe Vd. cuánto dinero tengo en mi bolsillo? 14. ¿Sabemos cuántas estrellas hay en cielo? 15. ¿Olvida Vd. fácilmente? 16. ¿Ama Vd. su país? 17. ¿Admira Vd. la música alemana? 18. Qué sentimiento experimenta Vd. viendo un gato muerto? 19. ¿Se alegra Vd. de saber que toda su familia está en buena salud? 20. ¿Si un amigo suyo está enfermo, lo siente Vd.?

LA FAMILIA

A. — ¿Sabe Vd. donde vive el Sr. Montero?

B. — Sé que tiene su casa en la calle de la Victoria; pero no recuerdo el número.

A. — ¿Conoce Vd. á la Sra. Montero?

B. — Sí, la veo algunas veces en casa de la Sra. Ribero; sale muy poco y siempre está ocupada con sus hijos.

A. — ¿Cuántos hijos tiene?

B. — Tiene cinco; dos hijos: Juan y Pablo y tres hijas: Consuelo, Presentación y Juana.

A. — ¿Juan es el mayor?

B. — Sí, tiene quince años.

A. — ¿Qué edad tiene Pablo?

B. — Tiene diez años; su hermana Consuelo tiene más edad que él.

A. — ¿Juana es la más joven?

B. — Sí, es todavía pequeñita; no tiene más que tres años.

A. — Es una familia modelo.

B. — El Sr. Montero es un buen padre, y la señora Montero es una madre ejemplar; no piensa más que en sus hijos y éstos adoran á sus padres.

A. — ¿Hace mucho tiempo que conoce á esos señores?

B. — Hace más de dos años que conozco al Sr. Montero; pero á su señora la conozco solamente desde que viven en Madrid.

A. — ¿Viven también en Madrid los padres de la señora Montero?

B. — Sí, viven en la misma calle que yo, con su hijo José, hermano mayor de la señora Montero, y los niños van con frecuencia á verles. Quieren mucho á sus abuelos y a su tío Pepe (José), y éstos, que los adoran los miman y les dan todo lo que desean.

EJERCICIO

1. ¿Cuál es el título del trozo anterior? 2. ¿De qué familia se habla en este trozo? 3. ¿Cuáles son las dos personas que hablan? 4. ¿Cuál es la que habla primero? 5. ¿Qué pregunta hace el señor A. al señor B.? 6. ¿Qué dirección le pregunta? 7. ¿Dónde vive Vd.? 8. ¿Sabe Vd. donde vivo yo? 9. ¿Sabe el señor B. donde vive el señor Montero? 10. ¿Dónde vive? 11. ¿Sabe el señor B. el número de la casa? 12. ¿Conoce el señor B. á la señora Montero? 13. ¿La conoce mucho? 14. ¿Dónde la ha visto? 15. ¿Por qué la señora Montero sale poco? 16. ¿Cuántos hijos tiene? 17. ¿Cuántos hijos varones? 18. ¿Cuántas hijas? 19. ¿Cuál es el mayor de todos? 20. ¿Cuál es menor? 21. ¿Cuántas hermanas tiene Pablo? 22. ¿Cuántos hermanos? 23. ¿Qué sentimientos tienen los hijos para con sus padres? 24. ¿Piensan los padres en sus hijos? 25. ¿Hace mucho tiempo que el señor B. conoce al señor Montero? 26. Donde viven los padres de la señora Montero? 27. ¿Quieren los hijos á su tío? 28. ¿Quieren los abuelos á sus nietos? 29. ¿Por qué da el tío á sus sobrinos todo lo que desean? 30. ¿Es bueno dar á los hijos todo lo que desean? 31. ¿Cuál es el nombre del tío? 32. ¿Cómo le llaman sus sobrinos?

PASADO*

Señor Torre. — Alguien llama á la puerta; vaya usted á ver quien es. — ¡Ah! Vd. es; pase adelante.

---

* Introducción al pretérito perfecto simple, ó determinado.

El profesor escribirá en la pizarra el presente y el perfecto simple de las tres conjugaciones regulares, así:

I { Tomo, toma, tomamos, toman.
  { **Tomé, tomó, tomamos, tomaron.**

Señor Ferrer. — El Sr. Pineda *fué* ayer á casa, y me *encargó* traerle este paquete.

T. — Muchas gracias; ¿ y no le *dió* á Vd. alguna carta?

F. — No, le *escribió* á Vd. anteayer, y le *remitió* la carta por el correo.

T. — Ayer no *recibí* carta suya, ni esta mañana.

F. — ¿ A qué hora *recibió* Vd. su correspondencia ayer?

T. — Juán la *trajo* por la mañana. — ¿ Y á qué hora *puso* el Sr. Pineda la carta en el buzón?

F. — Anteayer al salir de la oficina, como á las 4. Yo *ví* la carta sobre la mesa, y también *ví* cuando la *llevó* al buzón con las demás cartas.

T. — ¿ No le *dijo* el precio de los libros que me envía?

F. — Me *dijo* el de algunos; pero á usted le *detalló* el de todos en esa carta; yo la *leí* antes de cerrarla.

T. — ¿ *Fué* el Sr. Pineda á casa del impresor el martes?

II { Aprendo, aprende, aprendemos, aprenden.
Aprendí, aprendió, aprendímos, aprendieron.

III { Escribo, escribe, escribimos, escriben.
Escribí, escribió, escribimos, escribieron.

Después háganse preguntas alternativamente en el presente y el pasado de dichos verbos, usando frecuentemente adverbios de tiempo, y ayudando al discípulo, si él no puede responder, v. gr. :

"Yo *tomo* el libro. — Yo *tomé* el libro. — ¿ *Tomó* Vd. lección ayer? — La *tomé* — ¿ *Tomaron* Vds. lecciones el año pasado? — Las *tomamos*. — Usted *aprende* español. — ¿ En que lección *aprendió* á contar? — *Aprendí* en la lección sexta — ¿ Donde *aprendieron* Vds. á escribir? — *Aprendimos* en la escuela. — Yo *escribo* una palabra. — ¿ Cuándo *escribió* Vd. su *tema?* — Lo *escribí* ayer. — ¿ *Escriben* los profesores en la pizarra? — ¿ *Escribieron* Vds. temas la semana pasada? — Los *escribimos*. — ¿ A qué hora *comieron* Vds. ayer? — ¿ Se *sentó* Vd. cuando *entró* en el cuarto? — ¿ Se *levantaron* Vds. de sus sillas, cuando se *acabó* la lección? — *Vió* Vd. al Sr. Berlitz el año pasado? — ¿ *Abrimos* nosotros la ventana el martes? — Cuánto tiempo estuvo Vd. aquí anteayer? — Estuve una hora. — ¿ Cuánto *duró* su lección? — *Duró* una hora."

F. — No; no *quiso* ir sin hablar ántes con Vd.

T. — Hace algunos días *fuimos* juntos allá, y me *encargó* no volver hasta recibir otras instrucciones; también me *habló* acerca de varios cambios que quiere hacer en la circular.

F. — A mí no me *dijo* nada de eso.

T. — ¿Por qué no *vino* Vd. el lunes por la noche?

F. — Porque *tuve* mucho que hacer; y el tiempo *estuvo* muy malo: toda la noche *hizo* viento, *llovió* y *nevó*.

T. — Pero anoche *hubo* una luna hermosísima, y no *hizo* mucho frio. ¿Por qué no *vino* Vd?

F. — No *pude: estuve* escribiendo hasta muy tarde.

T. — Nosotros *tuvimos* una reunión muy agradable; *estuvieron* la familia de Dávila y otras personas. La Srta. Jimenez *tocó* el piano; y *bailamos*, *cantamos*, *conversamos* y nos *reímos* mucho. A las 10 de la noche *servimos* vino y

---

Cuando el discípulo haya aprendido bien estas formas, el profesor pondrá en la pizarra, de una en una, las formas del perfecto simple de los demás verbos, ya conocidos; y ejercitará al discípulo en su uso, del modo siguiente:

"Yo *pongo* el libro. — ¿Qué *hice* yo? — Usted *puso* el libro sobre la mesa. — ¿*Viene* usted hoy á la escuela? — ¿*Vino* Vd. ayer? — *Vinieron* Vds. el sábado pasado? — *Vinimos*. — ¿Qué *hicieron* Vds.? — *Trajimos* nuestros libros; los *pusimos* sobre la silla; nos *sentamos*, *hablamos*, *preguntamos*, *respondimos*, *leimos*, *estuvimos* una hora, etc., etc. — ¿Cuántos discípulos *estuvieron* en la clase? *Estuvieron* 6. — ¿Les *dí* yo la lección? Usted nos la *dió*. — ¿*Salió* Vd. el domingo? — ¿*Adónde fué* Vd.? — ¿*Fueron* ustedes al teatro el jueves? — *Fuimos*."

De la misma manera se hará con los verbos tener, poder, querer, saber, leer y otros de los más usados en la conversación.

Cuando el discípulo sepa bien las formas de los verbos, se leerá el trozo del "*Pasado*," usándolo como tema de la conversación, de la misma manera que los otros trozos anteriores á éste.

Debe ponerse especial cuidado en el uso de los verbos, y hacerse preguntas alternativamente en presente y pasado, afirmativa y negativamente.

bizcochos; todos *comieron* y *bebieron*, excepto la Srta. Jiménez, que nunca toma vino, y le *dimos* té, Por último se *recitaron* algunas poesías. La reunión *duró* hasta media noche, hora en que todos se *fueron*.

F. — Muy bien se *divertieron* ustedes; me alegro.— *Oiga* Vd., dan las doce, me voy.

T. — Quédese Vd. á comer con nosotros.

F. — Muchas gracias; *comí* algo antes de venir y además tengo mucho que hacer. — ¿Donde *puse* mí sombrero?

T. — No *ví* donde lo *puso* Vd. Búsquelo en el guardaropa.

F. — No está allí.

T. — ¿Lo *buscó* Vd. en el otro cuarto?

F. — Todavía no.

T. — Búsquelo Vd. allí; ¿lo *halló* Vd.?

F. — Sí, señor, gracias.

T. — ¿Y su bastón donde está?

F. — Lo *perdí* la semana pasada, haciendo un viaje; lo *busqué*, pero no lo *hallé*.

EJERCICIO

I *

1. ¿A qué hora se despierta Vd.? 2. ¿A qué hora se despertó ayer? ¿3. Cuándo se levantó? 4. ¿Qué hizo Vd. antes de desayunarse? 5. ¿Qué traje se puso? 6. ¿Se lavó Vd. con agua fría? 7. ¿Se vistió muy de prisa? 8. ¿Se desayunó temprano? 9. ¿Tomó Vd. café con leche? 10. ¿Bebió leche? 11. ¿Fué á dar un paseo? 12. ¿Qué

* El profesor hará no solamente estas preguntas en el pasado, sino también otras semejantes en el presente y muy á menudo con adverbios de tiempo hasta que se establezca una asociación espontánea en la mente del discípulo entre la idea de tiempo y las formas correspondientes del verbo.

periódicos leyó? 13. ¿Escribió algunas cartas? 14. ¿Recibió las de su tío? 15. ¿Las contestó Vd.? 16. ¿Dió Vd. un paseo por el Retiro? 17. ¿Tuvo buen apetito? 18. ¿Qué comió? 19. ¿Estuvo Vd. anoche en el teatro? 20. ¿Fué á la Opera? 21. ¿Cantó bien la tiple? 22. ¿Oyó Vd. con gusto el duo del segundo acto? 23. ¿Y el tenor ¿estuvo bien? 24. ¿A qué hora salió Vd. del teatro? 25. ¿Vió V. á la familia Martos? 26. ¿No le dijo nada el señor Martos para mí? 27. ¿Volvió d. á su casa en coche Vó á pié? 28. ¿Llovió ó nevó á la salida del teatro? 29. ¿Cayó mucha nieve? 30. ¿Sintió Vd. frío? 31. ¿Anduvo muy de prisa? 32. ¿Encendió Vd. el gas al llegar á casa? 33. ¿A qué hora se durmió? 34. ¿Apagó Vd. la luz al acostarse?

II.

1. ¿En qué siglo vivió Cristóbal Colón? 2. ¿En qué siglo murió? 3. ¿Vivieron los reyes católicos en el mismo siglo? 4. ¿Nació Colón en España? 5. ¿Murieron todos los soldados de Napoleón en la batalla de Waterloo? 6. ¿Estuvo Napoleón en España? 7. ¿Conocieron los Griegos la imprenta? 8. ¿Recuerda Vd. en qué siglo se descubrió? 9. ¿Amaron su patria los antiguos Romanos? 10. ¿Supieron los Españoles colonizar las Américas? 11. ¿Tuvieron muchas colonias hace doscientos años? 12. Fueron los Españoles á América antes que los Ingleses?

III.

1. ¿Qué hice en la lección de ayer? 2. ¿Escribí muchas palabras en la pizarra? 3. ¿En que página leí? 4. ¿Leimos en este libro? 5. ¿Escribimos los verbos irregulares? 6. ¿Dí ayer una lección difícil? 7. ¿Tuvimos buen tiempo la semana pasado? 8. ¿Nos conocimos antes de vernos?

9. ¿Supimos leer antes de aprender? 10. ¿Dónde ví yo á su hermano la primera vez? 11. ¿En qué mes fuimos á la playa? 12. ¿Estuve yo en la ciudad el treinta y uno de diciembre?

PASADO*

(Continuación.)

Señor Badia. — ¿Qué *ha hecho* usted esta semana que no le *he visto?*

Señor Perez. — *He estado* muy ocupado, despachando la correspondencia.

---

* Introducción al *preterito* compuesto, ó indeterminado.

Este tiempo se explicará de la misma manera que el perfecto simple. Se escribirá en la pizarra primero la forma de los verbos regulares, y después la de los irregulares. Se mostrará, con ejemplos, que el perfecto indeterminado se usa cuando se habla de una acción pasada, prolongada, ó cuya época es incompleta; y también cuando se habla de una acción, cuyo tiempo no se determina. Para mostrarlo mejor, hágase contraste con ejemplos en el pasado simple y el compuesto del modo siguiente:

Usted *tomó* una lección ayer; usted no *ha tomado* nunca lecciones de alemán ó italiano, etc. — Usted *estuvo* aquí el sábado. — ¿Cuánto tiempo *ha estado* aquí hoy? — Aun no *he estado* una hora. — ¿Le *dí* yo lecciones el año pasado? — Sí, me las *dió;* no me las *dió.* — ¿Le *ha dado* el Sr. Jiménez lecciones este año? — No me las *ha dado.* — ¿Qué *hicimos* durante la lección el martes? — *Hablamos, leímos, preguntamos, respondimos,* nos *reímos,* etc. — ¿Qué *hemos hecho* durante la lección hoy? — *Hemos, hablado, leído, preguntado, respondido,* etc.

Juan *comió, bebió* agua, *tomó* café en casa el jueves. — ¿Qué *hizo* Juan el jueves? — Federico no *ha comido* todavía, no *ha tomado* café, no *ha bebido* nada. ¿*Ha comido ó bebido* Federico?

Háganse otros ejemplos á este tenor.

Luego que el discípulo conozca bien las formas del verbo, se leerá el trozo del "*Pasado (continuación).*"

Póngase el ejercicio de la página 57 en pasado compuesto; y en todo aplíquese á este tiempo el mismo sistema del pasado simple.

Por lo pronto, dése solamente al discípulo el pretérito compuesto de los verbos irregulares más necesarios, para no sobrecargar su memoria; pero conforme se vayan encontrando otros verbos, se le dará su forma pasada correspondiente.

B. — ¿No *fué* Vd. ayer á casa del Sr. Arjona?

P. — Ayer no; pero hoy le *he visto.*

B. — ¿Cómo está?

P. — No está muy bien; y me *ha dicho* que esta semana no *ha abierto* ni un libro.

B. — ¿Está tomando lecciones de español?

P. — Sí, las *ha estado* tomando durante tres meses.

B. — ¿Y puede hablarlo ya?

P. — No sé, porque nunca me *ha hablado* en español.

B. — ¿Toma también lecciones de francés?

P. — Ahora no; hace dos años *tomó* algunas, y no *ha vuelto* á tomar más.

B. — ¿Sabe Vd. si las señoras de Pineda y Arjona se *han ido* á Sevilla?

P. — Sí, señor.

B. — ¿Cuándo se *fueron?*

P. — El sábado pasado.

B. — ¿Y no *han escrito?*

P. — Hasta aquí el Sr. Arjona no *ha recibido* más que una carta, y *fué* la que ellas *escribieron* el 20 de este mes.

B. — ¿No quiere usted sentarse aquí? Yo estoy cansado; *he estado* en pié toda la mañana, y anoche no me *senté* ni un momento.

P. — Bueno, siéntese usted; yo *he estado* sentado mucho, y prefiero quedarme de pié. *He estado* trabajando en el artículo que Enrique me *dió* á escribir y ya casi lo tengo acabado.

B. — ¿Cuándo le *trajo* ese artículo?

P. — Hace tres días; y hoy me *ha traído* otro.

B. — Entonces no quiero quitarle á Vd. su tiempo; ya me voy.

P. — ¡Oh! no; quédese Vd. otro rato, hay bastante tiempo.

B. — ¿*Han sabido* Vds. de Carlos?

P. — No le *hemos visto*, ni *hemos tenido* noticias suyas. La última vez que nos *vimos*, *fué* en el teatro el día de año nuevo; y desde entónces no *he podido* ir á verlo, ni él *ha venido*. Hace un mes que *estuvo* aquí, *vino* acompañado y no se *quedó* mucho. Varias veces *he querido* ir á verle, pero siempre me lo *han impedido* mis ocupaciones.

B. — Ya me voy.

P. — Quédese á comer con nosotros.

B. — No, gracias, ya *comí*. Hasta otro día.

P. — Hasta otro día; no deje de volver á vernos.

EJERCICIO.*

Duermo hasta las siete de la mañana. Me levanto, me visto y me lavo. Me desayuno á las ocho; tomo una taza de té (Enrique toma café); después voy á mi oficina, y allí leo mis cartas. Recibo muchas; contesto unas, escribo otras y cuando acabo, vuelvo á casa.

A las 11 viene mi profesor de español; pone su sombrero en la percha, y sus libros sobre la mesa; se sienta junto á la ventana y empieza la lección. Lee mis ejercicios y los corrige; me hace preguntas, yo respondo y hablamos de diferentes cosas. La lección se acaba á las doce; él se va á su casa, y yo voy á comer.

Nos sentamos á la mesa, y mientras comemos, conversamos. Cuando nos levantamos de la mesa, llevamos unas sillas al jardín, donde tomamos café al aire libre, y leemos los periódicos.

Por la tarde damos un paseo. Luego que vuelvo, me acuesto y descanso un rato. Por la noche voy al concierto,

* Este ejercicio es para ponerse á su tiempo en los dos pasados, empleando adverbios correspondientes como: ayer, anteayer, etc.

y oigo música. Doña Adelina Patti está aquí; canta muy bien. Acabado el concierto, regreso á casa, y como algo. Finalmente á media noche me acuesto.

FUTURO*

Señor Alvarez. — ¿Está usted muy ocupado hoy?

Señor Suarez. — Hoy no, pero mañana *tendré* mucho que hacer, *estaré* ocupado todo el día.

A. — ¿Qué *tendrá* usted que hacer?

S. — Me *levantaré* temprano, á las nueve de la mañana *tomaré* mi lección, luego *escribiré* unos ejercicios, y *leeré* unas páginas del libro que mi profesor me dió.

A. — ¿Y qué va Vd. hacer después? ¿Se quedará Vd. aquí ó *comerá* con nosotros?

S. — A las doce *saldré* y *comeré* con ustedes, y en seguida *iré* á casa del pintor Don Francisco Goya. Si usted viene conmigo, verá el cuadro que ha comenzado; *podrá* esperarme allí, ó ir al teatro esta tarde.

A. — Si usted gusta, *iremos* al teatro esta noche; *compraremos* nuestros billetes con aticipación, y en los entre-

---

* Se hará notar al discípulo, que el futuro expresa una acción que no ha pasado y está por venir.

Este tiempo se tratará en todo según la manera observada en el pasado; se dará la forma del futuro de las tres conjugaciones regulares, y se ejercitará al discípulo con ejemplos claros y sencillos; por el estilo siguiente:

¿Toma Vd. su lección hoy? — La tomo. — ¿Tomará Vd. lección mañana? ¿Ayer leyó Vd. su tema? — ¿Leerá Vd. mañana los periódicos? — Vd. escribió su tema ayer; ¿lo escribirá mañana? — ¿Vendrá Vd. el sábado próximo? — ¿Qué haremos durante la lección? — Hablaremos, leeremos, preguntaremos, etc., etc.

Después se leerá el trozo del "Futuro," y por último se pondrá en futuro el ejercicio de la página 53.

actos *saldremos* á tomar el aire. Cuando la función *concluya*,* *volveremos* á casa, y *cenaremos* ligeramente. De esta manera *pasaremos* una noche muy agradable.

S. — Sí; pero no se puede, porque espero al Sr. Perez á pasar la noche con nosotros.

A. — Escríbale Vd. que venga pasado mañana, y *recibirá* la carta ántes de mediodía. Eso *será* lo mejor: así *tendrá* más tiempo, y *podrá* venir por la tarde.

S. — No; porque no *vendrá* solo, *traerá* á su señora; y nosotros no podemos decirles que difieran su visita para otro día. Yo prefiero ir al teatro en otra ocasión.

A. — Bueno, como usted guste; *iremos* pasado mañana. ¿Y los Sres. Perez se *quedarán* en la ciudad todo el verano?

S. — No, *irán* al campo un mes, y *volverán* á tomar su curso de español en otoño. En esta estación, muchas personas *frecuentarán* la escuela-Berlitz; unas *tomarán* lecciones de español, y otras de francés ó de alemán. Ya me voy ¿no viene Vd. conmigo?

A. — Bueno, le *acompañaré* á Vd.

LA INVITACIÓN†

A. — ¿Quiere usted venir conmigo á Madrid?

B. — Con mucho gusto. Nunca he estado en esa coronada villa, y habiendo tenido siempre deseo de conocer

---

* Hágase observar al discípulo, que, en las oraciones compuestas, el verbo que está después de algún adverbio conjuntvio de tiempo, como: *cuando*, *luego que*, *mientras*, etc., si expresa acción futura, no debe ponerse en futuro, sino en presente de subjuntivo; v. gr.: Cuando Vd. *vuelva* (mañana), leeremos este trozo. Luego que el invierno *pase*, iré al campo. Estaremos en el campo, mientras *dure* el verano, etc.

† Como introducción á este trozo podrán darse los nombres de países, ciudades, etc., que siguen, haciendo brevemente preguntas acerca de ellos:

la bella capital de España, no quiero irme de este país sin verla.

A. — Pués yo me marcho mañana, si usted quiere acompañarme.

B. — Sí, la idea me gusta mucho; podemos permanecer allí una semana, y luego ir á Santander á tomar el vapor para Londres.

A. — ¿Y se puede ir á Londres en vapor?

B. — Ya lo creo: hay uno que hace la travesía todas las semanas.

A. — Me agradará mucho un viaje por el Támesis; dicen que presenta una vista hermosísima.

B. — ¿Vamos á Suiza ántes de ir á Londres? Yo nunca he visto montañas tan altas como los Alpes.

A. — No sé si tendremos tiempo; yo creo que será necesario abreviar el viaje.

B. — ¿A qué hora salimos mañana? ¿Tiene Vd. una guía de ferrocarriles?

A. — Sí, tómela usted.

B. — Veamos: ¿quiere usted tomar el tren expreso de las 3 y 11 minutos de la tarde? Llegaremos á Madrid mañana á las nueve y media de la mañana.

A. — Me parece buena hora: así tendremos tiempo de almorzar, y pasado mañana veremos la población un poco.

B. — Convenido. A las dos y media de la tarde pasaré por usted. Haga Vd. hoy sus preparativos para estar listo mañana.

Países: España, Francia, Italia, Inglaterra, Alemania, Rusia, Austria, Estados-Unidos de América, Méjico, Brasil.

Ciudades: Madrid, París, Roma, Londres, Berlín, San Petersburgo, Viena, Wáshington.

Montañas: Los Alpes, los Pirineos, el Sistema Misuri-Mejicano (Montañas de Roca), la Cordillera de los Andes.

Ríos: El Sena, el Támesis, el Rín, el Danubio, el Tajo, el Guadalquivir, el Manzanares.

A. — Bueno; me despido: aún tengo mucho que hacer. Hasta mañana.

B. — Hasta mañana.

EJERCICIO

1. ¿Cuál es el título del trozo anterior? 2. ¿Por qué se titula así? 3. ¿Dónde se encuentran los señores mencionados? 4. ¿Viven allí? 5. ¿A qué invita el uno al otro? 6. ¿Acepta el Sr. B? 7. ¿Por qué acepta? 8. ¿Qué es Madrid? 9. ¿Sírvase Vd. decirme los principales países de Europa y sus capitales. 10. ¿Qué gente habita esos países? 11. ¿De qué país es Vd.? 12. ¿Cuánto tiempo piensan permanecer en Madrid? 13. ¿Adónde ván después? 14. ¿Como harán el viaje? 15. ¿Qué les parece un viaje por el Támesis? 16. ¿Qué dice el Sr. A. acerca de las márgenes del Támesis? 17. ¿Por qué no van á Suiza? 18. ¿Qué hacen para saber la hora de salida? 19. ¿Qué tren disponen tomar? 20. ¿Cuánto tiempo piensan invertir en el viaje? 21. ¿Por qué toman ese tren? 22. ¿En qué lugar disponen juntarse para salir? 23. Prolongan mucho su conversación? 24. ¿Por qué se separan?

LA PARTIDA

A. — ¡Ah! ¡usted aquí! Vd. ha madrugado mucho: no es más que la una.

B. — Efectivamente: es que á mí me gusta más llegar ántes de tiempo; no me gusta esperar ni hacer esperar.

A. — ¿Quiere usted tomar algo?

B. — No, gracias; acabo de comer. Anoche no pude dormir, y esta mañana me he levantado muy temprano. Ya mi baul está en la estación; ¿y el suyo está arreglado?

A. — Sí, allí está.

B. — Entonces voy por un coche.

A. — Si me hace Vd. el favor. Mientras tanto voy á meter en esta maleta lo que no cupo en el baul.

B. — El cochero espera á la puerta.

A. — Diga Vd. al mozo que entre por el equipaje. ¿Le preguntó Vd. cuanto vale la carrera?

B. — No; pero usted puede ver la tarifa: una peseta la carrera, y veinticinco céntimos por baul.

A. — Entónces le daremos al cochero 6 reales (ó una peseta cincuenta céntimos); serán 0, 25 de propina. Estamos en le estación. Hágame Vd. el favor de ver que lleven los baules á la sala de equipajes, mientras yo voy á tomar los billetes.

B. — Bueno.

A. — ¿Dónde está el despacho? ¡Ah! Ya lo veo. Déme Vd. dos billetes de primera para Madrid.

Empleado. — Ciento veinte pesetas.

A. — Ahora vamos á facturar el equipage. ¿Cuánto pesan los baules?

B. — Veinticinco kilógramos cada uno, poco más ó menos.

A. — Entónces no hay exceso de peso; no tenemos nada que pagar.

B. — Entremos en la sala de espera.

A. — Qué hora es?

B. — Las tres.

A. — Las puertas están abiertas; ya podemos subir al tren.

EJERCICIO

1. ¿Llega el Sr. B á la hora convenida á casa de su amigo? 2. ¿Le gusta á Vd. esperar á uno que tarda? 3. ¿Hace usted esperar á sus profesores algunas veces?

4. ¿Come algo el Sr. B. en casa de su amigo? 5. ¿Por qué no come? 6. Qué tal durmió el Sr. B. la noche antes de partir? 7. Qué es lo primero que él le pregunta al Sr. A.? 8. ¿Qué responde éste? 9. ¿Puso el Sr. A. todas sus cosas en el baul? 10. ¿Por qué no las puso todas? 11. ¿Qué hace el Sr. A. con lo que no cupo en el baul? 12. ¿Qué hace el Sr. B. mientras su amigo arregla su maleta? 13. ¿Qué dice el Sr. B. cuando regresa? 14. ¿Qué hacen acerca de la tarifa del coche? 15. ¿Cuánto disponen pagar al cochero? 16. ¿Adónde van ellos en el coche? 17. ¿Qué hace cada uno de ellos en la estación? 18. ¿Dónde toma el Sr. A. los billetes? 19. ¿Cuánto pesa el equipaje? 20. ¿Qué hacen después de facturar el equipaje? 21. ¿A qué hora suben al tren?

LA LLEGADA

B. — Por fin se acabaron los cerros y túneles.

A. — Ahora descendemos. Atravesamos el Manzanares y entramos en el Campo del Moro. Ya nos vamos acercando á Madrid. Allí está la Real Florida. Mire Vd. hacia la izquierda, la Montaña del Príncipe Pío; el edificio que usted ve en ella, es el cuartel de la Montaña. Allá, al frente, se ve el Palacio Real, ¡qué paisaje tan bello! Pronto estaremos en la estación del ferrocarril del Norte.

B. — Entonces arreglemos nuestras mantas y maletas.

A. — Tomo Vd. un coche, mientras yo saco el equipaje. Párase el tren, bajemos. Vea Vd. que lleven el equipaje al coche. Cochero, á la Fonda de Paris. ¿Sabe usted el precio del coche?

B. — Todavía no.

A. — Entonces pregúnteselo Vd. al cochero: de lo contrario, nos cobrará demasiado.

B. — El coche para, ¿ya llegamos?

A. — Sí; vamos á ver qué nos dan. Queremos una habitación con dos camas.

Dependiente la Fonda. — Bién, caballeros, pasen ustedes arriba.

A. — ¿Hasta dónde?

Dependiente. — Al primer piso. Tengan la bondad de tomar el ascensor.

A. — No me gusta este cuarto, es muy oscuro.

B. — Adónde da esta ventana?

Dependiente. — A un patio interior.

A. — ¿No tiene Vd. una habitación con sala y alcoba que dé á la calle?

Dependiente. — Sí, señor; vamos á verla.

A. — A mí me gusta esta, ¿qué le parece á usted, Sr. B.?

B. — A mí también me gusta.

A. — ¿Cuál es el precio?

Dependiente. — Quince pesetas diarias.

A. — Bueno, la tomamos. Sírvase Vd. mandarnos nuestro equipaje.

B. — ¿A qué hora se come?

Dependiente. — Almuerzo de 11 á 1, y comida de 6 á 8; pero se puede comer á la carta á cualquier hora.

A. — ¿Dónde está el comedor?

Dependiente. — Aquí abajo, en el piso inmediato.

Jefe del Comedor. — Tengan Vds. la bondad de pasar por acá, señores.

Mozo. — Aquí está la lista de platos.

A. — Veamos qué hay de bueno. ¿Quiere Vd. una tortilla?

B. — Ahora no; tomaré dos huevos estrellados.

A. — ¿Y una buena chuleta?

B. — Por supuesto.

A. — Mozo, una tortilla, dos huevos estrellados, y dos chuletas.

Mozo. — ¿Qué vino, señores?

A. — Valdepeñas.

Mozo. — ¿Desean Vds. postres?

A. — Traiga Vd. unas peras. ¿Tomamos también café?

B. — Sí; yo quiero una taza de café sin leche.

A. — Bueno, todo queda arreglado; ¿nos vamos?

B. — Vámonos.

A. — ¿Quiere usted ir á dar una vuelta?

B. — Ya lo creo; pero hágame Vd. el favor de servirme de guía, usted que conoce la población.

A. — Con mucho gusto.

EJERCICIO.

1. ¿Qué ven los señores al acercarse á Madrid? 2. ¿Qué hacen antes de bajar del tren? 3. ¿Qué hacen después de bajar? 4. ¿Adónde van? 5. ¿Qué hacen con su equipaje? 6. ¿De qué hablan por el camino de la fonda? 7. ¿Por qué pregunta el Sr. B. "*¿ya llegamos?*" 8. ¿Con quién hablan en la fonda? 9. ¿Qué piden? 10. ¿Qué hacen antes de tomar la habitación? 11. ¿Qué les parece el primer cuarto que ven? 12. ¿Adónde da ese cuarto? 13. ¿Dónde está la habitación que toman? 14. ¿A qué horas se come en esa fonda? 15. ¿Se puede comer á otras horas? 16. ¿Dónde está el comedor de la fonda? 17. ¿Quién los recibe en el comedor? 18. ¿Qué hace el mozo? 19. ¿Qué piden para comer y beber? 20. ¿Qué hacen después de pagar el almuerzo? 21. ¿Adonde van? 22. ¿Qué le suplica el Sr. B. al Sr. A.? 23. ¿Por qué?

PASEO POR MADRID

A. — ¡Qué tiempo tan bello! Vamos á pasear.

B. — Aquí hay grandísima animación, ¿qué sitio es este?

A. — Es la Puerta del Sol.

B. — ¡Cuánta gente por las aceras! ¡Y cuántos ómnibus, carruajes y tranvías por la calle!

A. — Efectivamente: como que esta plaza es el centro del movimiento de la capital de España, y punto de dónde parten varias avenidas y calles principales. Mire usted, allí comienza la calle de la Montera. ¿Le gusta á Vd. ver los escaparates de las tiendas?

B. — Sí, vamos.

A. — Sigamos la calle de la Montera. Mire Vd. ese escaparate, ¡qué buen surtido de sombreros tiene! Allí hay una sastrería; qué le parece á Vd. esa tela gris para un traje?

B. — No me gusta, es muy clara.

A. — Vea Vd. como llaman la atención de las señoras los artículos de moda, ¡cuantas se paran á mirar las mantillas y sombreros de esta tienda!

B. — Parémos á ver esta joyería; ¡qué hermosas joyas!

A. — Ese anillo es lindísimo, mire Vd. que buen brillante.

B. — Entremos en esta guantería: necesito un par de guantes, estos están muy usados.

Dependiente de la tienda. — ¿Desean ustedes algo, señores?

B. — Yo quiero un par de guantes.

Dependiente. ¿Los quiere Vd. de cabritilla?

B. — Sí, señor.

Depend. — Aquí tiene Vd. guantes de cabritilla superior.

B. — ¿Cuánto valen?

Depend. — Siete pesetas cincuenta.

B. — No los quiero tan caros.

Depend. — Aquí tiene Vd. otros inferiores y más baratos.

B. — ¿Qué valen?

Dependiente. — Cinco pesetas. Aun tenemos más baratos, si usted quiere.

B. — No; estos son buenos, los tomaré.

Dependiente. — Aquí están; sírvase Vd. pagar al cajero.

Cajero. — Gracias.

B. — ¿Y ahora adónde vamos?

A. — Ya van á dar las seis, es hora de comer: volvamos á la fonda.

B. — Y después de comer, ¿qué haremos?

A. — Iremos al teatro Español, si le parece á Vd.

B. — Corriente, como usted lo disponga.

EJERCICIO.

1. ¿Qué tiempo hace en Madrid la tarde del paseo de estos señores? 2. Dónde se hallan al salir de la fonda? 3. ¿Qué es la Puerta del Sol? 4. ¿Qué es lo que en esta plaza llama la atención del Sr. B.? 5. ¿Adónde van á pasear? 6. ¿Qué calle toman? 7. ¿Qué es lo que primero llama su atención? 8. ¿Por qué no le gusta al Sr. B. la tela gris? 9. ¿Qué llama la atención de las señoras en esa calle? 10. ¿Dónde se paran estos señores? 11. ¿Qué les parecen las joyas que ven? 12. ¿Qué hace el Sr. B. al ver la guantería? 13. ¿Por qué quiere comprar guantes? 14. ¿En qué estado está el libro de usted? 15. ¿Qué clase de guantes pide el Sr. B.? 16. ¿Qué hace el dependiente de la tienda? 17. ¿Compra el Sr. B. los primeros guantes que le presenta el dependiente? 18. ¿Por qué no los compra? 19. ¿Qué clase compra al fin? 20. ¿Qué se debe hacer ántes y después de comprar algo? 21. ¿A quién paga el Sr. B. los guantes? 22. ¿Continuan después su paseo? 23. ¿Por qué no lo continuan? 24. ¿Adónde van? 25. ¿Que piensan hacer por la noche?

PASEO POR MADRID

(Continuación.)

B. — Por qué lado empezamos hoy?

A. — Vamos por este lado. Mire usted, aquí cerca de la fonda tenemos el ministerio de la Gobernación.

B. — ¡ Qué buen edificio ! ¿ Y los otros ministerios dónde están?

A. — En diferentes puntos de esta corte ; y son vastos y suntuosos edificios de aspecto magnífico. Tengo sed ; entremos en este café. ¿ No quiere usted tomar algo?

B. — Sí, entremos.

A. — ¿ Qué toma Vd. ?

B. — Un vaso de cerveza.

A. — ¿ Yo también tomaré lo mismo que usted. Tiene Vd. gana de comer algo?

B. — No, gracias ; no tengo apetito.

A. — Mozo, dos vasos de cerveza.

B. — Yo no tengo moneda suelta, ¿ y Vd. ?

A. — Tampoco ; y vamos á necesitarla. Cambiemos aquí un billete de banco. Mozo, hágame Vd. el favor de ir á cambiar este billete de cien pesetas, y traiga veinte pesetas en plata.

Mozo. — Sí, señor.

A. — Vaya, ahora continuemos ; vamos por la calle Mayor. Estamos en la Plaza Mayor.

B. — ¡ Qué hermosa estatua ecuestre !

A. — Es de Felipe III. Esta plaza es muy célebre.

B. — He leído mucho acerca de ella ; y también de las corridas de toros, dadas aquí antiguamente en las Fiestas Reales. ¿ Y no vamos á la Plaza de Toros?

A. — Claro está ; hay una corrida anunciada para el lunes.

B. — Ya empiezo á cansarme, ¿no tomamos un coche?

A. — Allá va uno, tomémoslo. Cochero, lo tomamos por horas; al Palacio Real. Estamos en la Plaza de Oriente, bajemos. Allí tiene usted el Palacio Real, actual habitación de los reyes de España.

B. — ¡Es, en verdad, una obra espléndida y elegante!

A. — Aquel edificio, que usted ve á la derecha, es la Caballeriza Real, y el de la izquierda es la Armería. Mire Vd. los jardines de la Plaza de Oriente.

B. — ¡Cuantas estátuas hay alrededor? Acerquémonos á verlas; ¡qué grandes son!

A. — Estas estátuas son de algunos de los monarcas de España. Vámonos. Cochero, á la Plaza Mayor; y de allí siga Vd. toda la calle de Atocha hasta la iglesia de Nuestra Señora.

Cochero. — Muy bien.

A. — Aquí está la Basílica de Atocha; entremos á visitarla, y á ver la tumba del general Prim.

B. — Volvamos al coche.

Cochero. — ¿Adónde, Señores?

A. — Siga Vd. todo el Paseo de Atocha, y déjenos en el Salón del Prado. — Ya estamos.

B. — ¿Y cuál es el Salón del Prado?

A. — Es esa llanura, que usted ve dilatarse por esas alamedas desde esta fuente; y la parte céntrica es donde están esas dos largas filas de sillas. Este es uno de los paseos favoritos de los madrileños.

B. — ¡Qué campo tan vasto tienen ellos aquí para pasearse!

A. — Sin embargo, algunas veces viene tanta gente, que no cabe.

B. — Cómo se llama esta hermosa fuente?

A. — Fuente de Neptuno. Toma su nombre de la estátua

de Neptuno que está sobre la fuente. Al otro extremo de este paseo está la Fuente de la Cibeles.

B. — Sentémonos en estas sillas.

A. — Como usted guste; tenemos tiempo de sentarnos un rato. Luego marcharemos á ver la Fuente de la Cibeles, y de allí continuaremos á pié por la calle de Alcalá hasta el Hotel.

B. — Muy bien; así acabaremos el día de la manera más agradable.

EJERCICIO.

1. ¿Por qué lado comienzan los señores su paseo? 2. ¿Qué es lo primero que ven? 3. ¿De qué hablan, cuando se paran delante del ministerio de la Gobernación? 4. ¿Qué clase de edificios son los ministerios españoles? 5. ¿Qué hace el Sr. A. al sentir sed? 6. ¿Qué beben? 7. ¿Por qué no comen nada? 8. ¿Tienen suelto? 9. ¿Qué le dán al mozo para cambiar? 10. ¿En qué clase de moneda quieren el cambio? 11. ¿Qué calle toman al salir del café? 12. ¿Qué hacen al llegar á la Plaza Mayor? 13. ¿Qué ven allí? 14. ¿De qué hablan? 15. ¿Por qué toman un coche? 16. ¿Cómo se siente usted, cuando anda mucho? 17. ¿Adónde van en el coche? 18. ¿Qué ven ellos en la Plaza de Oriente? 19. ¿Qué les parece cada una de las cosas que ven? 20. ¿Qué camino toman al salir de esta plaza? 21. ¿Adónde van? 22. ¿Qué ven en la Basílica de Atocha? 23. ¿Cuénteme Vd. lo que ellos hacen y ven desde que salen de la Basílica hasta que llegan al hotel? 24. ¿Qué le parece á Vd. el viaje de estos señores? 25. ¿Piensa Vd. ir alguna vez á ver con sus propios ojos los lugares descritos en este viaje á Madrid? 26. ¿Si hay en Madrid escuela-Berlitz, la visitará usted cuando vaya?

TROZOS INTERMEDIOS.

EN LA FONDA

Sr. Guzmán.— Hemos telegrafiado esta mañana para que nos reserven dos habitaciones contiguas.

Empleado de la fonda. — Si no me equivoco es para los señores Guzmán y Pelayo.

G. — Sí, señor.

E. — Tienen Vds. los cuartos 35 y 36. ¿Hay que ir por el equipaje?

G. — Aquí están los talones.

E. — En seguida van á buscarlo y en cuanto lleguen los subirán á sus cuartos.

G. — ¿Hay baño en nuestras habitaciones?

E. — No, señor, no hay más que uno en cada piso.

G. — ¿Cuál es el precio diario?

E. — Quince pesetas. Tienen Vds. derecho al desayuno, al almuerzo y á la comida. Si quieren tomar café tendrán que pagarlo á parte.

G. — ¿Quiere Vd. enseñarnos nuestras habitaciones?

E. — Sí, señor, con mucho gusto. Por aquí está el ascensor.

G. — Tenemos ropa blanca para dar á lavar, y nos es preciso que esté pronto limpia.

E. — La lavandera de la fonda la entrega á las veinticuatro horas, lavada y planchada.

G. — En cuanto tengamos el equipaje dígale que venga.

E. — Si necesitan Vds. algo, aquí tienen el timbre eléctrico. Aprieten una vez el botón para llamar al camarero y dos para la camarera. (El empleado se va.)

Sr. Pérez. — Mis botas están muy sucias. ¿Dónde podré hacerlas limpiar?

G. — Llame Vd. al camarero y él se encargará de eso. (El Sr. P. llama.)

Camarero. ¿Ha llamado Vd.?

P. — ¿Puede Vd. limpiarme las botas y cepillar mi gabán en seguida?

C. — Sí, señor, pronto estará todo listo.

P. — Cuando Vd. suba, tráiganos agua caliente, jabón y toallas.

C. — Todo eso lo tienen Vds. en el tocador. Allí encontrarán todo lo que necesitan; agua caliente, agua fría, etc.

P. — Muy bien. ¿Tiene Vd. agua fresca para beber?

C. — Voy á traerla.

P. — ¿Está filtrada?

C. — No, señor, pero es agua de fuente, cristalina y muy pura.

P. — Bien, tráigala Vd.

EJERCICIO.

1. ¿Qué hace Vd. cuando llega á una ciudad donde Vd. no vive? 2. ¿Qué han hecho los señores G. y P. para comprometer cuartos en la fonda? 3. ¿Se equivoca el empleado creyendo que los viajeros son los señores G. y P.? 4. ¿Me equivoco yo, tomándole por español? 5. ¿Están distantes el uno del otro los cuartos de los señores G. y P.? 6. ¿Dónde están sus equipajes? 7. ¿Qué hacen para tenerlos? 8. ¿Qué es preciso entregar para sacarlos de la estación? 9. ¿Qué harán al recibirlos? 10. ¿Hay baño en los cuartos que estos señores ocupan? 11. ¿Es agradable tomar un baño frío cuando hace calor? 12. ¿Los señores

G. y P. desean levantarse temprano al día siguiente? 13. ¿Es fácil despertarse cuando se está muy cansado? 14. ¿Puede Vd. dormir si cerca de Vd. hacen mucho ruido? 15. ¿Le impide dormir el ruido? 16. ¿A pesar del ruido puede Vd. dormir? 17. ¿Tiene Vd. despertador en su habitación? 18. ¿A qué hora y dónde tomarán estos señores el café? 19. ¿Cómo encuentran sus habitaciones? 20. ¿Suben por la escalera? 21. ¿Qué se hace con la ropa interior después de haberla llevado? 22. ¿Quién lava la ropa sucia? 23. ¿Qué hace la lavandera después de lavar la ropa? 24. ¿Cuánto tiempo emplea la lavandera del hotel para terminar su trabajo? 25. ¿Cuándo quieren estos señores dar á lavar su ropa sucia? 26. ¿Cómo podrán llamar á los camareros? 27. ¿Se queda el empleado con ellos después de darles las instrucciones necesarias? 28. Si nuestros trajes están sucios, ¿que decimos al camarero? 29. Si las botas también lo están ¿qué hace Vd.? 30. ¿Hay por la calle limpia-botas? 31. ¿Qué hacen subir los viajeros cuando el criado trae limpias las botas? 32. ¿Se puede lavar bien sin jabón? 33. ¿Qué hacemos cuando tenemos las manos mojadas? 34. ¿Con qué nos las enjugamos? 35. ¿Le gusta á Vd. beber agua caliente? 36. ¿Qué clase de agua le gusta beber? 37. ¿Es siempre pura el agua de una gran ciudad?

EN CORREOS

Sr. Andrade. — ¿Hay alguna carta para mi?

Empleado. — ¿Cómo se llama Vd.?

A. — Tome Vd. mi tarjeta.

E. — Hay dos, y una está certificada. ¿Tiene Vd. algún documento para acreditar su personalidad? Un pasaporte, un abono de ferrocarril, etc.

A. — Aquí tiene Vd. mi pasaporte.

E. — Tome Vd. sus cartas. ¿Quiere hacer el favor de firmar en este registro para acreditar la recepción de la carta certificada?

A. — Sí, señor, con mucho gusto. ¿Puede Vd. decirme el precio del franqueo de las cartas?

E. — Sí, señor, 10 céntimos para el interior, 15 para provincias y 25 para el extranjero.

A. — Dispense Vd. que le moleste tanto; pero tengo necesidad de telefonear á Barcelona y deseo saber donde puedo hacerlo.

E. — Muy cerca de aquí está la Central de teléfonos; en la calle de Zurbarán.

A. — Muchas gracias.

E. — No las merece.

EJERCICIO.

1. ¿Cómo se envía una carta de una ciudad á otra? 2. ¿Qué se pone en el sobre para indicar que el porte está pagado? 3. Cuando envía Vd. valores por el correo, ¿puede exigir un recibo? 4. ¿Cómo se llaman esta clase de cartas? 5. ¿Qué clase de cartas envía Vd. certificadas? 6. ¿Qué da el Sr. G. al empleado de correos para indicarle su nombre? 7. ¿Es bastante una tarjeta de visita para acreditar que es el Sr. G.? 8. ¿Cómo puede probar que efectivamente es él? 9. ¿Qué diferencia hay entre un billete ordinario, uno de ida y vuelta, un billete circular y un abono? 10. ¿Puede Vd. ir á Rusia sin un documento de identidad? 11. ¿Cómo se llama este documento? 12. ¿Tiene el Sr. G. un pasaporte? 13. ¿En dónde debe firmar el Sr. G.? 14. ¿Cuál es el franqueo de una carta de Madrid á Granada? 15. ¿Y para el extranjero?

EN TELÉFONOS

Sr. Andrade. — Buenos días, señorita. Deseo comunicar con Barcelona. ¿Puede Vd. darme hora?

La Señorita. — Aguarde Vd. un momento, voy a preguntarlo . . . La línea está libre á las 6.20 y á las 8.25. Escoja Vd.

A. — Bueno, á las 8.25 estaré aquí. Quiero comunicar con el Sr. Pujol que vive en la Rambla del Centro n° 14. (El Sr. Andrade se va.)

A. — Señorita, ¿quiere Vd. hacer el favor de darme la comunicación con Barcelona que tengo pedida para las 8 y 25?

Srta. — Sí, señor, en seguida. Puede Vd. pasar al locutorio.

A. — ¿Barcelona?

Sr. Pujol. — Sí, ¿con quién hablo?

A. — Con Andrade.

P. — ¿Cómo está Vd., querido amigo?

A. — Muy bien, gracias. Acabo de recibir su carta dirigida á la Lista de Correos.

P. — Y ¿qué piensa Vd. de lo que le digo?

A. — Me sorprenden las noticias que en ella me comunica. Yo también tengo que decirle muchas cosas. Pasado mañana pienso ir á Barcelona. Llegaré en el tren de las 6 de la tarde y hablaremos largamente . . . ; ¡Ya han interrumpido la comunicación! ¡Estas señoritas del teléfono son insoportables! . . . ¡Centro! ¡Que me quita Vd. la comunicación! . . . ¡Ah! ya la han restablecido.

¿Dice Vd. que el Sr. Moreno le ha manifestado que yo le he prometido un crédito de seis meses? Eso no es verdad; no he prometido tal cosa, ni hemos hablado jamás de ello.

No se puede creer nada de lo que dice. Le referirá toda clase de mentiras para no pagar. Tengo dudas respecto á su honradez.

P. — Soy de su opinión. Es un farsante que miente más que un sacamuelas. Me ha hablado de una herencia que acaba de tener; pero yo no lo creo, porque, si ésto es cierto, no tiene necesidad de solicitar crédito.

A. — Creo que hemos cometido un error al emprender negocios con él. A propósito, ¿puede Vd. darme la dirección del señor Costa? El podrá facilitarnos informes precisos del Sr. Moreno.

P. — No, señor, no la recuerdo; pero en el Anuario del Comercio la encontrará Vd.

A. — Adiós, amigo Pujol, hasta pasado mañana que tendré el gusto de abrazarle. Salude Vd. á la familia.

P. — Gracias. Hasta pasado mañana.

EJERCICIO

1. ¿Hay teléfono en donde Vd. habita? 2. Si quiere hablar con alguien que está en el otro extremo de la ciudad ¿qué hace Vd.? 3. ¿Puede Vd. conocer la voz del que habla? 4. ¿Es agradable lo que comunica el Sr. G. al Sr. P.? 5. ¿Piensa el Sr. G. ir á Barcelona? 6. ¿En qué tren llegará? 7. ¿Tienen que interrumpir su conversación? 8. ¿Por qué? 9. ¿A quién habla el Sr. G. para restablecer la comunicación? 10. ¿De quién hablan los señores G. y P. cuando la comunicación se restablece? 11. ¿Cuál es la diferencia entre comprar al contado ó á crédito? 12. ¿Qué crédito desea el Sr. Moreno? 13. ¿Realmente se lo ha prometido el Sr. G.? 14. ¿Dice el Sr. Moreno la verdad? 15. ¿Cómo se llaman las personas que no dicen la verdad? 16. ¿Quiere Vd. prometerme

que escribirá ejercicios para la próxima lección? 17. Si Vd. compra algo sin dinero ¿qué promete Vd.? 18. Si Vd. sabe que una persona es mentirosa, ¿la cree Vd.? 19. ¿Creen en Dios los mahometanos? 20. Si le digo que soy millonario ¿me cree Vd.? 21. ¿Duda Vd. de la posibilidad de aprender un idioma en tres meses? 22. ¿Es honrado el comerciante que le hace pagar más caro el género porque Vd. no sabe el precio? 23. ¿Es honrado vender un género malo en vez de uno bueno? 24. ¿Si un padre muere, á quién deja generalmente el dinero que posee? 25. ¿Dice el señor Moreno que ha heredado? 26. ¿Cree el Sr. Guzmán en esta herencia? 27. ¿Es fundada esta duda? 28. ¿Por qué el Sr. G. pregunta la dirección del señor M.? 29. ¿Dónde se puede encontrar la dirección de una persona? 30. ¿Los señores G. y P. hablan aún mucho tiempo? 31. ¿Cómo se despiden? 32. ¿Qué dice el Sr. P.?

PISO DE ALQUILER

Sr. Minondo. — Dispense Vd., caballero; hágame Vd. el favor de decirme dónde está la calle de los Reyes.

Un Transeunte. — Con mucho gusto; pero está muy lejos de aquí: ¿á qué número va Vd.?

M. — Al número 50.

T. — Bueno; esa calle, que Vd. ve, es la de Preciados; sígala Vd. hasta la Plaza de Santo Domingo, allí tome la calle de San Bernardo, ande derecho seis calles y cruce á la izquierda, que ésa es la de los Reyes; luego encontrará Vd. el número 50.

M. — Muchas gracias.

M. — ¿Está en casa Don Alonso Sánchez?

La Criada. — Sí, señor; pase Vd. adelante. ¿Cuál es su gracia de Vd.?

M. — Don Alonso no me conoce: dígale Vd. que quiero ver el cuarto desocupado.

M. — ¿Don Alonso Sánchez?

Don Alonso. — Servidor de Vd. Tome Vd. asiento.

M. — Mil gracias.

Don A. — ¿En qué puedo servirle á Vd.?

M. — He leido en el periódico que Vd. tiene un piso para alquilar y vengo á verlo. ¿De cuántas piezas se compone?

Don A. — Se compone de cinco: una sala, dos alcobas con su gabinete cada una, comedor y cocina.

M. — ¿Pueden verse?

Don A. — Sí, señor, vamos arriba.

M. — ¿Qué piso es?

Don A. — En el segundo; tenga la bondad de subir por acá.

Don A. — Esta es la cocina.

M. — Es muy obscura. ¿Adónde da esta ventana?

Don A. — A un patio interior; la cocina se comunica con el comedor por esta puerta. Ya ve Vd. que el comedor es muy claro.

M. — Es verdad; pero es muy pequeño, y no veo dónde poner el aparador.

Don A. — Hay bastante lugar entre estas dos ventanas. Pasemos á la sala; como en el comedor, Vd. ve que hay sobre la chimenea un magnífico espejo.

M. — ¿Adónde dan estas ventanas?

Don A. — A la calle.

M. — Sírvase Vd. decirme ¿quiénes son sus inquilinos?

Don A. — Como Vd. ha visto, yo ocupo el cuarto bajo con mi familia; el primer piso lo tiene el Sr. Aparicio,

director de una compañía de seguros contra incendios; el piso tercero lo ocupan dos familias de obreros.

M. — ¿Y puede Vd. darme sitio en su bodega para guardar mi vino?

Don A. — Con mucho gusto.

M. — He olvidado preguntarle á Vd. si hay agua en esta casa.

Don A. — Claro está, hay agua y gas; y qué ¿no vió Vd. las cañerías y grifos en la cocina?

M. — No me fijé. ¿Cuánto renta este cuarto?

Don A. — Cinco mil reales al año, pagaderos en trimestres adelantados.

M. — ¿Y cuándo puedo trasladarme acá?

Don A. — Como hay que hacer algunas reparaciones en la casa, y mañana mismo comenzarán los obreros á trabajar, Vd. podrá venirse dentro de 15 días.

M. — Corriente, tomo el cuarto; mis muebles estarán aquí el primero del mes.

EJERCICIO

1. ¿Con quién habla el Sr. Minondo en la calle? 2. ¿Por qué le dice "*dispense Vd.*"? 3. ¿A qué calle va? 4. ¿Qué camino debe seguir? 5. ¿A qué número va él? 6. Si una persona le da á Vd. las señas de una casa ¿qué le dice Vd.? 7. ¿Por qué se llama á la puerta ántes de entrar en una casa? 8. ¿Qué hace el criado al oir llamar? 9. ¿Qué pregunta él entónces? 10. ¿Dónde espera el Sr. Minondo? 11. ¿Cuál es el objeto del Sr. Minondo al ver al Sr. Sánchez? 12. ¿Por qué no dice el Sr. Minondo su nombre á la criada? 13. ¿Cómo anuncia la criada la visita? 14. ¿Qué pregunta el Sr. M. al ver al Sr. Sánchez?

15. ¿Qué responde el Sr. Sánchez? 16. ¿Cómo le dice que se siente? 17. ¿Qué responde el Sr. M.? 18. ¿Qué le pregunta el Sr. Sánchez? 19. ¿Qué preguntas hace el Sr. M. acerca del piso? 20. ¿Cuántas piezas tiene el piso? 21. Qué piso es el desalquilado? 22. ¿Cuántos pisos tiene esta casa? 23. ¿De qué piezas se compone una habitación y para qué sirven? 24. ¿Adónde cae la ventana de este cuarto? 25. ¿Qué dice el Sr. M. tocante al comedor? 26. ¿Qué informe da el casero de sus inquilinos? 27. ¿Está asegurada su casa contra incendios? 28. ¿Tiene Vd. asegurada su vida? 29. ¿Cómo se llama la parte inferior de una casa? 30. ¿Qué es una despensa? 31. ¿En qué no se fijó el Sr. M.? 32. ¿Cuánto renta el piso? 33. ¿Cómo ha de pagarse? 34. ¿Está el piso en buen estado? 35. ¿Está este libro en buen estado ó roto? 36. ¿Toma el piso el Sr. M.? 37. ¿Cuándo se mudará á él. 38. ¿Cuándo promete el casero comenzar las reparaciones de la casa?

MOBILIARIO

Un Parroquiano. — Sírvase Vd. enseñarme unos muebles de sala.

Comerciante. — Tenemos de diferentes clases; ¿de qué precio los quiere Vd.?

P. — No sé, hasta ver lo que Vd. tiene.

C. — ¿Qué le parece este estilo Luis XV?

P. — No me gusta.

C. — ¿Y ese otro de ébano guarnecido de terciopelo rojo?

P. — El terciopelo no es bueno; prefiero aquel otro. ¿De cuántas piezas se compone?

C. — De un sofá, cuatro sillones y seis sillas.

P. — ¿No tiene Vd. una mesa que forme juego con estos muebles?

C. — Sí, señor; aquí tiene Vd. una enteramente del mismo estilo.

P.— Yo no sé que clase de asiento tienen estas sillas.

C. — Siéntese Vd. en este sillón, y verá que blando es.

P. — Efectivamente, es muy cómodo. ¿Cuánto vale todo el juego, inclusa la mesa?

C. — Se lo daremos á Vd. por 2000 pesetas, si compra otros muebles.

P. — Sí, tengo que amueblar toda la casa.

P. — Enséñeme ahora el comedor. Veamos primero una mesa. ¿De qué madera es ésta?

C. — De nogal.

P. — No me parece muy fuerte; enséñeme otra.

C. — ¿Le conviene á Vd. ésa?

P. — Bueno; ¿tiene Vd. la sillería y aparador?

C. — Sí, señor; ¿quiere Vd. las sillas con asiento de rejilla ó de tapicería?

P. — Muéstreme las de rejilla; son más baratas ¿no?

C. — Ya lo creo; como que hay una diferencia de diez pesetas por silla.

P. — ¡Enorme diferencia! Veamos el aparador que hace juego con la mesa y esta sillería.

C. — Tome Vd. ése, es exactamente del mismo estilo.

P. — Y á cómo me saldrá este comedor?

C. — A 600 pesetas si Vd. toma la sillería de rejilla; y á 720 si la toma de tapicería.

P. — ¿Nada menos?

C. — Ni un céntimo menos; aquí nunca se pide de más, nuestros precios son fijos.

P. — Yo no veo muebles de dormitorio.

C. — Tenemos un magnífico surtido en el primer piso; suba Vd. por esta escalera.

P. — Sírvase Vd. ir delante, muéstreme el camino. Esta escalera es muy angosta. ¿Entra Vd. sus muebles por acá?

C. — No, hay un ascensor en la casa. ¿Quiere Vd. el dormitorio de caoba?

P. — No me gusta la caoba, ya no está de moda.

C. — ¿Lo quiere Vd. de nogal?

P. — Quiero uno sencillo de nogal y otro de roble. ¡Oh! Aquí hay uno que me gusta mucho, sobre todo la cama. ¿Tiene Vd. también artículos de cama?

C. — En el piso superior encontrará Vd. cuanto quiera: colchones, mantas, almohadas, colchones de plumas, etc.

P. — Bueno, otro día volveré por todo eso.

C. — Cuando Vd. guste.

P. — Hasta la vista, Sr. Friginal.

C. — Para servir á Vd.

EJERCICIO

1. ¿Qué quiere comprar el Sr. Romero? 2. ¿Fija el precio de los muebles? 3. ¿Qué le parece el mobiliario, estilo Luis XV? 4. ¿Por qué no le gusta el terciopelo? 5. ¿Qué clase de muebles le enseña el Sr. Friginal en seguida? 6. ¿Encuentra el Sr. Romero los muebles á su gusto? 7. ¿Qué le dice cuando se los enseña? 8. De qué se compone el juego de los muebles que toma? 9. ¿Qué le pregunta al Sr. Friginal? 10. ¿Tiene él una mesa que case con los muebles? 11. ¿Tienen las sillas buen asiento? 12. ¿Qué hace el Sr. Romero para saberlo. 13. ¿Conviene el Sr. Romero en que las sillas son cómodas? 14. ¿Cuánto valen los muebles? 15. ¿Por qué pide el comerciante solo 2000 pesetas? 16. ¿Qué clase de

muebles quiere el Sr. Romero para el comedor? 17. ¿Qué clase de aparador? 18. ¿Qué se hace cuando se dicen las palabras *este, ese,* etc.? 19. ¿Qué le parece la primera mesa que se le presenta? 20. ¿Es la mesa realmente poco sólida? 21. ¿Parece que el sol da vueltas al rededor de la tierra? 22. ¿Las da realmente? 23. ¿Qué aparador le aconseja el comerciante que compre? 24. ¿Qué me aconseja Vd. hacer para que yo aprenda inglés? 25. ¿Toma el Sr. Romero la sillería de tapicería? 26. ¿Por qué prefiere las de rejilla? 27. ¿Qué diferencia hay en el precio? 28. ¿A cómo le sale el comedor con sillas de rejilla? 29. ¿En qué caso le saldrá el comedor á 720 pesetas? 30. ¿Se puede regatear en el almacén del Sr. Friginal? 31. ¿Qué quiere decir la expresión "precio fijo"? 32. ¿Regatea la gente en los almacenes? 33. ¿En qué piso están los muebles de dormitorio? 34. ¿Qué clase de escalera suben? 35. ¿Sube Vd. la escalera para entrar en la escuela? 36. ¿Qué clase de muebles para comedor le gustan á Vd. más? 37. ¿Es esta mesa de roble ó de nogal? 38. ¿Qué objetos son necesarios para una cama? 39. ¿Vuelve Vd. á su casa después de la lección? 40. ¿Cuándo vuelve Vd. á la escuela? 41. ¿Cómo se despide Vd. de una persona?

LA SASTRERIA

Enrique. — ¡Hombre! Vd. tiene un traje que le está muy bien; ¿lo compró Vd. hecho ó lo mandó hacer?

Julián. — Yo mando hacer todos mis trajes; los hechos nunca me sientan bien: si la levita tiene buen largo, es demasiado estrecha ó tiene las mangas cortas.

E. — ¿Quién es su sastre de Vd.?

J. — El señor Hernández.

E. — Hágame Vd. el favor de acompañarme á su establecimiento.

J. — ¿Para qué?

E. — Quiero mandarle hacer un traje como el de Vd.

J. — Con mucho gusto.

J. — Buenos días, señor Hernández; aquí le traigo un parroquiano.

Hernández. — Mil gracias, Don Julián. ¿Qué clase de traje quiere Vd., caballero?

E. — Exactamente igual al de mi amigo.

H. — Cabalmente me queda un solo corte para un traje entero. Sírvase Vd. quitarse la levita para tomarle medida. ¿Cómo quiere Vd. la levita por delante, recta ó sesgada de faldones?

E. — Vd. sabe mejor lo que se usa: hágamela exactamente á la última moda.

H. — ¿Qué forro le ponemos á la levita?

E. — Fórrela de seda, si le parece á Vd.

H. — Corriente, queda entendido; póngase Vd. su levita. ¿Cuándo quiere Vd. el traje?

E. — De hoy en 8 días, si puede Vd.

H. — Convenido, se lo entregaré. Tenga Vd. la bondad de venir pasado mañana, para probársela.

EJERCICIO

1. ¿Con quién se encuentra Enrique en la calle? 2. ¿Es Julián amigo de Enrique? 3. ¿Qué expresión prueba su intimidad? 4. ¿Qué le pregunta acerca del traje? 5. ¿Qué clase de trajes le gustan más á Julián? 6. ¿Por qué no compra trajes hechos? 7. ¿Quién se los hace? 8. ¿Adónde le pide Enrique que le accompañe? 9. ¿Que hacen después? 10. Qué dice Julián al Sr. Hernández al

entrar en su establecimento? 11. ¿De qué da el sastre las gracias? 12. ¿Puede hacer el sastre dos trajes iguales al de Julián? ¿13. Qué le indica á Vd. eso? 14. Qué debe tomar un sastre antes de hacer un traje? 15. ¿Por qué toma medida? 16. ¿Qué le pregunta el sastre á Enrique? 17. ¿Deja este su gusto al del sastre? 18. ¿Por qué no da Enrique su parecer sobre la levita. 19. ¿Qué hace Enrique después de tomada la medida? 20. ¿Para qué día quiere Enrique el traje? 21. ¿Qué promete el sastre? 22. ¿Por qué se prueban los trajes hechos antes de comprarlos? 23. ¿Vendrá Vd. aquí de hoy en 8 días? 24. ¿Irá Vd. á España de hoy en 15 días?

UNA VISITA

Julio. — Yo no me equivoco, ¡ese es Ramón! ¿Cómo te va, amigo mio? ¿Qué vientos te traen á Madrid?

Ramón. — En primer lugar los negocios, y después el deseo de ver esta capital que tanto me la han ponderado.

J. — Te aseguro que tu venida es para mí una sorpresa muy agradable.

R. — Para mí también es grande el gusto de volver á verte.

J. — ¡Qué casualidad! Has llegado á buen tiempo; hoy es el día de mi cumpleaños.

R. — Te deseo muy felices días, y que vivas mil años.

J. — Muchas gracias, amigo mío. ¿Cuántos días piensas estarte aquí?

R. — Todavía no lo sé, pero lo ménos será una semana.

J. — ¡Una semana! Me alegro mucho; y naturalmente te quedarás en mi casa.

R. — Con mucho gusto, si no es causa de molestia.

J. — ¡Oh! no; al contrario, tendremos muchísimo placer.

R. — ¿Y tu señora . . .?

J. — Ella se alegrará mucho de conocerte. Con tu permiso, voy á decirle á la criada que ponga un cubierto más en la mesa.

R. — Sí, haz lo que gustes.

J. — Vaya, ya todo está arreglado. Este es tu cuarto; puedes estar con toda confianza, como que es tu casa.

R. — ¿A qué hora es la comida?

J. — A las dos; pero si tienes apetito . . . .

R. — ¡Oh! no lo digo por eso, es que quiero mudarme de traje.

J. — No hay necesidad de tanta ceremonia con nosòtros; tu traje de viaje es bastante bueno.

R. — Me alegro que así te parezca, porque te confieso que estoy algo cansado. Sin embargo, quiero lavarme y peinarme: en un viaje uno se ensucia tanto.

J. — Bueno, encontrarás en este lavabo cepillo, jabón y toallas. Voy á mandar á la criada que te ponga agua.

J. — Clara, tengo el gusto de presentarte á mi amigo, Ramón de Villafranca.

R. — A los piés de Vd., señora.

Clara. — ¡Cuanto me alegro de conocer á Vd.!

R. — También yo tengo mucho gusto en conocerla.

C. — Julio me ha hablado varias veces de Vd. y de sus buenas cualidades.

R. — Julio es siempre muy amable conmigo.

Clara. — La sopa está en la mesa. Tenga Vd. la bondad de sentarse aquí, Ramón. Julio, ¿no te parece la sopa demasiado desabrida?

J. — No para mi gusto, Clara; sabes que nunca me agrada la comida muy salada ni muy condimentada.

R. — ¿No quiere Vd. pan, señora?

C. — Si me hace Vd. el favor. Gracias. ¿Le gusta á Vd. este pescado?

R. — ¡Oh! sí, está delicioso.

J. — ¿Qué te parece este vino blanco?

R. — Es muy bueno.

J. — Dame tu vaso.

R. — No, gracias; todavía tengo vino. ¡Ah! allí está mi plato predilecto: un filete de vaca con setas.

J. — Ya veo que no tienes mal gusto; sin embargo, yo prefiero un pato guisado con aceitunas.

C. — Mira como se te cumple tu antojo: cabalmente ahí trae la criada tu plato favorito. Sírvase Vd. legumbres, Ramón: allí cerca tiene Vd. guisantes y judías verdes.

R. — Muchas gracias, señora; las tomaré después del asado, si Vd. me permite.

C. — Cuando Vd. guste, caballero. Julio es como Vd., él no toma legumbres con la carne.

J. — ¿Qué postres nos tienes, Clarita?

C. — Espera; ya verás. Cármen, traiga los postres y el café.

J. — ¡Oh! ¡qué bueno! Es una sorpresa muy agradable que nos das: á mí me gusta muchísimo la crema de chocolate; ¿y á tí, Ramón?

R. — Para mí es una delicia.

C. — Celebro mucho haber dado con el gusto de Vds., señores. ¿Echan Vds. leche en el café?

R. — Yo no, señora; gracias. Después de la comida yo tomo siempre café solo; permítame Vd., señora, pedirle el azúcar.

C. — ¡Oh! sí, Vd. dispense, caballero.

R. — Gracias, señora.

J. — Ahora, Ramón, ¿fumarás un cigarro?

R.— Todavía no.

J. — ¿Por qué no?

R. — Temo molestar á tu señora.

C. — De ninguna manera, caballero; hace tiempo que estoy acostumbrada al humo del tabaco, y además tengo que ir á dar una vuelta á la cocina. ¿Los veré á Vds. esta tarde?

J. — No hasta la hora de cenar; porque quiero dar un paseo con Ramón para enseñarle un poco la ciudad.

C. — Entonces, señores, que se diviertan Vds. mucho.

R. — Gracias, señora; á los piés de Vd.

EJERCICIO

1. ¿De qué se trata en el trozo anterior? 2. ¿Qué exclama Julio al ver á su amigo? 3. ¿Qué sentimiento se expresa con esa exclamación ¿ 4. ¿Por qué se sorprende Julio? 5. ¿Se equivoca Vd. algunas veces en el uso de los artículos *el* y *la*? 6. ¿Se equivocó Julio? 7. ¿Qué le pregunta á su amigo? 8. ¿Qué va á hacer el Sr. de Villafranca en Madrid? 9. ¿Qué viene Vd. á hacer en la escuela? 10. ¿Es el viaje del Sr. de Villafranca sólo por placer? 11. ¿Estará ocupado alguna parte de su tiempo? 12. ¿Qué idea tiene de Madrid? 13. ¿Participa el Sr. de V. del gozo de su amigo? 14. ¿Por qué llega el Sr. de V. á buen tiempo? 15. ¿Qué se acostumbra hacer el día del cumpleaños de un amigo? 16. ¿Qué le parece á Julio el tiempo que su amigo piensa estar en Madrid? 17. ¿A qué le invita? 18. ¿Cree que su amigo aceptará la invitación? 19. ¿Qué palabra indica eso? 20. ¿Con qué condición acepta su amigo la invitación? 21. ¿Tiene

la casa de Julio capacidad para recibir visitas? 22. ¿Le molestará á Julio la visita de su amigo? 23. ¿A quién teme el Sr. de V. molestar fuera de su amigo? 24. ¿Será su visita molesta á la señora? 25. ¿Para qué le pide Julio permiso? 26. ¿Se lo permite el Sr. de V.? 27. ¿Con qué palabras? 28. ¿Qué dice Julio cuando regresa? 29. ¿Qué pone Julio á la disposición del Sr. de V.? 30. ¿Por qué cree Julio que su amigo tiene apetito? 31. ¿Tiene apetito de veras? 32. ¿Por qué pregunta el Sr. de V. la hora de comer? 33. ¿Le aconseja Julio que se mude de traje? 34. ¿Con qué palabras expresa el Sr. de V. el deseo de no mudarse de traje? 35. Qué tal se siente uno después de un viaje? 36. ¿Qué va á hacer el Sr. de V. antes de comer? 37. ¿Qué necesita para componerse? 38. Qué hace Julio cuando se reunen todos en el comedor? 39. ¿A quién le presenta? 40. ¿Qué dice el Sr. de V.? 41. ¿Cuáles son las palabras de la señora? 42. ¿Qué responde el Sr. de V.? 43. ¿Ha oido hablar la señora acerca del Sr. de V.? 44. ¿A quién ha oido hablar de él? 45. ¿Cómo habla Julio de sus amigos? 46. ¿Qué opinión tiene el Sr. de V. de su amigo? 47. ¿Qué se hace cuando está la comida dispuesta? 48. ¿Qué se come primero? 49. ¿Qué pregunta la señora á su marido acerca de la sopa? 50. ¿Es él del mismo parecer que su mujer? 51. ¿Cómo le gusta á Julio la comida? 52. ¿Qué le ofrece el Sr. de V. á la señora? 53. ¿Qué comen después de la sopa? 54. ¿Cuál es el plato predilecto de Vd.? 55. ¿Cuál es el autor favorito de Vd.? 56. ¿Qué prefiere Julio al filete con setas? 57. ¿Por qué le dice la señora á su marido "*mira como se te cumple tu antojo*"? 58. ¿Les gustan á los niños los dulces? 59. ¿Dió la señora con el gusto de estos señores? 60. ¿Qué le pide el Sr. de V. á

la señora? 61. ¿Por qué le dice la señora "*Vd., dispense, caballero*"? 62. ¿Qué le ofrece Julio á su amigo durante el café? 63. ¿Por qué no acepta el Sr. de V.? 64. ¿Qué indica que Julio fuma á menudo delante de su mujer? 65. ¿Qué hace Clara mientras los señores fuman? 66. ¿Cuánto tiempo emplearán en su paseo? 67. ¿Qué expresiones usan para despedirse?

EJERCICIO

(Acábense las frases.)

Don Julio no espera .... y naturalmente se sorprende de .... Este viene á Madrid para .... Llega á casa de su amigo á buen tiempo porque ....

Julio le pregunta cuanto .... y se alegra de saber que .... Le convida á ...., pero R. teme ....; sin embargo, cuando Julio le asegura que, al contrario ...., él se resuelve á ....

Como ...., prefiere no cambiar de traje. Se retira al cuarto que .... para lavarse y peinarse. Allí encuentra .... Cuando ...., Julio presenta su amigo á su mujer que .... Ella se alegra de ...., porque .... Ramón hace un cumplimiento á la señora, diciéndole que .... La criada avisa que ...., y se sientan á la mesa.

Cuando están tomando la sopa, la señora pregunta á su marido si ...., y este le responde que ....

Después de la sopa, traen el pescado que ...., y luego un filete de vaca con setas que .... Julio, á ver eso, dice que él prefiere .... No lo ha acabado de decir, cuando la criada cabalmente trae ....

Toman como postre .... , y estos señores, que ...., se

alegran mucho. Cuando . . . . , Julio ofrece un cigarro á R., el cual . . . . porque teme . . . . . ; pero ella . . . . , él no tiene inconveniente y acepta el cigarro. Por la tarde ellos disponen . . . .

LA SALUD

Eduardo. — Por fin Vd. se levantó.

Antonio. — ¿ Me ha esperado Vd. mucho?

E. — Una hora.

A. — Dispénseme Vd. ; anoche dormí muy mal, y no me siento bien.

E. — ¿ De veras? ¿ Que tiene Vd. ?

A. — Yo mismo no lo sé ; hace algunos días que tengo dolor de cabeza y calentura.

E. — Pero regularmente Vd. tiene buena salud. ¿ Siente Vd. apetito ?

A. — Absolutamente ninguno ; como sin ganas.

E. — Es necesario ver al médico.

A. — Ya lo he hecho ; pero sus recetas no me sientan.

E. — ¿ Que le ha mandado tomar?

A. — Primero unas píldoras de quinina y después me dió una receta, que despacharon en la botica ; pero á pesar de todo no he tenido ninguna mejoría.

E. — Qué médico le visita á Vd. ?

A. — Nuestro médico de cabecera, el Dr. Gonzalez.

E.— Es el mismo que ha curado á mi madre.

A. — ¿ Y qué tal sigue su madre de Vd. ?

E. — Mucho mejor, gracias ;

A. — ¿ Todavía tiene que guardar cama ?

E. — ¡Oh! no; ya se levantó y sale á dar una vuelta por el jardín, cuando no hace frío.

A. — Me alegro que esté casi restablecida. Y á propósito de enfermos, ¿ha sabido Vd. como sigue el Sr. de la Torre?

E. — No está nada mejor; no hay esperanza de que sane.

A. — ¿De veras? ¿Entónces quedará ciego?

E. — Es al menos la opinión de su médico.

A. — ¿Cómo le comenzó esa enfermedad?

E. — El Sr. de la Torre siempre ha estado enfermo de los ojos, desde su niñez.

A. — ¿Por qué no vió al Dr. Salazar? Ha hecho curas maravillosas de los ojos, y es un especialista de esa enfermedad.

E. — Yo no sé si le ha visto; voy á preguntárselo. ¿Se siente Vd. dispuesto para salir ahora?

A. — Si, ya se me quitó el dolor de cabeza.

E. — Entonces salgamos.

EJERCICIO

1. ¿De qué se habla en la conversación anterior? 2. ¿Por qué dice Eduardo "*por fin*"? 3. ¿Vió A. á su amigo desde el momento que éste llegó á su casa? 4. ¿Qué excusa da A. de su tardanza? 5. ¿Cuánto lo esperó Eduardo? 6. ¿Por qué se levantó A. tarde? 7. ¿Sabe qué enfermedad tiene? 8. ¿Padece Vd. algunas veces de dolor de cabeza? 9. ¿Le han dolido á Vd. las muelas alguna vez? 10. ¿Se padece mucho con un fuerte dolor de cabeza? 11. ¿Cuáles son los síntomas de la enfermedad de A.? 12. ¿Está enfermo con frecuencia? 13. ¿Le han

sentado los remedios? 16. ¿Se ha sentido mejor después de tomar los remedios? 17. ¿Qué se hace con las recetas de los médicos? 18. ¿Conoce E. al médico de su amigo? 19. ¿Cómo le conoció? 20. ¿Qué tal está la madre de E.? 21. ¿Qué se aconseja á los enf rmos que no deben exponerse al frío ni á fatiga alguna? 22. ¿Cuándo puede un enfermo empezar á dejar la cama? 23. ¿Cómo se contrae un constipado? 24. ¿Por qué no sale la madre de E. todos los días? 25. ¿Qué días puede salir? 26. ¿Está completamente restablecida? 27. ¿Qué dice A. de la convalecencia de la madre de E.? 28. ¿Con qué ocasión se acuerda A. del Sr. de la Torre? 29. ¿Qué pregunta A. tocante al Sr. de la T.? 30. ¿Qué responde E.? 31. Sanará el Sr. de la T.? 32. ¿Cuál es la opinión de su médico? 33. ¿Cómo empezó su enfermedad? 34. Qué es el Dr. Salazar? 35. ¿Qué prueba la habilidad del Dr. Salazar? 36. ¿Se distrae A. con la conversación de su amigo? 37. ¿Cómo se siente después de conversar? 38. ¿Le duele todavía la cabeza? 39. ¿Qué disponen hacer los dos, por último?

INVIERNO

Nos hallamos en pleno invierno. El cielo está nublado; está nevando, caen grandes copos de nieve, y una gran sábana blanquísima cubre las calles y plazas. ¡Qué silenciosas están estas calles! Siempre están muy concurridas de gente; pero hoy no se ve sino uno que otro transeunte que tiene necesidad de salir. Hace mucho frío; está helando. La fuente del jardin se ha congelado, y una gruesa capa de hielo cubre la superficie del lago del parque. Los niños corren uno tras

otro tirándose bolas de nieve; ellos han traido sus patines, pero la nieve no los deja patinar.

Oímos de cuando en cuando el sonido argentino de las campanillas: son los trineos que con la rapidez del viento se deslizan sobre la nieve endurecida por el frío. En ellos van personas envueltas hasta los ojos en sus abrigos de pieles. El viento sopla con mucha fuerza, y la nieve azota la cara de los transeuntes. ¡Qué tiempo tan horrible! no se puede ni abrir los ojos.

Vámonos á casa. La sala está muy agradable al calor de la estufa. Escribamos nuestra composición. Apenas puedo coger la pluma, tengo tiesos los dedos. Mire á ese muchacho que pasa; ¡cuál tiembla de frío! Tirita bajo sus vestidos delgados y todos rotos; él camina descalzo sobre la nieve, ¡pobre! Llámelo y dele los zapatos viejos de Vd. y su saco del invierno pasado. Vaya, ahora va el muchacho bien calzado y abrigado, y ya no tiene frío.

Ya el viento se calmó, y dejó de nevar; está deshelando, los pálidos rayos del sol penetran en las nubes. Derrítese la nieve; pronto quedará la calle llena de barro y agua sucia, lo cual hace el paso tan desagradable á los pedestres.

EJERCICIO.

1. Descríbame un día de invierno. — 2. ¿Con qué se compara la nieve que cubre las calles y las plazas? — 3. Descríbame el aspecto de una ciudad grande en buen y mal tiempo. — 4. ¿A qué personas no impide salir el mal tiempo? — 5. ¿Sale Vd. cuando hace mal tiempo? — 6. ¿Cuál es el efecto

del frío en el agua?—7. ¿Cuándo se hiela el agua?—8. ¿Qué se vuelve el agua congelada?—9. ¿Cuáles son los placeres de invierno?—10. ¿En qué se divierten los niños mencionados en este trozo?—11. ¿Para qué han traido sus patines?—12. ¿Porqué no patinan?—13. ¿Qué anuncia la proximidad de un trineo?—14. ¿Hacen ruido los trineos al deslizarse?—15. ¿Se pasea Vd. en trineo algunas veces?—16. ¿Qué placer da pasear en trineo?—17. ¿Cómo se resguardan del frío los que pasean en trineo?—18. ¿De qué cambio de tiempo se habla en el último párrafo?—19. ¿Qué es lo que hace desagradable el andar á pié en este tiempo?—20. ¿Se queda Vd. fuera cuando hace mal tiempo?—21. ¿Qué resuelve Vd. entonces?—22. ¿Con qué palabras le expresa Vd. su resolución á su compañero?—23. ¿Porqué está agradable la sala?—24. ¿Hace calor ó frío aquí?—25. ¿Tiene Vd. calor ó frío?—26. ¿Quién pasa por la calle durante el mal tiempo?—27. ¿Porqué tiembla y tirita?—28. ¿Qué clase de calzado lleva el muchacho?—29. ¿Puede el muchacho coger un resfriado?—30. ¿Para qué lo llaman?—31. ¿Le regalan vestidos nuevos?—32. ¿Cómo se siente él después de abrigarse?—33. ¿Qué palabra indica que hace menos frío?—34. ¿Cuál es el efecto del calor sobre la nieve?—35. ¿Qué hace la nieve al derretirse?—36. ¿Es el piso bueno cuando hay barro y charcos en la calle?

PRIMAVERA.

De todas las estaciones la primavera es la más hermosa y la más agradable. No hace frío ni calor; dejamos los vestidos gruesos de lana para ponernos los ligeros. Las golondrinas

vuelven de su largo viaje, y nos vienen á anunciar el fin del invierno.

¡Qué agradable es salir á pasear por los jardines y los campos para ver el hermoso y alegre panorama que presenta la naturaleza! Los campos reverdecen; las plantas se visten de flores de variados colores; y los pájaros cantan, celebrando la entrada de la risueña primavera.

Sin embargo, en Abril el tiempo es muy variable; frecuentemente llueve y algunas veces al mismo tiempo alumbra el sol. Allá está un arco iris. Mírelo pronto; se desvanece, ya desapareció.

¡Oh! ¡qué hermoso es el mes de Mayo! Es el más bello del año. En España se llama mes de María ó de las flores. La violeta, el jazmín, la rosa, la anémona, etc., perfuman nuestros jardines. Vístense los árboles de hojas, y en sus verdes ramas hacen sus nidos los pajaritos. No toque Vd. los nidos de los pájaros; deje crecer sus polluelos. Más tarde ellos llegarán á cantar á la ventana de Vd., y tendrá el placer de oirlos.

También en primavera maduran las primeras frutas. Vamos al jardín á coger fresas. ¡Qué sabrosas son! ¿Quiere Vd. comer algunas? Mire Vd. por entre el verde follaje de ese gran árbol esas frutitas rojas que los pájaros comienzan á picotear: son cerezas. En nuestro país encantador de España también tenemos, en primavera, albaricoques y grosellas; de los primeros se hacen deliciosas confituras, y de las segundas la exquisita jalea trasparente que Vd. come de postre.

EJERCICIO.

1. ¿ Porqué es la primavera la más agradable de todas las estaciones ? — 2. ¿ Hace todavía frío en primavera ? — 3. ¿ Hace ya calor ? — 4. ¿ Cuándo se quita Vd. los vestidos gruesos de lana ? — 5. ¿ Porqué ? — 6. ¿ Qué clase de vestidos se pone Vd. en las cuatro estaciones del año ? — 7. ¿ Qué hacen algunos pájaros al acercarse el invierno ? — 8. ¿ Cuándo regresan ? — 9. ¿ Cómo se llama el pajarito gris que vemos por la calle aun en invierno ? — 10. ¿ Porqué decimos que la naturaleza presenta un hermoso y alegre panorama ? — 11. ¿ Sale el sol tarde en primavera ? — 12. ¿ Cuál es la diferencia entre los días de invierno y los de primavera ? — 13. ¿ Qué tiempo hace con frecuencia en Abril ? — 14. ¿ Cuándo se vé el arco iris ? — 15. ¿ Dura mucho el arco iris ? — 16. ¿ Porqué es necesario verlo pronto ? — 17. ¿ Cuál es el mes más bello del año ? — 18. Describa el aspecto de nuestros jardines en Mayo. — 19. ¿ Dónde hacen los pájaros sus nidos ? — 20. ¿ Porqué no se deben tocar los nidos ? — 21. ¿ En qué mes empiezan las hojas á brotar en los árboles ? — 22. ¿ Cuándo florecen las plantas ? — 23. ¿ Qué frutas maduran en primavera ? — 24. ¿ Están maduras las manzanas en Mayo ? — 25. ¿ Qué árbol da manzanas ? — 26. ¿ Qué árbol da peras ? — 27. ¿ Cuál cerezas ? — 28. ¿ Qué planta da fresas ? — 29. ¿ Les gusta á los pájaros picotear las cerezas ? — 30. ¿ Qué se hace de las grosellas ? — 31. ¿ Qué postre comemos algunas veces ?

VERANO.

El verano empieza en Junio. Los días son muy largos y el calor es muy intenso. En las comarcas los campos de

J. — Ahora, Ramón, ¿fumarás un cigarro?

R.— Todavía no.

J. — ¿Por qué no?

R. — Temo molestar á tu señora.

C. — De ninguna manera, caballero; hace tiempo que estoy acostumbrada al humo del tabaco, y además tengo que ir á dar una vuelta á la cocina. ¿Los veré á Vds. esta tarde?

J. — No hasta la hora de cenar; porque quiero dar un paseo con Ramón para enseñarle un poco la ciudad.

C. — Entonces, señores, que se diviertan Vds. mucho.

R. — Gracias, señora; á los piés de Vd.

EJERCICIO

1. ¿De qué se trata en el trozo anterior? 2. ¿Qué exclama Julio al ver á su amigo? 3. ¿Qué sentimiento se expresa con esa exclamación ¿ 4. ¿Por qué se sorprende Julio? 5. ¿Se equivoca Vd. algunas veces en el uso de los artículos *el* y *la*? 6. ¿Se equivocó Julio? 7. ¿Qué le pregunta á su amigo? 8. ¿Qué va á hacer el Sr. de Villafranca en Madrid? 9. ¿Qué viene Vd. á hacer en la escuela? 10. ¿Es el viaje del Sr. de Villafranca sólo por placer? 11. ¿Estará ocupado alguna parte de su tiempo? 12. ¿Qué idea tiene de Madrid? 13. ¿Participa el Sr. de V. del gozo de su amigo? 14. ¿Por qué llega el Sr. de V. á buen tiempo? 15. ¿Qué se acostumbra hacer el día del cumpleaños de un amigo? 16. ¿Qué le parece á Julio el tiempo que su amigo piensa estar en Madrid? 17. ¿A qué le invita? 18. ¿Cree que su amigo aceptará la invitación? 19. ¿Qué palabra indica eso? 20. ¿Con qué condición acepta su amigo la invitación? 21. ¿Tiene

la casa de Julio capacidad para recibir visitas? 22. ¿Le molestará á Julio la visita de su amigo? 23. ¿A quién teme el Sr. de V. molestar fuera de su amigo? 24. ¿Será su visita molesta á la señora? 25. ¿Para qué le pide Julio permiso? 26. ¿Se lo permite el Sr. de V.? 27. ¿Con qué palabras? 28. ¿Qué dice Julio cuando regresa? 29. ¿Qué pone Julio á la disposición del Sr. de V.? 30. ¿Por qué cree Julio que su amigo tiene apetito? 31. ¿Tiene apetito de veras? 32. ¿Por qué pregunta el Sr. de V. la hora de comer? 33. ¿Le aconseja Julio que se mude de traje? 34. ¿Con qué palabras expresa el Sr. de V. el deseo de no mudarse de traje? 35. Qué tal se siente uno después de un viaje? 36. ¿Qué va á hacer el Sr. de V. antes de comer? 37. ¿Qué necesita para componerse? 38. Qué hace Julio cuando se reunen todos en el comedor? 39. ¿A quién le presenta? 40. ¿Qué dice el Sr. de V.? 41. ¿Cuáles son las palabras de la señora? 42. ¿Qué responde el Sr. de V.? 43. ¿Ha oido hablar la señora acerca del Sr. de V.? 44. ¿A quién ha oido hablar de él? 45. ¿Cómo habla Julio de sus amigos? 46. ¿Qué opinión tiene el Sr. de V. de su amigo? 47. ¿Qué se hace cuando está la comida dispuesta? 48. ¿Qué se come primero? 49. ¿Qué pregunta la señora á su marido acerca de la sopa? 50. ¿Es él del mismo parecer que su mujer? 51. ¿Cómo le gusta á Julio la comida? 52. ¿Qué le ofrece el Sr. de V. á la señora? 53. ¿Qué comen después de la sopa? 54. ¿Cuál es el plato predilecto de Vd.? 55. ¿Cuál es el autor favorito de Vd.? 56. ¿Qué prefiere Julio al filete con setas? 57. ¿Por qué le dice la señora á su marido "*mira como se te cumple tu antojo*"? 58. ¿Les gustan á los niños los dulces? 59. ¿Dió la señora con el gusto de estos señores? 60. ¿Qué le pide el Sr. de V. á

Y estos hermosos melocotones de piel afelpada, ¡qué excitantes son! — ¿Porqué golpearán esos hombres los manzanos con esas varas? — Es para bajar las manzanas. — Pero de esa manera se magullan al caer. — No importa, ya se apretarán más para sacarles el jugo, que ha de volverse sidra.

¿Le gustan las nueces? Tiremos piedras á ese nogal para bajar algunas. — Mire esa partida de muchachos y muchachas, que pasan cantando y soltando carcajadas. Son vendimiadores; van á recoger las uvas de las viñas. Esos hermosos racimos, dorados y purpúreos, pendientes de esas vides, se han de estrujar y su jugo ha de volverse en España vino de Jerez, de Málaga, de Valdepeñas; y en Francia vino de Champaña, de Burdeos ó de Borgoña.

El sol, todavía caliente á medio día, tiñe de púrpura el verde follaje de los árboles; y con las primeras heladas de Octubre las hojas toman un color amarillento, y se van secando: entonces el campo presenta un aspecto enteramente nuevo.

A la llegada de Noviembre la naturaleza toda se entristece; el viento del norte bota las últimas hojas, las golondrinas emigran, y los demás pájaros enmudecen. ¡A Dios, bella golondrina! hasta la vuelta. ¡A Dios! hasta la primavera que viene.

EJERCICIO.

1. ¿Cuáles son las ventajas y desventajas de otoño? — 2. ¿De qué fruta se hace sidra? — 3. ¿De cuál se hace vino? — 4. ¿En qué clima se dan las manzanas? — 5. ¿En cuál las uvas? — 6. ¿Por qué operación pasan las uvas para hacerse vino? — 7. ¿Qué países producen viñas? — 8. ¿Tiene

la nuez jugo? — 9. ¿Con qué se compara la piel del melocotón? — 10. ¿Qué cambio sufren las hojas en otoño? — 11. Descríbame el aspecto del campo en otoño. — 12. ¿Qué efecto le causa ver un paisaje de otoño? — 13. ¿Qué hacen los pájaros en otoño? — 14. ¿A dónde se van? — 15. ¿Porqué se van? — 16. ¿Cuándo volveremos á ver las golondrinas?

ORIGEN DE LA LENGUA CASTELLANA.

(Imperfecto como tiempo descriptivo, y expresando costumbre.)

Por el clima privilegiado y la fertilidad de los campos de España el mundo antiguo inmigraba mucho á ella; todas las razas creian encontrar allí un Edén, y venían á establecerse en el país. Este, pues, se hallaba ocupado de muchos y diferentes pueblos, y naturalmente su idioma debía formarse de los elementos de donde procedía.

No se sabe con certeza cual era el idioma primitivo de España; pero se cree que los iberos, que eran los más antiguos habitantes, hablaban el vasco. Los varios pueblos, especialmente los celtas, que invadían á España, daban al vasco tantas modificaciones, que los celtíberos, que ocupaban el centro de la península, hablaban una lengua enteramente diferente.

Entre los pueblos que continuaban haciendo invasiones en España venían griegos y fenicios. Con la influencia de estos el idioma de los celtíberos se iba modificando, se enriquecía con infinidad de voces, y adquiría el medio de hacerse duradero con el alfabeto, traido á España por los fenicios.

Bajo el dominio de los cartagineses el idioma continuaba recibiendo nuevas modificaciones, aunque no eran considerables: porque ellos tenían el mismo origen de los fenicios,

y su idioma no era bastante variado para alterar en mucho el que se hablaba en la península.

Pero el que debía ejercer gran influencia en este idioma, el que debía destruir los antiguos, era el latín.

Cuando los romanos dominaban á España, tenían muchas escuelas, y en ellas enseñaban á los españoles el latín y el arte de la guerra. Con la instrucción que ellos propagaban, los idiomas anteriores se oscurecían y se desterraban de tal manera, que no se hablaba sino latín en toda España. Este idioma tenía gran superioridad sobre los demás por su riqueza, su armonía y elegancia.

Vencidos los romanos, España quedaba en poder de los godos, y, como estos eran muy inferiores en civilización, seguían las costumbres y lengua del pueblo conquistado. Sus duros dialectos germánicos no podian prevalecer sobre la dulzura y armonía del latín; y sólo lograban modificarlo ligeramente usando, entre otras voces, las preposiciones, para suplir la diferencia de las terminaciones de las palabras latinas. El latín les servía de idioma oficial, y el rey Eurico escribía cartas en buén latín al emperador Honorio.

Sin embargo, no se olvidaban los idiomas anteriores. El pueblo los recordaba, los mezclaba con el latín y agregaba las modificaciones introducidas por los visigodos.

Al fin, pues, de la dominación goda, se hablaban en España dos idiomas muy diferentes: el latín correcto, que usaban los nobles palatinos; y el latín bárbaro, que el pueblo hablaba, y que las gentes cultas despreciaban.

Con la invasión de los Arabes, el idioma de que nos ocupamos se iba modificando completamente. Ya no se prefería el latín, ni se usaba como idioma oficial.

Seguía la guerra de la reconquista, y los que la emprendían, adoptaban el latín bárbaro; y, como con el tiempo le iban

dando varias modificaciones, producíanse muchos dialectos, llamados romances, porque se derivaban del romano.

Entre ellos sobresalía mucho el que se hablaba en Castilla, cuando España no constituía una sola nacionalidad; y por esto llamábase castellano. Su belleza y claridad eran tan notables, que desde el tiempo de Fernando III se usaba como idioma oficial.

Este es el idioma que, ya con nombre de español, ya con el de castellano, hoy se habla en todos los países de origen español.

EJERCICIO.

1. ¿ Qué hacían los antiguos á causa del buen clima de España? — 2. ¿ Qué clase de gente inmigraba? — 3. ¿ Qué creían ellos al inmigrar? — 4. ¿ Para qué venían al país? — 5. ¿ Por quién estaba España ocupada? — 6. ¿ Cuáles eran los elementos del idioma castellano? — 7. ¿ Cuál era el primitivo idioma de España? — 8. ¿ Quiénes eran los habitantes más antiguos? — 9. ¿ Qué idioma hablaban los iberos? — 10. ¿ Qué hacían con el vasco los varios pueblos que invadían á España? — 11. ¿ Qué parte de España ocupaban los celtíberos? — 12. ¿ Qué idioma hablaban estos? — 13. ¿ Qué efecto producía en el idioma la venida de los griegos y fenicios? — 14. ¿ Quién trajo el alfabeto á España? — 15. ¿ Cuál era la utilidad del alfabeto? — 16. ¿ Cuál era el estado del idioma en tiempo de los cartagineses? — 17. ¿ Qué clase de modificaciones recibía el idioma? — 18. ¿ Porqué no eran las modificaciones considerables? — 19. ¿ Qué pueblo dominaba á España despues de los cartagineses? — 20. Qué idioma hablaban los romanos? — 21. ¿ Qué efecto debía tener el latín en el idioma de España? — 22. ¿ Dónde instruían los

romanos á los españoles? — 23. ¿Qué les enseñaban? — 24. ¿Cuál era la consecuencia de la instrucción que daban los romanos? — 25. ¿Qué idioma se hablaba al fin en España en tiempo de estos? — 26. ¿Cómo se consideraba el latín con respecto á los otros idiomas? — 27. ¿Porqué se consideraba superior? — 28. ¿Quién sucedió á los romanos? — 29. ¿Qué clase de gente eran los godos? — 30. ¿Qué costumbres y qué lengua seguían ellos? — 31. ¿Porqué preferían ellos el latín? — 32. ¿Cómo lo modificaban? — 33. ¿Cuál era el idioma oficial de los godos? — 34. ¿Quién era el rey Eurico? — 35. ¿Quién era el emperador Honorio? — 36. ¿En qué idioma se correspondían? — 37. ¿Qué clase de latín escribía el rey Eurico? — 38. ¿Era el latín bastante poderoso para hacer olvidar los idiomas anteriores? — 39. ¿Qué hacía el pueblo con los idiomas? — 40. ¿Cuántos idiomas se hablaban en España al fin de la dominación goda? — 41. ¿Cuáles eran? — 42. ¿Qué cosa era el latín bárbaro? — 43. ¿Qué opinión tenía la gente culta de este latín? — 44. ¿Quién sucedió á los godos? — 45. ¿Qué idioma hablaban los Árabes? — 46. ¿Qué efecto produjo la invasión de estos en el idioma de España?

47. Qué fin tuvo el latín en tiempo de los Árabes? — 48. ¿Qué efecto produjo la entrada de estos en el país? — 49. ¿Qué idioma adoptaban los españoles que emprendían la guerra de la reconquista? — 50. ¿Cuál era la consecuencia de las modificaciones que este latín bárbaro recibía con el tiempo? — 51. ¿Cómo se llamaban esos dialectos? — 52. ¿Porqué se llamaban romances? — 53. ¿Cuál era el mejor de ellos? — 54. ¿Porqué se llamaba castellano? — 55. ¿Porqué no se llamaba español? — 56. ¿Cuáles eran los méritos de este romance? — 57. ¿Quién lo declaró idioma oficial? — 58. ¿Qué nombre se da ahora á este idioma? — 59. ¿Dónde se habla?

RECUERDOS DEL COLEGIO.

(Continuación del Imperfecto.)

Todavía hoy me acuerdo de mis años de colegio y de las mil malas pasadas que le jugábamos á nuestro profesor.

Este era un buen viejo como de sesenta años, que usaba anteojos y peluca, lo cual nos servía de continua diversión.

Yo me distinguía entre los discípulos más distraídos y juguetones. Cuando me sacaban á la pizarra, yo llevaba una cuerdecilla con un pedazo de tiza atado á la punta, y la prendía en la levita del profesor; luego que él se volvía nos echábamos á reir, como buenos muchachos.

Cuando todo estaba en silencio, con frecuencia yo dejaba caer con estrépito la tapa de mi escritorio, y si él me regañaba, yo le contestaba siempre: "Pero, señor, se me ha caido de la mano." Otras veces llenaba de tinta un cucurucho, lo cerraba bien, y lo hacía circular por toda la clase; nuestro profesor nos lo quitaba, creyendo que eran dulces; y al abrirlo, la tinta se derramaba en sus manos y en su mesa. ¡Cómo nos divertíamos con esta broma!

Finalmente algunas veces yo me aprovechaba del momento en que el se hallaba absorto en sus meditaciones, y ataba un mechón de sus cabellos al respaldo de su silla; cuando el se levantaba, caía su peluca, y nosotros soltabamos la carcajada.

Con frecuencia nos detenían en la escuela; pero nos divertíamos tanto, que el castigo no nos parecia severo.

Vd. dirá que yo hacía mal en portarme así, pero, cuando Vd. estaba en la escuela ¿no hacía lo mismo? ¿Era Vd. siempre aplicado, y nunca le daba que hacer á su maestro?

Verdad es que hoy día, cuando pienso en el trabajo que el pobre hombre se tomaba por nosotros, me arrepiento del mal que yo le hacía, y digo con el poeta: "esta edad no tiene piedad."

EJERCICIO I.

Cámbiese en el trozo anterior la primera persona por la voz *Vd.* ó *Vds.* y vice versa.

EJERCICIO II.

Póngase el trozo anterior en presente desde el párrafo segundo, comenzando por "*Mi profesor es,*" y omítase el último párrafo.

EJERCICIO III.

1. ¿De qué manera hacía Vd. sus estudios, cuando era niño? —2. Descríbame al profesor de que se habla en el trozo anterior. —3. ¿Qué clase de discípulo era el autor de este trozo? —4. ¿Qué era el objeto de las continuas burlas de los discípulos? —5. ¿Cuándo se reían los discípulos? —6. ¿Qué hacía el discípulo cuando lo sacaban á la pizarra? —7. ¿Qué momento escogía él para cerrar su escritorio? —8. ¿Qué hacía el profesor cuando ese discípulo cerraba con estrépito el escritorio? —9. ¿Qué jugadas hacía él con un cucurucho? —10. ¿Qué les parecía á los discípulos esa broma? —11. ¿Qué tal le caía esta broma al profesor? —12. ¿Qué hacía el discípulo para quitarle la peluca al profesor? —13. ¿Qué efecto producía en los discípulos la vista del profesor sin peluca? —14. ¿Qué castigo se daba á los discípulos jugetones? —15. ¿Tenían ellos miedo á este castigo? —16. ¿Hacía Vd. lo mismo, cuando iba á la escuela? —17. ¿Estaban ellos siempre ocupados? —18. ¿No le daba Vd. que hacer á su maestro?

CORRECCIÓN DE LOS PEREZOSOS.

En cierto país, cuando se sabía que un hombre capaz de trabajar y de poder ganarse la vida, pedía limosna; cogíanlo, echábanlo en un hoyo profundo donde había una bomba, y se

abría la llave por donde entraba el agua al hoyo. Como el perezoso no quería ahogarse, tenía que sacar el agua dando á la bomba con actividad. Mientras él luchaba con el agua, que subía siempre, aunque lentamente, los expectadores hacían apuestas á la orilla del hoyo: unos apostaban que este hombre era un perezoso y que no le daba á la bomba lo bastante para salvarse del peligro; otros sostenían lo contrario. Finalmente despues de pasar algunas horas en este duro trabajo y crueles agonías, lo sacaban mas muerto que vivo y ponían se en libertad.

EJERCICIO I.

Póngase el trozo anterior en presente y futuro.

EJERCICIO II.

Póngase en imperfecto la primera parte del "Invierno" y todo el "Verano."

LA ESCAPADA DEL COLEGIO.

(El subjuntivo después de verbos que expresan emociones del ánimo, ó voluntad.)

Eduardo se *alegra que* lo *pongan* a estudiar, pero á él le gusta más la libertad: él, pues, *siente que* las vacaciones *concluyan.* Su amigo, Arturo, acaba de verle, y a los dos les *disgusta que* sus padres los *vuelvan* á mandar al colegio y *que* no los *dejen* en la casa.

El dia de la entrada al colegio, Eduardo vuelve á tratar de enternecer á su madre. La abraza, y le dice: Querida mamá, á mí me *gusta* más *que* me *tengas* á tu lado y *que* me *pongas* un preceptor. Como la madre *quiere que* su hijo *reciba* una buena instrucción, no le escucha y le manda al colegio.

Eduardo encuentra á su amigo Arturo, y paseándose los dos en el jardín, observan que una de las paredes era muy baja, y se *admiran que hayan* dejado una pared tan facil de escalarse.

Se les ocurre, pues, la idea de escaparse por allí; á mediodia forman su resolución, y su único *deseo* es *que llegue* la noche para realizar su proyecto. Arturo *desea que* la luna no *alumbre*, porque no *quiere que* ninguno los *vea*. Yo *siento* mucho *que* no *tengamos* la llave de la puerta pequeña del jardín para poder salir con más facilidad. Entra la noche, nubarrones negros cubren la luna, Eduardo y Arturo escalan la pared y ¡son libres! ¿Pero á dónde van? En este momento sienten pasos, y los dos fugitivos se esconden porque *temen que* alguien *note* su fuga y *que* los *hagan* volver al colegio que ellos dejan con tanto gusto.

Luego que el silencio se restablece, salen de su emboscada, y se alejan de lo que ellos llaman su antigua prisión.

Pronto se hallan á la entrada de un bosque. ¿Qué hacer? ¿Volver atrás? No; ellos *temen que* alguno los *vea* volver.

Se internan, pues, por la estrecha senda que cruza el bosque con gran *miedo de que* los bandoleros los *sigan*.

Ya me arrepiento que *hayamos* salido del colegio, dice Eduardo, y me admiro que tu *hayas* consentido.

Pero yo no fuí el primero que pensó en eso replicó Arturo; y me *admiro que* tu *quieras* echarme á mí solo la culpa de lo que los dos hemos hecho.

De pronto se oye un grito: ¿quién vive? y una partida de ladrones rodea á nuestros dos héroes aterrorizados.

¿A dónde van Vds.? les dice el jefe. Vamos á casa, respondió Eduardo.—Mentira, yo veo que Vd. no dice la verdad.—Quedáronse mudos Eduardo y Arturo. Vamos, yo les *mando que* me *hablen*, dijo el bandolero. Pues, Señor,

repuso Arturo, nos hemos escapado del colegio y no sabemos qué camino tomar para ir á la ciudad.—*Déjenme que* les *sirva* de guía, contestó el bandolero con una sonrisa que aterrorizó á nuestros dos pobres prisioneros.—Me *alegro* mucho, continuó el bandolero, *que* la suerte los *haya* puesto en mi camino y *deseo* con toda mi alma *que* Vds. *queden* contentos de mí.—¡Vamos! marchemos. Yo les *mando que vayan* delante de mí. Entonces el jefe *manda que* su gente *tome* su respectivo puesto, y la partida se pone en camino.

EJERCICIO.

1. ¿Es Eduardo un discípulo aplicado? — 2. ¿Qué prueba tiene Vd. de eso? — 3. ¿ Qué prefiere él al estudio? — 4. ¿ Qué siente él al ver que las vacaciones se acercan á su fin? — 5. ¿ Qué siente Vd. cuando el profesor le dice que la lección se acaba? — 6. ¿ Qué intención tienen los padres de Eduardo y Arturo? — 7. ¿Qué les parece á estos dos mocitos la disposición de sus padres? — 8. ¿ Qué es lo que ellos sienten? — 9. Qué hace Eduardo el día de entrada al colegio; logró él enternecer á su madre? — 10. ¿ Qué le gusta más á él? — 11. ¿ Cede la madre á sus súplicas? — 12. ¿ Porqué no? — 13. ¿ Qué quiere Vd. que yo haga durante la lección? — 14. ¿ Qué quiere su profesor que Vd. haga? — 15. ¿ Donde encuentra Eduardo á su amigo? — 16. ¿ Qué observan ellos, cuando se pasean en el jardín? — 17. ¿ De qué se admiran? — 18. ¿ Porqué se puede escalar la pared con facilidad? — 19. ¿ Qué se les ocurre al ver la pared baja? — 20. ¿ Qué desean ellos para poder realizar su proyecto? — 21. ¿ Qué les sucede si alumbra la luna? — 22. ¿ Qué desean ellos para poder salir con más facilidad? — 23. ¿ Qué sienten ellos? —

24. ¿Qué indica que el deseo de los mozos se cumple? — 25. ¿ Qué dificultad tienen al bajar de la pared? — 26. ¿ Qué hacen ellos al oir pasos? — 27. ¿ Qué temen? — 28. ¿ Qué teme Vd. si alguno de sus amigos está gravemente enfermo? — 29. ¿ Qué teme Vd. cuando hay muchos relámpagos y truenos? — 30. ¿ Qué tememos nosotros cuando hay un incendio cerca de nuestra casa? — 31. ¿ Cuándo salen nuestros dos fugitivos de su emboscada? — 32. ¿ Qué hacen después? — 33. ¿ Qué se preguntan ellos cuando se encuentran á la entrada del bosque? — 34. ¿ Porqué no vuelven atrás? — 35. ¿ De qué tienen miedo? — 36. ¿ Qué hacen ellos en vez de volver al colegio? — 37. ¿ Qué reproche le hace Eduardo á Arturo? — 38. ¿ De qué se admira Arturo? — 39. ¿ Quién tiene la culpa de esta falta? — 40. ¿ Qué efecto produce en los mocitos la aparición de los bandoleros? — 41. ¿ Qué les pregunta el jefe? — 42. ¿ Qué responde Eduardo? — 43. ¿ Cree el jefe en la respuesta de él? — 44. ¿ Porqué se quedan mudos los mozos? — 45. ¿ Qué les manda el bandolero? — 46. ¿ Confiesan ellos su escapada? — 47. ¿ A qué se les ofrece el bandolero? — 48. ¿ Qué dice él, cuando se les ofrece de guia? — 49. ¿ De qué se alegra el bandolero? — 50. ¿ Qué desea Vd. cuando quiere ir á pasear? — 51. ¿ Qué manda el bandolero que hagan los mozos al marchar? — 52. ¿ Qué otra cosa manda?

EN CAMINO.

(Subjuntivo después de las locuciones que expresan fin, condición, concesion, negacion y futuro.)

Tenemos á Eduardo y Arturo en poder de los bandoleros. De orden del jefe, ellos marchan delante *para que* no se *escapen.* No es su intención escaparse; pero, *supuesto que*

uno de ellos *logre* burlar la vigilancia de los ladrones, su posición es tan crítica como la de su compañero: porque la noche está tan oscura, que el pobre mozo está perdido, *á menos que conozca* bien la senda del bosque, *de modo que pueda* encontrar su camino.

El jefe de los bandoleros *manda* á su gente *que tome* caminos torcidos, *afin que* los presos no *sepan* por donde van, ni *puedan* encontrar la emboscada *en caso que* ellos *quieran* volver algun día. Por *más* vengativos *que* los mozos *sean, dudo que* ellos *quieran* hacerlo.

Eduardo y Arturo, *aunque estén* cansados, caminan de prisa, *no porque quieran* correr, sino porque los ladrones, como ya se acercan á la casa, apresuran el paso. Por *más* miedo *que* nuestros dos heroes *tengan*, tratan de manifestar valor; pero por *más que aparenten* tenerlo, no lo logran.

En fin, *luego que lleguen* á la caverna, cuartel general de los bandoleros, serán encerrados en una cueva oscura y pedregosa; y, *mientras estén* ahí, serán vigilados rigurosamente, *hasta que llegue* el jefe. Los bandoleros no podrán hacer nada á los mozos, *antes que* el jefe lo *mande;* pero no les dejarán ver ni hacer nada, *de modo que, cuando dispongan* de ellos, no *sepan* donde están, ni la salida ni entrada del lugar. De esta manera se quedarán aquí, *hasta que* se *decida* su suerte.

Yo *no creo* que los bandoleros los *maten*, porque no se hace desaparecer á dos niños, *sin que* ninguno lo *sepa;* pero los tendrán presos algun tiempo.

EJERCICIO.

1. ¿ Con qué objeto hace marchar el jefe de los bandoleros á los muchachos delante de él? — 2. ¿ Porqué no intentan

ellos escaparse? — 3. ¿De qué les sirve escaparse? — 4. ¿Porqué? — 5. ¿Con qué condicion pueden ellos escaparse? — 6. Qué camino toman los bandoleros? — 7. ¿Porqué siguen ese camino? — 8. ¿Qué teme el bandolero al conducir á los muchachos á la emboscada? — 9. ¿Obligan á correr los bandoleros á los mozos? — 10. ¿Andan de prisa los mozos á pesar de su cansancio? — 11. ¿Les dan tiempo á los mozos para observar el lugar antes de meterlos en la caverna? — 12. ¿Cuanto tiempo quedarán presos? — 13. ¿Tienen los bandoleros intención de matar á los muchachos? — 14. ¿Porqué cree Vd. que no es su intención matarlos?

EJERCICIO.

Háganse varias sentencias con cada una de las locuciones siguientes. *Fin:* para que, á fin de que. *Condición:* en caso que, con condición de que, á menos que, supuesto que. *Concesión:* aunque, bién que, por más que. *Negación:* no que, sin que, no es que, dudar que, negar que, no creer que, no pensar que. *Futuro:* cuando, luego que, después que, antes que, mientras, hasta que.

EN LA CAVERNA DE LOS BANDOLEROS.

(Subjuntivo ó indicativo usado en locuciones impersonales y en las frases de relativo, segun que la acción sea determinada ó indeterminada.)

Eduardo y Arturo se hallan en una caverna muy húmeda y lóbrega, acostados sobre un poco de paja, y comienzan á pensar en la manera de escaparse, como lo hicieron en el colegio.

Es necesario, dice Arturo, que nos *finjamos* dormidos y que *ronquemos* muy fuerte para quitarles toda sospecha. En

efecto, los dos niños se ponen á roncar al que más, tan fuerte que despiertan á los bandoleros que ya estaban dormidos. *¿ Es posible* que estos valientes muchachos *puedan* dormir con sueño tan profundo, y que el miedo no los *tenga* despiertos? dijo el jefe; *es raro* que muchachos de su edad *sean* tan animosos; *es bueno* que yo me cerciore si de verdad están dormidos. Puede ser que duerman, sin embargo.... ¡ veamos ! y les acerca la lámpara á la cara. Un ronquido muy sonoro se escapa de la garganta de Eduardo y apaga la lámpara. ¡ Diantre ! dice el bandolero, es cierto que este duerme un sueño profundo. Veamos el otro. Vuelve á encender la lámpara, y se acerca á Arturo. Este siente el aliento del bandolero en su cara; pero no pierde la sangre fria, y murmura entre dientes, como quien sueña: "de veras, mamá, me he portado muy bién," y echa los brazos al cuello de su terrible guardian, el cual se sonrie al oirse llamar mamá. *Es claro* que este *duerme* como una marmota. Vaya, reflexionemos un poco, continuó él. ¿ Qué puedo yo hacer con estos dos niños? Lo *probable es* que sus padres *pongan* la policía tras nuestras huellas y *es difícil* que nos *escapemos*. *Es mejor*, pues, que los *pongamos* en libertad. Una vez tomada esta resolución, el prudente ladrón manda á su gente meter á Eduardo en un tonel, abierto por un extremo, pero vuelto á cerrar después. Uno de los ladrones de un puntapié avienta el tonel y va rodando por el declive de la colina: el pobre Eduardo, no acostumbrado á este genero de locomoción, pronto pierde el sentido.

En cuanto á Arturo, lo dejan atado á un árbol, y los bandoleros desaparecen.

Cualquiera que considere la situación de Arturo, convendrá en que es horrible. Él trata de desatarse; pero no puede. Yo no dudo que el que *pase* y lo *vea*, lo salvará;

pero el sitio es tan retirado y desierto que rara vez pasa gente por allí. El único *que puede* salvarlo es su amigo, cuando el mismo *se vea* libre.

Eduardo está dentro del tonel, y no extraño que él *crea* que este es el último día de su vida.

El busca algún agujero *que* le *permita* ver donde se halla; da la vuelta al tonel, encuentra el agujero, y ve la luz naciente del día.

Su esperanza renace al ver la luz del sol *que alumbra*, y los pájaros que vuelan: no hay alegría *que pueda* igualarse á la suya. De pronto el agujero se cubre, y el no ve más; toca, y se encuentra con una cosa velluda; la coge, y el tonel es arrastrado rápidamente. Eduardo ve que lo que tiene en mano es la cola de una zorra que tira del tonel.

Este vehículo, de figura enteramente nueva, golpeado con las piedras del camino, acaba por romperse, y Eduardo puede salir. Lo primero que hace es buscar á su amigo; lo encuentra atado al árbol, y finalmente lo salva.

Fuera de volver al colegio, cualquiera determinación *que* ellos *tomen*, puede ponerlos en nuevas dificultades; y así la primera idea que se les occurre es volver al colegio, porque es el único camino que ahí pueden tomar.

Talvez esta historia es la más divertida que hay en este libro; pero no garantizo su autenticidad, porque se ha escrito solamente *para que* Vds. *aprendan* el subjuntivo. No hay ejercicio que haga más provecho que este.

EJERCICIO.

1. ¿Dónde se hallan Eduardo y Arturo y en qué posición? — 2. ¿Qué idea se les occurre? — 3. ¿Qué es necesario que ellos hagan, segun Arturo? — 4. ¿Con qué objeto fingen estar

dormidos? — 5. ¿Porqué despiertan los bandoleros? — 6. ¿De qué se admiran? — 7. ¿Qué es lo que no creen posible? — 8. ¿De qué quiere cerciorarse el jefe? — 9. ¿Es raro que los muchachos sean animosos? — 10. ¿Es raro que Vd. escriba correctamente su ejercicio? — 11. ¿Es posible que un español aprenda hablar inglés sin acento extrangero? — 12. ¿Puede ser que Vd. vaya á España el año próximo? — 13. ¿Qué hace el bandolero para saber que los mozos duermen? — 14. ¿Qué le hace creer que ellos duermen? — 15. ¿Cómo se persuade el bandolero que Arturo esta dormido? — 16. ¿Porqué se sonrie el jefe? — 17. ¿Cuáles son sus reflexiones? — 18. ¿Qué le parece probable? — 19. ¿Qué resolución toma? — 20. ¿Qué ordenes da á su gente? — 21. ¿Cuál es la suerte de Arturo? — 22. ¿Qué hacen los bandoleros después de tratar así á los mozos? — 23. ¿Es mejor para los niños que los bandoleros desaparezcan? — 24. ¿De qué trata Arturo? — 25. ¿Es raro que él quiera desatarse? — 26. ¿Hay alguna cosa difícil que Vd. no haya aprendido? — 27. ¿Cree Vd. que hay alguna lengua que no se *pueda* aprender? — 28. ¿Cuál es la lengua más difícil que Vd. conoce? — 29. ¿Cuál es la persona más rica que Vd. conoce? — 30. ¿Cree Vd. que haya otro que sea más rico que esta persona? — 31. ¿Quiere Vd. un profesor que le enseñe español en dos semanas? — 32. ¿Desea Vd. encontrar una casa donde viva con entera tranquilidad? — 33. ¿Encuentra Arturo alguna manera que le facilite la libertad? — 34. ¿Cuál es la única esperanza que le queda? — 35. ¿Donde está Eduardo durante este tiempo? — 36. Qué busca el en el tonel? — 37. ¿Qué ve por el agujero del tonel? — 38. ¿Qué efecto le produce la vista del sol? — 39. ¿De qué manera sale Eduardo del tonel? — 40. ¿Qué es lo primero que hace al salir? — 41. ¿Qué resolución toman los niños al juntarse? — 42. ¿Cuál es el único lugar adonde pueden ir los

ños? — 43. ¿Le parece á Vd. esta historia la mas divertida de este libro? — 44. ¿Con qué fin se escribió? — 45. ¿Conoce Vd. algún ejercicio mejor para aprender el subjuntivo?

UNA EXCURSIÓN AL CAMPO.

(Imperfecto de subjuntivo en las sentencias condicionales, fundadas en hechos supuestos.)

A. ¿Vamos al campo? — *B.* *Si hiciera* buen tiempo, yo *iría* con gusto; pero está lloviendo á torrentes, y *si saliéramos* ahora, nos *mojaríamos* hasta los huesos. — *A.* A mí me parece que la lluvia cesará pronto. ¿Vamos, si no llueve esta tarde? — *B.* Bueno, si no llueve, iremos juntos. — *A.* Tomaremos un coche ¿no? — *B.* *Sería* lo mejor, *si yo tuviera* dinero; pero olvidé traer mi portamonedas — *A.* ¡Bah! eso no es obstáculo, yo le daré, si quiere — *B.* Gracias; bastan cinco pesetas, si Vd. me las presta. — *A.* ¿Y qué vamos á hacer en el campo? — *B.* Á cazar, á pescar; *si estuviésemos* en Diciembre, *iríamos* á patinar al lago; pero como no estamos más que en Setiembre, tomaremos un bote, que será lo mejor. — *A.* *Si* el tiempo se *compusiese*, á qué hora *saliéramos*? — *B.* A la una. — *A.* Corriente, comeremos juntos, si Vd. gusta. — *B.* Yo lo *hiciera* con gusto; pero no le he avisado á mi madre, y ella se *disgustaría*. — *A.* Envíele un telegrama. — *B.* Vaya, si no le molesta á Vd., me quedaré. — *A.* *Si fuera* molestia, no lo *invitaría:* tenemos bastante amistad para no incomodarnos el uno al otro. — *B.* Ya lo creo. Me parece que Vd. tiene razón, y que vamos á pasar la tarde muy alegre; mire, ya está saliendo el sol. — *A.* Nos vamos á divertir mucho. — *B.* Aun nos *divirtiéramos* más, *si* Carlos *fuese* con nosotros; ¡tan alegre que él es! — *A.* Pasemos por él, si Vd. gusta. — *B.* *Sería* inútil, porque no está en su casa. — *A.* Entonces nos divertiremos solos.

EJERCICIO.

1. ¿A qué invita el Sr. A. al Sr. B.?—2. ¿Acepta el Sr. B. la invitación?—3. ¿Porqué no la acepta?—4. ¿En qué caso la hubiera aceptado?—5. ¿Qué les sucedería á estos señores, si salieran?—6. ¿Cuál es la opinión del Sr. A. acerca de la lluvia?—7. ¿Qué hará el Sr. A., si no llueve?—8. ¿Quiere el Sr. A. hacer este paseo á pié, si no llueve?—9. ¿De qué manera propone hacerlo?—10. ¿Qué inconveniente tiene el Sr. B. para aceptar esta proposición de pronto?—11. En qué caso la aceptaría él inmediatamente?—12. ¿Qué le ofrece su amigo?—13. ¿En qué caso no tendría necesidad del dinero?—14. ¿Qué van á hacer al campo?—15. ¿Qué harían ellos, si estuvieran en Diciembre?—16. ¿A qué hora saldrán?—17. ¿Qué harían, si el tiempo no se compusiese?—18. ¿Dónde comerá el Sr. A.?—19. ¿Porqué no quiere aceptar la invitación de quedarse á comer con su amigo?—20. ¿En qué circunstancia se disgustaría la madre del Sr. A.?—21. ¿Qué mandará avisar el Sr. A. á su madre?—22. ¿Qué hubiera hecho el Sr. A. si la invitación fuera una molestía para su amigo?—23. ¿Porqué no es molestía para los dos?—24. ¿Se engañó el Sr. A. al suponer que el tiempo se compondría?—25. ¿Qué señas hay de que hará buen tiempo?—26. ¿Saldrán ellos á pasear?—27. ¿Qué esperan ellos al verificar su paseo?—28. ¿Quién haría más agradable el paseo de ellos?—29. ¿Porqué no pasan por Carlos?

LOS TRES DESEOS.

(Continuación del imperfecto de subjuntivo.)

Una noche de invierno un hombre muy pobre y su mujer, sentados á la lumbre, hablaban del bienestar de uno de sus vecinos, que tenía una gran fortuna. Ah! dijo él, si yo

tuviera solo un poco de dinero, *trabajaría* mucho y pronto haría algunos ahorros. Yo, contestó la mujer, no me *contentaría* con eso; *quisiera* ser muy rica, me *agradaría* tener una casa grande, y si yo *viera* pobres, como nosotros, los *socorrería*, y les *haría* la vida mas agradable. Vaya, lo que estamos hablando; ya no estamos en el tiempo de las Hadas. Si ellas *estuviesen*, me *gustaría* conocer á una; y si ella me *prometiera* concederme algo, yo *sabría* lo que le *pediría*. Al instante se les aparece una mujer muy hermosa, y les dice: Soy un Hada, les prometo dar las tres primeras cosas que me pidan; pero, ¡cuidado! después de eso no les concederé nada, Luego que el Hada desapareció, el hombre y su mujer se quedaron embarazados. Yo, comienza la mujer, sé lo que *pediría*, *si fuera* la principal. Todavía no pido nada; pero creo que *sería* feliz, *si fuese* hermosa, rica y de categoría. — Sin embargo, dijo el marido, supuesto que *obtuviéramos* eso, *podríamos* enfermarnos, tener penas, ó morir jóvenes; mucho mejor *fuera* pedir salud, tranquilidad y vida larga. — ¿Y para qué *serviría* una vida larga, siendo uno pobre? repuso la mujer; la vida larga *prolongaría* nuestra desdicha. Si el Hada verdaderamente *quisiese* nuestra dicha, *debería* habernos prometido concedernos más gracias; porque, á lo menos, hay una docena de cosas que nos hacen falta. — Es verdad, dijo el marido; pero pensémoslo bien. Consideremos de aquí á mañana las tres cosas que nos hacen más falta, y luego las pediremos. Yo lo pensaré esta noche, contestó la mujer; mientras tanto, calentémonos porque hace frío. Al mismo tiempo ella toma las tenazas y se pone á atizar el fuego. Cuando lo vió bien encendido, dijo sin pensar; ¡qué buen fuego! yo *quisiera* una vara de morcilla para la cena, con este fuego *podríamos* asarla pronto. Diciendo esto, cayó una vara de morcilla en la chimenea. ¡Mal haya la glotona con su morcilla! dijo el marido. ¡Vaya un deseo más desgraciado!

Ya no tenemos sino dos cosas que pedir; estoy tan enfadado que yo *desearía* que la morcilla se te *pegase* á la punta de la naríz. Al mismo instante el hombre comprende que él es más tonto que su mujer; porque, expresado este segundo deseo, la morcilla se pegó á la punta de la nariz de la pobre mujer, sin poder quitársela.

¡Qué desgraciada soy! exclamó ella, hombre pícaro, que deseaste que la morcilla se me *pegase* á la nariz. — Te protesto, querida mía, que no lo pensé, respondió el marido: ¿qué haremos? Voy á pedir una gran riqueza y te mandaré hacer un estuche de oro para ocultar la morcilla. Cuidado, respondió la mujer; que yo me *mataría*, si *tuviese* que vivir con esta morcilla en la nariz. Confía en mí, aún nos queda un deseo que pedir, déjame hacerlo, ó voy á arrojarme por la ventana. Al decir estas palabras corre hácia la ventana, y su marido, espantado, grita: detente! detente! te permito pedir todo lo que quieras. — Bueno, dijo la mujer, yo quiero que esta morcilla caiga en tierra. Al instante la morcilla cayó. La mujer, que era inteligente, dijo á su marido: el Hada se ha burlado de nosotros, y tiene razón: Tal vez *seríamos* más desgraciados, *si fuésemos* ricos. Créeme, amigo mio, no codiciemos nada, y tomemos las cosas como Dios nos las quiera enviar. Mientras tanto comamos nuestra morcilla, puesto que nada más nos queda de nuestros deseos.

EJERCICIO.

1. ¿De qué se trata en el trozo anterior? — 2. ¿Dónde se hallan ellos? — 3. ¿Cuál es la situación de su fortuna? — 4. ¿Qué cosa hablan? — 5. ¿Qué desean? — 6. ¿Qué desea el marido? — 7. ¿Qué *harían*, si la *tuvieran*? — 8. ¿Es su mujer tan moderada en sus deseos como él? — 9. ¿Qué desea

ella? — 10. ¿Qué desearía Vd., si estuviese en su lugar? — 11. ¿Le gustaría tener una casa grande? — 12. ¿Qué haría Vd. si encontrara á un pobre? — 13. ¿Qué harían, si estuviesen en tiempo de las Hadas? — 14. ¿Tendría Vd. que pedir, si se hallara en tiempo de las Hadas? — 15. ¿Estaban ellos en tiempo de las Hadas? — 16. ¿Qué les dijo el Hada que hiciesen? — 17. ¿Qué haría el Hada, si estos esposos pidiesen cuatro cosas? — 18. ¿Porqué no pidieron inmediatamente que el Hada desapareció? — 19. ¿Con qué sería feliz la mujer? — 20. ¿Qué les podría suceder, si no tuviesen más que eso? — 21. ¿Qué fuera mejor pedir conforme la opinión del marido? — 22. ¿Cuántas gracias debería el Hada haberles prometido? — 23. ¿Cuánto tiempo van á pensar antes de expresar sus deseos? — 24. ¿En qué circunstancia hacen su primera petición? — 25. ? Cuál es su primer deseo? — 26. ¿Hizo ella su petición espontaneamente? — 27. ¿Qué debería haber hecho ella antes de hablar? — 28. ¿Haría Vd. una petición semejante, si se encontrara en igual caso? — 29. ¿Qué dijo el marido, cuando vió la petición cumplida? — 30. ¿Porqué se enfadó? — 31. ¿Qué deseo se le ocurre en su enfado? — 32. ¿Qué sucede? — 33. ¿Qué tratamiento da la mujer á su marido? — 34. ¿Porqué? — 35. ¿Qué oferta le hace su marido para consolarla? — 36. ¿Qué haría ella mejor que vivir con la morcilla en la naríz? — 37. ¿Qué hace ella al mismo tiempo para hacer más enfáticas sus amenazas? — 38. ¿Logra ella atemorizar á su marido? — 39. ¿Cuál es el tercer deseo? — 40. ¿Cual es la moral de esta historia? — 41. Qué beneficio han sacado ellos de sus deseos?

EJERCICIO.

El discípulo acabará las frases siguientes ó semejantes que el profesor le dé: 1. Si tuviera hambre.... — 2. Si tuviera sed.... — 3. Si tengo dinero el año entrante.... — 4. Si hiciese buen tiempo mañana..... — 5. Si hace mal tiempo esta tarde..... — 6. Si mi hermano necesitara un vestido nuevo.... — 7. Si mi hermana quiere un traje... — 8. Si supiéramos hablar español..... — 9. Si tenemos tiempo.... — 10. Si podemos venir la semana que entra..... — 11. Si Vd. no tuviese nada que hacer mañana..... — 12. Si nuestros discípulos tomaran lecciones todos los dias... — 14. Si ellos no vienen sino rara vez.....

---

15. Yo iría á París, si.... — 16. Voy á escribir una carta, si.... — 17. Mi profesor no me daría la lección, si..... — 18. El vendra, si.... — 19. Pudiéramos salir, si..... — 20. Podremos acompañarlo, si.... — 21. Pudiéramos comprar muchas cosas, si..... — 22. Ciertamente Vd. no iría al teatro, si.... — 23. Vd. no leyera este libro, si.... — 24. Ellos me enviaran la nota, si..... — 25. Ellos quisieran descansar, si....

Cuentan de un sabio que un día
tan pobre y mísero estaba,
que sólo se sustentaba
de unas yerbas que cogía.
¿Habrá otro entre sí decía,
más pobre y triste que yo?
Y cuando el rostro volvió,
halló la respuesta, viendo
que iba otro sabio cogiendo
las hojas que él arrojó.

P. Calderon de la Barca.

EL ALMUERZO DE NAPOLEON.

I.

(Imperfecto de indicativo expresando costumbre.)

El emperador Napoleón I *gustaba* de andar por París de incógnito, á la manera del califa Haroun-al-Raschid. En sus excursiones por la ciudad, *llevaba* siempre una levita gris, con todo el pecho abotonado, y se *ponía* un sombrero redondo de ala ancha: con este uniforme él *quedaba* enteramente disfrazado. Algunas veces *salía* solo á dar sus paseos matutinos. Le *gustaba* especialmente pararse en las plazas de armas para ver el ejercicio de los soldados.

A menudo *iba* acompañado con uno de sus mariscales; y *prefería* sobre todo la compañía del mariscal Duroc, con quien él *visitaba* las grandes obras y *presenciaba* el estado de su adelanto.

II.

(El pasado definido como tiempo narrativo.)

Deseando ver el estado de los trabajos de la columna Vendome, una mañana él *salió* del palacio, acompañado del Mariscal Duroc, en traje urbano. *Cruzaron* el jardín de las Tullerías, *siguieron* la calle de Rivoli, *tomaran* la de Castiglione y *llegaron* á la plaza Vendome al amanecer. Napoleón *examinó* detalladamente la gigantesca armazón de la columna. Ninguno *conoció* al emperador ni al mariscal. *Estuvieron* allí tres cuartos de hora, visitando los obradores, y después *continuaron* su paseo. Se *alejaron* por la calle Napoleón (hoy calle de la Paz); y cruzando á la derecha, entraron en el bulevard. Cuando Napoleón *vió* los almacenes de comercio cerrados, dijo á Duroc: ? Los parisienses de este barrio son muy perezosos!

Entretenidos en su conversación *llegaron* á los Baños chinos.

EJERCICIO.

1. ¿Quién era Napoleón I?—2. ¿Qué hacía para ver por sí mismo lo que pasaba?—3. ¿Cómo se vestía en semejantes ocasiones?—4. ¿Porqué se vestía así?—5. ¿Salía él solo ó acompañado?—6. ¿Qué hacía cuando salía solo?—7. ¿Quién lo acompañaba?—8. ¿Con qué fin iba á visitar las grandes obras?—9. ¿Qué quería ver él una mañana?—10. ¿Qué hizo para verlo?—11. ¿Qué camino tomaron?—12. ¿Qué hizo Napoleón, después que llegó á la Plaza Vendome?—13. ¿Lo reconoció alguno?—14. ¿Logró él qeudar incógnito?—15. ¿Cuánto tiempo estuvieron viendo los trabajos?—16. ¿Qué hicieron después?—17. ¿Adónde llegaron?—18. ¿Qué dijo Napoleón acerca de los parisienses?

EL ALMUERZO DE NAPOLEON.

(Continuación.)

III.

(Imperfecto de indicativo como tiempo descriptivo.)

Este gran establecimiento, que se *acababa* de pintar de nuevo, *tenía* un aspecto singular. La entrada principal, situada al centro, *era* ancha y majestuosa; sobre ella había un piso solo, al cual *servía* de cubierta un tejado, con ángulos doblados, terminado en punta: signo distintivo de los edificios del celeste imperio. En cada uno de los dos costados del edificio se *elevaba* un pabellon, que se *unía* al centro por

medio de estructuras de madera, pintada y dorada, las cuales estructuras *estaban* adornadas de dragones con alas extendidas. El conjunto del edificio *hacía* recordar exactamente una pagoda.

El interior *estaba* magnificamente amueblado, y *ofrecía* á los aficionados á lo exótico todas las delicadezas del lujo asiático.

Ocupaba el pabellón de la derecha un restaurant que *frecuentaban* los ricos de la capital.

IV.

(Pasado definido, continuación de la narración.)

Al ver Napoleón el restaurant, dijo á Duroc: ¿Qué le parece, si entráramos á almorzar allí?—Señor, *contestó* Duroc, es demasiado temprano; no son más que las ocho. ¡Bah! *replicó* el emperador, su reloj siempre está atrasado; este paseo me ha dado hambre, y un hambre canina. *Entraron*, pues, en el café, y se *sentaron* á la mesa. Napoleón *llamó* al mozo, le *pidió* dos costillas de carnero, una tortilla de huevos con yerbas finas (eran sus platos favoritos) y no *olvidó* el vino de Chambertin.

Los dos *comieron* con muy buen apetito, y *terminaron* el almuerzo con una taza de café, que al emperador le *pareció* mejor que el servido diariamente en las Tullerías. Concluido el almuerzo, Napoleón *llamó* al mozo, le *pidió* la cuenta, y *levantóse* diciendo á Duroc: "Pague Vd. y vámonos, que ya es tiempo." En seguida *dirigióse* hacia la puerta, silbando un aire italiano. El gran mariscal *trató* de obedecer la orden; *registróse* los bolsillos, y *encontró* que había olvidado su portamoneda. Cuando él se persuadió de esta verdad se *puso* pálido.

EJERCICIO.

1. ¿Qué apariencia tenían los Baños chinos?—2. ¿Qué mejora se acababa de hacer en ellos?—3. Describa la entrada principal del establecimiento.—4. ¿Qué daba á este edificio apariencia china?—5. ¿A qué se parecía el establecimiento?—6. Cuál era el interior?—7. ¿Qué había en el pabellón de la derecha?—8. ¿Qué hizo Napoleón al ver el restaurant?—9. ¿Qué respondió Duroc?—10. ¿Qué replicó el emperador?—11. ¿Qué decidieron entonces?—12. ¿Qué hicieron luego que entraron?—13. ¿Qué pidieron de comer?—14. ¿Qué le pareció al emperador el café que le sirvieron?—15. ¿Qué hizo cuando acabó de almorzar?—16. ¿Qué encargó a Duroc?—17. ¿Donde lo esperó?—18. ¿Qué hizo el mariscal cuando trató de pagar?—19. Cuando él registró sus bolsillos, ¿qué encontró?—20. ¿Qué efecto le produjo esto?

EL ALMUERZO DE NAPOLEÓN.

(*Continuación y fin.*)

(El imperfecto expresando un estado, ó acción no terminada.)

En verdad, el caso era apurado. El mozo esperaba el valor de la cuenta, que eran doce francos.

El emperador, que no tenía idea de lo que pasaba, comenzaba á impacientarse. A cada momento volteaba á ver á Duroc, y ya le había dicho: "Vámonos, dése prisa, que ya es tarde."

Efectivamente los labradores comenzaban á llegar del campo con sus productos de todos lados; los lecheros y los aguadores se ponían en movimiento, y la calle se llenaba de gente. Napoleón no estaba acostumbrado á esperar, y Duroc, que comprendía la situación, no sabía como salir del apuro.

VI.

(Pasado definido — continuación de la narración.)

En fin el gran mariscal, tomando una resolución, se acercó al ama del café, que estaba detrás del mostrador, y en tono atento, aunque con vergüenza, le dijo: Señora, mi amigo y yo hemos salido esta mañana precipitadamente, y hemos olvidado nuestra portamoneda. Pero le doy mi palabra que dentro de una hora le enviaré el valor de la cuenta. — Muy bien puede ser, replicó friamente el ama; pero yo no conozco á ninguno de Vds., y todos los días nos pegan petardos de la misma manera: Vd. comprende que....

¡Señora, repuso Duroc, nosotros somos caballeros de honor; somos oficiales de guardia! — ¡Oh! sí, lindas tretas, en verdad, las de los oficiales de guardia!

El mozo oyó la conversación y acercándose al ama, le dijo: Señora, puesto que estos caballeros han olvidado su dinero, yo respondo por ellos; seguro que oficiales tan bizarros no burlarán á un pobre mozo de café. Tome Vd. los doce francos. — Cantidad de menos para Vd., contestó el ama al mozo. Cuando salieron del café, Duroc contó la aventura á Napoleón el cual se sonrió de buena fé.

Al día siguiente un oficial de ordenanza, con órdenes terminantes del gran mariscal, llegó á los Baños chinos, y dijo al ama: ¿No es aquí, Señora, donde dos caballeros almorzaron ayer temprano, los cuales, habiendo olvidado su portamonedas....? Sí, Señor, respondió el ama. — Pues, señora, eran S. M. el Emperador y monseñor el gran Mariscal del palacio. ¿Se le puede hablar al mozo que pagó por ellos? La mujer quedó enteramente turbada. El oficial se dirijió al mozo, y le dió un rollo de cincuenta napoleones, como gratificación de parte del emperador.

Llamábase el mozo Durgens, el cual pocos días después fué colocado de lacayo en la casa del emperador.

EJERCICIO.

1. ¿En qué situación se encontraba Duroc? — 2. ¿Qué hacía el mozo mientras tanto? — 3. ¿Sabía el emperador lo que le pasaba al mariscal? — 4. ¿Esperaba él con paciencia? — 5. ¿Qué ocurría en la calle? — 6. ¿Qué efecto causaba este movimiento en el emperador? — 7. ¿Qué resolución tomó por fin el mariscal? — 8. ¿Donde estaba el ama del café? — 9. ¿Qué efecto sintió Duroc al hablarle? — 10. ¿Porqué tuvo vergüenza? — 11. ¿Qué le dijo él? — 12. ¿Creyó el ama la palabra de Duroc? — 13. ¿Qué excusa dió ella para negar el crédito? — 14. ¿Qué opinión tenía ella de los oficiales de guardia? — 15. ¿Qué hizo el mozo cuando comprendió la situación del oficial? — 16. ¿Cual era la opinión del ama sobre la acción del muchacho? — 17. ¿Qué hablaron Napoleón y Duroc, cuando volvieron al palacio? — 18. ¿Qué le pareció al emperador la aventura? — 19. ¿Qué hizo el mariscal al siguiente día? — 20. ¿Adónde fué el oficial de ordenanza? — 21. ¿Qué le preguntó al ama del restaurant? — 22. ¿Qué le dijo él? — 23. ¿Qué efecto causó estó en ella? — 24. ¿Cuál era la misión del oficial con el mozo? — 25. ¿Qué le ocurrió al mozo del restaurant pocos dias después?

EL ÁRABE Y SU CABALLO.

(Parte descriptiva.)

La noche entraba, el sol acababa de ponerse, el gran silencio del desierto no se turbaba sino por los sollozos de una jóven árabe, que sentada cerca de su tienda, estaba sumamente

abatida. A intervalos acompasados agitábase su pecho, y gruesas lágrimas caían de sus ojos, enrojecidos por tres noches de vijilia. Sus hijos estaban agrupados á su lado, los cuales graves y silenciosos contemplaban á su madre sin atreverse á preguntarle nada; en los ojos de estos querubines parecía reflejarse el profundo dolor de su madre: estaban tristes porque su madre lloraba.

(Parte narrativa.)

Levantóse la jóven de repente y dirigióse al horizonte; su semblante se iluminó con un rayo de esperanza. ¿Qué fué lo que produjo este cambio repentino? Dejemos hablar aquí al jefe de la familia, que, pocas horas después, rodeado de su mujer y de sus hijos, comenzó en estos términos.

Al regresar, trayendo la presa, después de un buen suceso inesperado sobre la tribu de los Beni-Bouzoufs, encontramos á los caballeros de Abd-el-Kader como á doce horas de camino de aquí. Tan luego como ellos nos vieron, cayeron sobre nosotros; nosotros nos defendimos con denuedo, como es de suponerse; pero ¿qué puede hacer uno contra diez? Vendimos, pues, cara nuestra vida; todos mis compañeros de armas perecieron á mi lado; yo quedé solo defendiéndome á pesar de mis heridas profundas; pero al fin caí. Inmediatamente arrojáronse los mamelucos sobre mí, me liaron con cuerdas y me ataron á un camello. Apoderáronse entonces de nuestra presa, quitaronme el caballo y se lo llevaron. Al siguiente día por la noche acamparon con nosotros cerca de X....

Yo tenía las piernas juntas, liadas con una correa de cuero, y estaba tendido cerca de la tienda donde dormían los mamelucos. Durante la noche, que no pude dormir por el dolor que me causaban mis heridas, oí relinchar un caballo entre los otros, que estaban atados al rededor de las tiendas; pronto reconocí su voz, y no pudiendo resistir la gana de ir á hablar otra vez á mi fiel compañero, arrastréme duramente hasta él:

"Pobre amigo, le dije; ¿que va á ser de tí entre los mamelucos? Mi mujer y mis niños ya no te traerán leche de camello, no te darán más cebada en la palma de sus manos, ya no correrás libre en el desierto; ya que yo quedo esclavo, si quiera que tú seas libre. Vaya, anda, vuelve á la tienda que ya conoces; dile á mi mujer que tu amo no volverá más, y pasa la cabeza por entre las cortinas de la tienda para lamer las manos de mis chiquillos.

Hablándole así, yo había cortado con los dientes la cuerda de pelo de cabra que le servía de grillos, y mi noble compañero estaba libre; pero, viéndome él herido y con cadenas á sus piés, mi fiel é inteligente corcel, comprendió con su instinto lo que ninguna lengua habría podido explicarle; él bajó la cabeza, me olfateó, y cogiéndome con los dientes por la cinta de cuero con que yo estaba ceñido al rededor de mi cuerpo, echó á galopar y me trajo hasta aquí.

Cuando tú, esposa querida, viste á mi valiente corcel, cesaron tus lágrimas; tú me creias perdido, y me has hallado. Al llegar y dejar á su amo á los pies de su mujer y de sus hijos, el caballo espiró de cansancio. Toda la tribu lo ha llorado; los poetas lo han cantado y su nombre está continuamente en la boca de los árabes de X.....

EJERCICIO.

1. Describa el desierto al momento en que comienza esta historia.—2. ¿Porqué lloraba la jóven?—3. ¿Había dormido ella bién las tres noches anteriores?—4. ¿Donde estaban sus hijos?—5. ¿Porqué estaban tristes estos niños?—6. ¿Porqué se dirijió la jóven al horizonte?—7. ¿Qué vió ella, y que sucedió?—8. ¿Qué hizo el Árabe, cuando descansó?—9. ¿Quién lo atacó en el desierto?—10. ¿De dónde venía en

ese momento?—11. ¿Estaba él lejos de su tienda, cuando fué atacado?—12. ¿Quién era el jefe de los caballeros enemigos? —13. ¿Qué hicieron los caballeros de Abd-el-Kader al ver á los Árabes?—14. ¿Se defendieron los Árabes con valor?— 15. ¿Fueron ellos vencedores ó vencidos?—16. ¿Podían ellos ser vencedores?—17. ¿Era el número de ellos mayor que el de los caballeros de Abd-el-Kader?—18. ¿En qué palabras se funda Vd. para responder eso?—19. ¿Qué haría Vd., si fuese atacado?—20. ¿Quién mandaba en jefe á los Americanos en tiempo de la guerra de la independencia?—21. ¿Estaban los franceses aliados á los ingleses en esta guerra?—22. ¿En que año murió Washington?—23. ¿Perecieron todos los Árabes en la lucha?—24. ¿Quién sobrevivió á sus heridas —25. ¿Qué sucedió cuando el Árabe cayó?—26. ¿A qué lo ataron sus enemigos?—27. ¿Qué hicíeron con el caballo del Árabe?—28. ¿Quién se apoderó de toda la presa?— 29. ¿Qué es una presa?—30. ¿Cuánto tiempo estuvo el Árabe sobre el camello?—31. ¿Dónde acamparon los caballeros?—32. ¿Estaba libre el Árabe?—33. ¿Descríbame su triste posición?—34. ¿En qué estado se hallaba?— 35. ¿Podiá él dormir?—36. ¿Qué le impedía dormir?— 37. ¿Estaba él cerca de su caballo?—38. ¿Como reconoció el Árabe á su caballo?—39. ¿Quería él mucho á su corcel?— 40. ¿Dónde estaba atado el caballo?—41. ¿Qué hizo el Árabe cuando oyó relinchar su caballo?—42. ¿Porqué se arrastró él hácia el caballo?—43. ¿Comprendió el caballo á su amo?— 44. ¿Estaba él suelto ó amarrado?—45. ¿Qué le dijo el Árabe á su caballo?—46. ¿Qué hizo para soltarlo?—47. ¿Cuál es el alimento de los caballos Arabes?—48. Descríbame un caballo árabe.—49. ¿Son estos animales más inteligentes que los otros caballos?—50. ¿De dónde cogió el caballo á su amo?— 51. ¿Había comprendido el discurso?—52. ¿Porqué llevó al árabe de su cinta?—53. ¿Con qué intención?—54. ¿En qué

paso se fué el caballo?—55. ¿Hasta dónde llevó á su amo? —56. ¿Qué le sucedió al caballo al terminar su carrera?— 57. ¿De qué murió?—58. ¿Lo sintió su amo?—59. ¿Porqué lo sintió?—60. Qué hicieron los poetas en honor de este caballo?—61. ¿Se hizo célebre su nombre?—62. ¿Qué le parece á Vd. esta historia?

I. EJERCICIO.

Póngase en pasado definido el trozo de los Perezosos.

II. EJERCICIO.

Póngase en pasado los trozos de "Escapada del Colegio," "En Camino" y "En la Caverna."

LECTURAS CORRIENTES.

ANÉCDOTAS.

UN MOZO QUE NO TENIA TALENTO.

Una vez le dieron á un mozo un panal de miel para su madre. El lo metió dentro de su sombrero, y se olvidó; habiéndose derretido con su calor natural, le corría el dulce por la cara. Pronto olvidó que tenía el panal, y cuando le preguntaban ¿porqué suda Vd.? armaba pendencia, creyendo que lo tenian por débil.

UNA RESPUESTA ATENTA CONVERTIDA EN DINERO.

Un comerciante ambulante llegó á una casa, llamó á la puerta y preguntó á la señora, que le abrió, por la dueña de la casa. La señora respondió: si Vd. no es ciego, puede verla. —Oh! dispense Vd., señora, repuso él; ¿es Vd. la señora de la casa? — Ya lo creo, contestó ellá. ¿Por quién me ha tomado Vd.? ¿Cree Vd. que yo soy el dueño de la casa, ó el vecino, ó un trabajador, ó el gato, ó el refrigerador? — Señora, Vd. muy bién pudiera ser la hija menor del dueño de la casa. — ¿Lo cree Vd.? muy bien pudiera ser, contestó la señora. ¿Qué se le ofrece? Entonces el comerciante exhibió sus mercaderías, y cuando salió de la casa, llevaba el semblante lleno de placer y sus bolsillos llenos de dinero. Era un hombre que comprendía bien la naturaleza humana, y el resultado fué, que hizo magnífico negocio.

UN HOMBRE DE CORAZON NOBLE.

Hatemtaz era el áraba más liberal de su tiempo. Una vez preguntáronle si conocía á alguno de corazón más noble que él, y respondió: un día, después de haber hecho un sacrificio de cuarenta camellos, salí al campo con unos señores árabes, y vi á un hombre, que había hecho haces de leña para quemar. Le pregunté porqué no iba á casa de Hatemtaz, donde había un gran concurso de gente para recibir los regalos que él hacía. El que puede comer de su trabajo, me respondió, no quiere deber favores á Hatemtaz. Este hombre, añadió Hatemtaz, tiene un corazón más noble que el mío.

LO QUE ES LA SUERTE.

Francisco I supo que un oficial se quejaba de que el rey fuese tan liberal con los ricos, y no hiciese caso de él, que lo necesitaba todo. Hízole llamar, y le dijo: sé que os quejais de mí. Ved dos bolsas iguales, la una llena de oro, y la otra de plomo; escoged, y veamos si es de la fortuna ó de mí de quien debeis quejaros. El oficial escogió, y tomó la de plomo. Ahora bién, le dijo el rey, ¿quién tiene la culpa de que no os enriquezcais?

SANGRE FRIA.

El hijo de un labrador de la provincia de Wiltshire, en Inglaterra, llamado Brown, de doce años de edad, acostumbraba ir á una villa cercana á hacer las provisiones. Como aquellos contornos se hallaban infestados de ladrones, el muchacho escondía á prevención las monedas de oro, llevando en el bolsillo las de plata y cobre. Un día, que iba por el campo, presentósele un ladrón, pidiendole el dinero. Brown, fingién-

dose sorprendido, le dijo: Ya que quereis mi dinero, justo es que vayais por él: y tiró al otro lado de un foso un puñado de monedas. El ladrón, viendo que eran muchas, fué á cogerlas, dejando á Brown tiempo para huir; más volviendo la cara, vió con sorpresa que el muchacho, montado en el caballo del ladrón, corría á todo escape. Seguramente no esperaba esta acción de un contrario tan jóven. La maleta del ladrón valía infinitamente más que las monedas que Brown arrojó.

RASGO DE FELIPE II.

Había en la guardia de corps de Felipe II un cabo de escuadra, hombre de mucho valor, pero sumamente vanidoso, que no teniendo reloj de bolsillo, puso al extremo de una cadena una bala de mosquete, para figurar que llevaba ese adorno. Súpolo Felipe II, y, queriendo burlarse de su vanidad, se llegó á él, y le dijo: es preciso que seas un hombre muy económico, cuando, siendo tan corta tu paga, has podido ahorrar para comprar un reloj: vaya, pues, dime ¿qué hora es? El cabo sin turbarse echó mano á su cadena, y, sacando la bala, dijo: Señor, he aquí un reloj que, sin cesar, me advierte que debo morir por V. M. Enternecióse el rey con esta respuesta, y, dandole uno de sus relojes, le dijo: "Toma este á fin de que puedas saber cual es la hora en que mueres por mí.

EL PORTUGUES.

Admiróse un Portugués
De ver que en su tierna infancia
Todos los niños en Francia
Supiesen hablar en francés.
"Arte diabólica es,

Dijo, torciendo el mostacho,
Que para hablar en gabacho
Un fidalgo en Portugal
Llega á viejo, y lo habla mal,
Y aquí lo parla un muchacho.

UNA RESPUESTA INESPERADA.

Una muchacha, buena moza, estaba parada en el quicio de una puerta con la mantilla terciada, los brazos cruzados, y apoyado el hombro en la pared. Pasó un caballero, qué quedó prendado de ella; pero la muchacha ni hizo caso, ni notó al improvisado admirador. — Volvió este á pasar y sucedió otro tanto; hasta que, acercándose á ella, le dijo, contoneándose y todo derretido: — Mi alma, ¿sirvo de algo? — De estorbo, contestó la interpelada sin volver la cabeza.

AHI ME LAS DEN TODAS.

Había una vez un tramposo, que á todo el mundo debía y no pagaba á nadie. Uno de sus acreedores se fué á quejar al juez, el que mandó al deudor un alguacil con la intimación de que pagase al punto. El alguacil era muy grave, y por respuesta á la intimación recibió una bofetada. Volvióse al juzgado y le dijo al juez: Señor, cuando voy á notificar algo de parte de V. S., ¿á quién represento? — A mí, contestó el juez. — Pues, señor, prosiguió el alguacil, señalando su carrillo, á esta cara de V. S. han dado una bofetada. — Ahí me las den todas, repuso el juez.

QUIEN NO TE CONOZCA, TE COMPRE.

Tres estudiantes pobres llegaron á un pueblo, donde había feria. — ¿Cómo haríamos para divertirnos? dijo el uno, al

pasar por una huerta en la que estaba un borrico, sacando agua de la noria. — Ya dí con el medio, contestó otro de los tres: ponedme á la noria, llevaos el borrico, vendedlo en seguida en el rastro. Como fué dicho, fué hecho. Después que se hubieron alejado sus compañeros con el borrico, se paró el que había quedado en su lugar. —¡Arre! gritó el hortelano, el cual trabajaba á alguna distancia. El borrico improvisado no se movió ni sonó la esquila. Subió el hortelano á la noria, y quedó muy sorprendido de hallar su borrico convertido en estudiante. —¿Qué es esto? exclamó. —Mi amo, dijo el estudiante, unas pícaras brujas me convirtieron en borrico, pero ya cumplí el tiempo de mi encantamiento, y he vuelto á mi primitivo ser. El pobre hortelano se desesperó; pero ¿qué había de hacer? Le quitó los arreos y le dijo que se fuese. En seguida tomó tristemente el camino de la feria para comprar otro burro. El primero que le presentaron unos gitanos, que lo habían adquirido, fué su propio borrico: apenas lo vió, cuando echo á correr, exclamando: ¡quien no te conozca, te compre!

LA BUENA Y LA MALA FORTUNA.

Pues, señor, vamos al caso: y es que vivían en un pueblo dos hombres á quienes habian tomado por su cuenta la buena y la mala fortuna. Habíanle puesto al uno Don José el *Colmado*, y al otro tío Juan *Miseria*. Don José principió por vender por las calles lienzo y paño fino; puso después una tienda, luego se metió á pelantrín, y soplándole sin cesar la buena fortuna, crió un caudal de los más vastos del pueblo. Era el señor muy liberal y muy bien quisto, y en su casa todo era bonanza.

En casa de Miseria lo que había era hambre, desnudeces, grescas, chiquillos llorando, etc., etc.

Un dia Don José mandó llamar á Miseria, que llego en el colmo de la pobreza.—¡Qué mal engestado y qué macilento vienes! le dijo Don José.

Ya, señor; si tengo dos varas de hambre, con el estómago vacío no se puede engordar. ¡Pero su merced está tan esponjado, y tan satisfecho!

Juan, contestó Don José, en este mundo siempre ha habido quien ría y quien llore; pero vamos al caso. Quiero que vayas al palacio de la Fortuna, y le digas de mi parte, que ya estoy satisfecho y que no quiero más: te daré por tu mandado dosciéntos reales con que te remedies.

Miseria, en vez de alegrarse, entró en codicia y le dijo á Don José: ¡Qué, señor, doscientos reales no son de ningún alivio; y el palacio de la fortuna está tan lejos, y el camino tan difícil; deme su merced trescientos reales.

Don José le dijo que le daría doce duros, y quedaron convenidos. Pero al salir, Miseria volvio atrás, y dijo que doce duros era poco. ¿Quieres nueve? le contestó Don José con mucha pachorra.—¡Con que no quiero ir por doce, é iría por nueve! exclamó Miseria.—Pues no vayas, dijo Don José.

Miseria se quedó pasmado; pero reflexionó bien, y volvió á decir que iría por nueve.

Don José fué reduciendo cada vez más el precio hasta bajar á un duro.

Miseria se arrepintió de no haber aceptado los doce duros, ó las otras fracciones que se le ofrecieron, hizo muchas reflexiones, y al fin volvió de prisa y gritó desde la puerta: Don José, mire Vd. que voy por el duro.

¿Quieres uno? dijo el rico. Sí, señor, respondio Miseria con presteza, antes que Don José renovase su propuesta.

Después de subir y bajar todo un día por caminos esca-

brosos, llegó á la peña alta donde estaba el palacio de la Fortuna, que era de alabastro legítimo con puertas de oro puro. Entró en un patio, como plaza real, lleno de flores, de frutas y de yerbas. Llamó á la Fortuna de Don José Colmado; presentósele entonces una bellísima moza, de ojos lindos y toda adornada con finísimas joyas. ¿Qué me quieres? preguntó la moza.

Aquí me envía Don José Colmado para que le diga á su merced de su parte: que está satisfecho, y no quiere más.

Pues dile tú de la mía, respondió la buena moza: que le he de dar, quiera que no, hasta que se muera: porque así me da mi real gana; y pronto vete, que apestas de miseria mi palacio. —¿Y no puede su merced hacerme un favorcito, aunque sea muy pequeño? —Yo no soy tu Fortuna, y nada puedo por tí, respondióle la moza; pero aquí, á espaldas de mi palacio está el de la tuya; anda, platica con ella.

Salió Miseria contento en busca del palacio de su Fortuna, y encontrándolo, púsose á dar voces.

De unos escombros espantosos, negros, llenos de viboras, salió una vieja fea, de vista siniestra y de horribles ojos, la cual era su Fortuna. ¿Qué me quieres? preguntó en voz que parecía una matraca. —Mandarte al demonio, porque eres una condenada, respondió Miseria. —Pues sábete, dijo la vieja, que porque me cogiste dormida, has ganado ese duro; de otro modo nunca lo hubieras logrado.

EL VENDEDOR DE ESPARRAGOS.

Andaba un pobre tío vendiendo esparragos, y un herrero le dijo: ¿Cuanto quiere Vd. por la mitad de los que lleva? El esparraguero, aunque no era cubero bueno ni malo, hizo un cálculo, prudente á ojo de buen cubero, de lo que valia la

mitad de sus manojos; y le contestó: una peseta. Corriente, dijo el herrero; y cogiendo un cuchillo, que por cierto no era de palo, empezó á partir los esparragos por la mitad, quedándose él con la punta, y devolviendo al vendedor el tronco. Clamaba el tío que aquello era una injusticia; y respondía el herrero: yo he ajustado la mitad, y lo ajustado, ajustado; y como ademas de tener razón, era alcalde, quedó la cosa así. Bien conocía el alcalde que era una injusticia; pero decía, como todos los mandarines del mundo: justicia, y no por mi casa.

DE LA BRAVA Y DESCOMUNAL BATALLA

QUE DON QUIJOTE TUVO CON UNOS CUEROS DE VINO TINTO.

Don Quijote y Sancho Panza llegaron á la venta, asombro y espanto de Sancho. Don Quijote tomó el mismo camaranchon de la vez pasada, y se acostó luego por estar muy quebrantado. El ventero, el cura, Cardenio, Dorotea y todos los pasajeros se pusieron á hablar de Don Quijote, y de las caballerías. —El ventero dijo: yo tengo aquí dos ó tres de esos libros con algunos papeles que han dejado los pasajeros; los he leido, y he hallado que en verdad no hay mejor lectura en el mundo; siempre que los he leido, me han dado vida. Cada vez que he visto aquellos furibundos y horribles golpes que pegan los caballeros, me ha tomado gana de hacer otro tanto.—El cura pidió los libros y papeles para verlos, y llamaron su atención unos manuscritos con el siguiente título, en letra grande: "*Novela del curioso impertinente.*" El ventero le dijo: bien puede leerla su reverencia, porque algunos huéspedes que la han leido, me han asegurado que es muy buena, y me la han pedido con mucha instancia. Tomó el cura la novela y comenzó á leersela á todos. Estando ellos en esta lectura muy atentos, del camaranchón de Don Quijote

salió Sancho, muy alborotado, diciendo á voces: acudan presto, Señores, y socorran á mi amo, que se halla envuelto en la más reñida y trabada batalla que mis ojos han visto; vive Dios, que ha dado una cuchillada al gigante, enemigo de la señora princesa Micamicona, y le ha cortado la cabeza de raiz, como un nabo. — ¿Qué dices, hermano? dijo el cura. ¿Has perdido el juicio? ¿Cómo puede ser eso que dices, estando el gigante á dos mil leguas de aquí? En esto oyeron un gran ruido en el aposento, y á Don Quijote diciendo á voces: ladrón, malandrín, aquí te tengo; tu cimitarra no te ha de valer. Y dijo Sancho: no se paren á escuchar, sino entren á despartir la pelea, ó á ayudar á mi amo; aunque ya no es menester, porque el gigante sin duda ha muerto; yo he visto correr la sangre por el suelo, y la cabeza cortada, que es tan grande como un cuero de vino. — Estoy seguro dijo el ventero que Don Quijote ó Don Diablo ha dado una cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto, que dejé á su cabecera en el aposento, y el vino derramado le ha parecido sangre á este buen hombre.

El ventero y todos tras él entraron en el aposento, y hallaron á Don Quijote en el más extraño traje del mundo: con la espada desenvainada en la mano derecha; envuelta en el brazo izquierdo una manta; dando cuchilladas á todas partes; con el aspecto de estar peleando verdaderamente con el gigante; dormido, con los ojos cerrados, y soñando en la gran batalla. Hallaron, también, los cueros de vino acuchillados, y el aposento lleno del vino derramado. Su viva imaginación le hizo soñar en la llegadá del reino de Micomicón, y en la verdadera pelea con el gigante, su enemigo.

Visto esto, el ventero se enojó, y á puño cerrado le comenzó á dar rudos golpes; y con todo eso el pobre caballero no despertó, hasta que el barbero le echó un gran caldero de agua fría por todo el cuerpo. Sancho se puso á buscar la cabeza del gigante por todo el aposento, y no hallándola, dijo: Ya

sé que todo lo de esta casa es encantamento; siempre que hemos venido acá, algo nos ha sucedido, y nunca hemos podido ver á nadie. Así fue la otra vez, en este mismo lugar, me dieron muchos mojicones y porrazos, sin saber quien; y ahora, con mis propios ojos, yo he visto cortar esta cabeza y correr la sangre como una fuente; la he buscado y no he podido hallarla. — ¿Qué sangre, ni qué fuente dices, enemigo? dijo el ventero. ¿No ves que la sangre y la fuente que has visto, no ha sido otra cosa que estos cueros agujereados y el vino tinto que corre en este aposento? — No sé nada, respondió Sancho; solo sé que hoy me ha sucedido la mayor desdicha, pues, como no he hallado esta cabeza, mi condado va á deshacerse como la sal en el agua. — El ventero se desesperó de ver la flema del escudero y el maleficio del señor, y dijo: Hoy no ha de ser como la vez pasada, que se fueron sin pagarme; les voy á hacer pagar todo lo que han tomado y los perjuicios que me han hecho.

Don Quijote creyó la aventura consumada, y tomando al cura por la princesa Micamicona, se puso de rodillas delante de él, y le dijo: Bien puede vuestra grandeza, alta y hermosa señora, vivir segura, sin temer nada; pues ha muerto esa mal nacida criatura; mi compromiso ha cesado, y con la ayuda de Dios y el favor de aquella por quien vivo y respiro, he cumplido tan bien la palabra que os dí. Al oir esto Sancho dijo: ¿No lo dije yo? Miren Vds. si mi amo ha puesto fin al gigante. Cierta es la victoria! Mi condado se ha asegurado! — Todos se rieron de los disparates del escudero y de su amo, excepto el ventero. Finalmente tanto hicieron el barbero, Cardenio y el cura, que lograron meter en cama á Don Quijote, el cual quedóse dormido con muestra de grandísimo cansancio. — Luego saliéronse á la puerta de la venta á consolar á Sancho Panza de no haber hallado la cabeza del gigante; aunque más tuvieron que hacer en aplacar al ventero

por la pérdida de sus cueros. Sosególo todo el cura, prometiendo al ventero pagarle todo. Sólo Sancho, como ya se ha dicho, continuó aflijido, y con melancólico semblante entró á ver á su amo y le dijo: Bien puede, vuestra merced, Señor Triste Figura, dormir sin cuidado de matar á ningun gigante, ni de volver á la princesa su reino; que ya todo se ha hecho y concluido. — Ya lo creo, respondió Don Quijote, porque he tenido con el gigante la más reñida y descomunal batalla que pienso dar en mi vida: de una cuchillada le derribé la cabeza en el suelo, y corrió la sangre como arroyos de agua. — Como vino tinto puede vuestra merced decir mejor, dijo Sancho, porque el gigante, que vuestra merced ha creido matar, es un cuero agujerado, y la sangre seis arrobas de vino, contenidas en él. — ¿Qué es lo que dices, loco? replicó Don Quijote. ¿Has perdido el seso? — Levántese vuestra merced, dijo Sancho, y vea lo que ha hecho, y lo que tenemos que pagar; vea á la reina, que se ha convertido en dama particular, llamada Dorotea. — No me maravillo de nada de eso, contestó Don Quijote; porque, según te he dicho, todo cuanto aquí sucede son cosas de encantamento, y no es mucho si ahora ha sido lo mismo. — Dudo lo que dice vuestra merced, dijo Sancho; porque lo que á mí me ha pasado no es de ese jaez, sino real y verdadero: yo he visto al ventero, que aquí está hoy día; me ha manteado y me ha empujado hacia el cielo con mucho brío y con tanta risa como fuerza; y donde se conocen las personas creo que no hay encantamento, sino mucho molimiento y mala ventura. — Ahora bien, Dios lo ha de remediar todo, dijo Don Quijote. Voy á vestirme para salir á ver los sucesos y trasformaciones que me has contado. Salió, pues, Don Quijote, armado con todos sus pertrechos, su yelmo, rodela y lanzón. Suspendió á todos la estraña y macilenta presencia de Don Quijote, y calláronse para oirlo hablar; él con mucha gravedad y reposo, puestos los ojos en

la hermosa Dorotea, dijo: Mi escudero me ha informado, hermosa señora, que vuestra grandeza ha decaido, y vuestro ser se ha deshecho; porque de reina y señora que habeis sido, os habeis vuelto en una particular doncella. Si esto ha sido por orden del rey Nigromante, vuestro padre, que me ha creido incapaz de daros la debida ayuda, digo que él no sabe nada, y que no se ha versado en las historias caballerescas; pues no ha leido que á cada paso se hallan otros caballeros de menor fama que la mia, los cuales han acabado cosas más dificultosas; no es, pues, mucho matar á un gigantillo, como yo lo he hecho este día; pero mejor callo porque no me digan que miento; el tiempo lo ha de descubrir todo. — Vd. no ha luchado con un gigante, sino con dos cueros, dijo el ventero, á quien mandó Don Fernando callar para no interrumpir la plática de Don Quijote. El caballero Triste Figura continuó diciendo: Digo, en fin, alta y soberana Señora, que, si por la causa que he dicho, vuestro padre ha hecho esta metamórfosis en vuestra persona, no le deis crédito; porque no hay peligros ni dific ltades sobre la tierra, que mi espada no venza, con la cual he puesto la cabeza de vuestro enemigo en tierra, para poneros la corona en vuestra cabeza en breves días. — La princesa sabedora de la determinación de Don Fernando de proseguir adelante el engaño hasta poner en su terreno á Don Quijote, con mucho donaire y gravedad le respondió: Si alguno le ha dicho, valeroso caballero, que yo he mudado de mi ser, no le ha dicho la verdad, porque hoy soy la misma que he sido siempre; cierto es que alguna mudanza han hecho en mi algunos acontecimientos de buena ventura, que me han dado mayor grandeza; pero no por eso he dejado de ser la que antes, ni he prescindido de los mismos pensamientos, que siempre he tenido, de valerme del valor de vuestro invencible brazo. Así es, Señor mio, que vuestra bondad vuelva la honra á mi padre, y téngale por hombre

advertido y prudente, pues con su ciencia ha hallado camino tan fácil y verdadero para remediar mi desgracia; y yo creo que todo mi ventura me ha venido de vos, señor; y de esto pongo por testigos a los señores presentes. — Oyendo esto Don Quijote, se volvió á Sancho y con gran enojo le dijo: Ahora te digo, Sancho, que eres el mayor bellaco de los que yo he conocido. Dime, ladrón, vagamundo, ¿porqué me has contado cambios que esta princesa no ha hecho? ¿Porqué me has asegurado que yo no corté la cabeza del gigante y otros disparates, que me han puesto en la mayor confusión, que he tenido en mi vida? Voto... (y miró al cielo, y apretó los dientes) que estoy por hacer un estrago en tí para ejemplo y escarmiento de todos los escuderos mentirosos. — Sosiéguese vuestra merced, señor, respondió Sancho; que yo he podido engañarme en lo tocante á la mudanza de la señora princesa Micamicona; pero en lo tocante á la cabeza del gigante, ó á los cueros y al vino tinto, no me engaño; vive Dios, porque allí están los cueros á la cabecera de su cama, y el vino tinto ha hecho un lago en el aposento. Vuestra merced va á verlo, cuando el ventero lo llame á cuentas; por lo demás, si la señora reina no ha cambiado, yo me alegro en el alma, por la parte que me toca.

UN MÉDICO DE CAMPO.

Luego que recibí mi título de licenciado y pude, parapetado con él, salir con mi cara lucia á hacer lo que indica mi apellido Tumbavivos, creí que llovería los enfermos sobre mí, ó con más exactitud, que llovería yo sobre ellos. Pero pasaron días y días sin que un cristiano me llamase, por lo que imaginé dos cosas: ó que el pueblo se había asustado con la noticia de haber un médico nuevo, y no enfermaba nadie, temeroso de caer en sus manos, ó que mis cofrades más

antiguos habían monopolizado todos los faltos de salud. Fuese cualquiera de ambas cosas, y yo me inclinaba á adoptar las dos, lo cierto es que por mi causa aun no se habían tañido las campanas, y eso que no me faltaban conocimientos, ni práctica de hospitales. Bien es verdad que á los que mueren en estos no se les dobla.

Ello consideraba yo ser muy triste haber pasado parte de mi florida edad yendo diariamente á las aulas á divertirme con mis compañeros, á arrojarles migajones de pan, y á oir lecciones que las más de las veces no comprendía, todo por obtener después de tantos afanes una profesión, y que esta me viniese á fallar.

El primer enfermo para quien fuí llamado no parecía atacado sino de un fuerte catarro, por lo que me limité á ordenarle un sencillo cocimiento de flor de borrajas, y prescribirle que se abrigase. Pero cuando al día siguiente pasé á hacerle mi segunda visita, salió á recibirme uno de la familia, y me participó que habiéndose llamado á otro facultativo, excusara volverme á molestar.

—¿Pues no había yo de volver? pregunté.

—¡Ya! pero como Vd. no recetó.

—¿Y si no era necesario?

—Siempre es preciso recetar cuando hay enfermo; tome Vd.

Y poniéndome en la mano lo que juzgó deberme pagar, se despidió de mí. Díganme si no era muy natural que volviéndome yo medio mohino á mi casa hiciese estas reflexiones: la medicina es la que ha de darme á mí lo que busco y esta gente me indica el camino que debo seguir. Pues recetaré siempre, y me daré un aire de importancia de todos los diablos; quieren ser deslumbrados, los deslumbraré; quieren no entender al médico, no me entenderán.

Poco tuve que esperar para poner en planta mi resolución.

Algunos días después fuí llamado con gran urgencia para asistir á un pobre labrador cargado de años y de familia. Acudí, pues, con la precipitación que demandaba el caso, y al llegar á su habitación, pude ver á diez ó doce individuos que me aguardaban con la mayor ansiedad. Todos eran hijos y nietos del enfermo, y en sus semblantes ví pintados el dolor y la consternación. Eché pié á tierra, y entrando en la casa, una mujer anciana, esposa del enfermo, me condujo al aposento de este. Hecho el correspondiente exámen y las preguntas necesarias, conocí no haber más que una violenta indigestión, pero me guardé muy bien de decirlo. Salí á la sala, y todos fijaron los ojos en mí, como si quisieran adivinar qué pensaba yo del enfermo y de la enfermedad. Dirigiéndome á las mujeres hablé así:

—Encuentro al paciente bastante abatido; el pulso no está *isócrono*, la lengua se halla *fuliginosa*, la respiración algo *luctuosa*, hay su calorcillo *mordicante* en la piel, y hay *tialismo* ó sea salivación; todo lo cual me indica que ese hombre está enfermo, y que por eso me han llamado ustedes. Mas á pesar de los *síntomas* que se me han presentado, no me aventuro á formar el *diagnóstico*, y no puedo decir si ese señor padece de una *peritonitis* ó de una *gastro-enteritis*, pues son dos enfermedades estas que se parecen como dos gotas de agua. Pero traten Vds. de contestar á mis preguntas, y saldrémos de la duda.

—¿Ha tenido calofríos el enfermo?

—Sí, señor, respondió una de las muchachas que parecía más avisada.

—Bien, ¿y ha tenido dolor en el *abdómen*?

—¿En dónde, Señor?

—En el vientre, niña.

—Ah, sí, Señor.

—Bien; ¿y fué el dolor *lancinante, vivo, pungitivo, ardiente, circunscrito, extenso, fijo, móvil ó superficial?*

—Todo puede haber sido; pero el enfermo se quejaba, y eso denota que era fuerte.

—Bien dicho. Pues Señor, es *gastro-enteritis*, y si viene Hipócrates, que no vendrá, y les dice á Vds. que no es *gastro-enteritis*, digan Vds. de mi parte á Hipócrates, que es *gastro-enteritis*, y que se vaya á paseo.

—Bien, Señor, y ¿ cómo se cura ese *gato enterito ?*

—Ya lo verémos. ¿ Qué método quieren Vds. que se siga con el enfermo? El método debilitante ó llámese *antiflogístico*, ó el fortificante ó sea *tónico* ó el *contraestimulante* ó el *revulsivo ?* La *terapéutica* no rechaza ninguno, y cada cual tiene por partidarios sapientísimos autores.

—Lo que nosostros queremos es que el enfermo se ponga bueno.

—Y es cosa natural.

Prescribí algunos remedios simples; pero recordando que si no recetaba perdería fama y dineros, pedí recados de escribir. Fué necesario que corriese un muchacho á escape en el mejor caballo á buscarlo á la taberna distante de allí un cuarto de legua. He aquí mi receta, y es la misma que usé en todas las ocasiones que consideré no haber necesidad de medicinas, y persuadido de que no podia resultar en perjuicio del paciente, como ha de verlo quien lea estas apuntaciones:

Receta —*Azúcar blanco . . . una onza.*
Agua destilada . . . dos libras.

Mézclese, y agréguese sirope rosado en cantidad suficiente para que tome color.

—Esta, dije, es una bebida coloradita y que surte siempre los mejores efectos; se darán al enfermo tres cucharadas cada dos horas; teniendo especial cuidado que no se mueva, y de hacerla tibiar ántes.

Mi enfermo se restableció, y yo quedé acreditado; el boti-

cario, viendo qué nueva y poco costosa medicina entraba en el reino de la farmacopea, se hizo lenguas de mí, y confieso que no poco le debo. Todas quedaron contentos, y más que todos yo, que me propuse continuar por una vía tan fácil.

De tal manera, que habiéndome llamado después un pobre hombre para que viese á su mujer, que á los dos días había de estar buena y sana, sin ayuda de médico ni medicinas, por no tener más que un simple constipado, tuve con él el siguiente diálogo:

—No encuentro en la enferma ningun signo *patognomónico;* pero observaré los otros.

—¿Ha comido colas de pescado?

—¿Qué pescado del diablo, si nunca lo catamos!

—Pregúntolo porque habiendo comido colas de pescado, pudiera estar atacada de una *colitis* simple, pero quizá sea su enfermedad una fiebre *gástrica,* ó para que Vd. me comprenda mejor una *gastro-duodenitis;* y me lo hace creer la circunstancia de que vivimos en clima cálido; si viviéramos en clima frío diría que era una *gastro entero colitis,* ó séase fiebre mucosa: aunque debo advertir á Vd. que no todos los autores convenimos en que la *gástrica* y la *gastro duodenitis* sean enfermedades idénticas.—Vamos á examinarla de nuevo.

Hécholo así, volvíme al pobre marido:

—No es más que una *bronquitis,* y ya nos ayudará la *patología* á echarla fuera.

Dispuse un buen sudor de violetas para la noche, y dejé mi receta para que dieran á la enferma dos cucharadas de la bebida cada hora durante el día.

Una mujer envió por mí, porque habiéndose una hija suya magullado un dedo al cerrarse una puerta, le sobrevino un tumor que llegó á tomar un aspecto algo feo.

—No es nada, señora, la dije; seis casos he tenido de niñas que se han machucado el dedo, y todos han terminado bien. La causa de este accidente parece provenir de que teniendo la niña puesta la mano en el marco de una puerta se cierra esta de golpe, y la pilla el dedo. La estación contribuye á hacerlos frecuentes, pues los vientos nortes que reinan, tienen las puertas en continuo movimiento si no estan bien atrancadas.

La lanceta libertó á la niña de aquella incomodidad; mas para completar la curación receté mi bebida, con la diferencia que pedí doble dósis, y dispuse la diesen una botella de una vez, seguro de que habría de agradarla.

JEREMIAS DOCABANZA (Cuba).

EL LUCAREÑO EN MADRID.

"Pues, Señor, vamos á los Madriles," dijo un día entre pesaroso y alegre el tío Pescuño, ciudadano labrador, vecino de un lugar de la Alcarria, de cuyo nombre no quiero dar cuenta. Ver la capital de la monarquía siempre es cosa lisonjera para un aldeano; y esto es lo que al sacar el pasaporte servía de satisfacción á nuestro alcarreño; pero emprender un viage que le había de obligar á gastos crecidos, templaba esta satisfacción considerablemente. Sabido es que los alcarreños no suelen pecar de pródigos: bien que no hay labrador en España que pueda quebrantar por este lado los leyes de la prudencia, como no sea con el pensamiento. Si es cierta aquella máxima de que:

Ser bueno se halla de balde;
Ser malo dinero cuesta,

preciso es confesar que por espacio de un siglo, jamás ha habido en España tantas virtudes, es decir tanta pobreza como ahora. ¿Quién sabe? Quizá ha decretado el destino

que la felicidad futura de España nazca de su miseria misma.

Nuestro alcarreño ha llegado felizmente á mujeriegas sobre su macho romo, hasta la puerta de Atocha. Ve los altísimos paredones del hospital inmediato, y exclama con tanta boca abierta: "¡Qué barbaridad!" En su lenguaje esta expresión significa sencillamente: "¡Qué edificio tan alto!" Pasa la puerta; repara en la fuente de la Alcachofa, y desde la acera de las tahonas, va descubriendo sucesivamente, á un lado y otro, el jardín botánico, la platería de Martinez, el Museo, las cuatro fuentes, la de Neptuno, el Tivoli, la estatua de Cervantes, el monumento del dos de Mayo, el Apolo, la Cibeles, la calle de Alcalá en fin, donde está el parador que busca, y á la derecha y en el fondo de las verjas del Buen-Retiro y el arco soberbio que lleva el nombre de la ciudad ilustre, patria del autor del Quijote. Atónito el pobre Pescuño con tanta magnificencia como se agolpa á sus ojos, no ha cesado de exclamar, desde la puerta de Atocha á su posada: "¡Qué hermosura! ¡qué asombro! Madrid vale más que una lluvia de Mayo: desde Madrid al cielo."

Va luego á comer á una fonda, á una hostería si se quiere; aun el precio ínfimo de la lista le parece caro; pero ya sabe Pescuño á cuanto vendió en el lugar los garbanzos de su cosecha y los carneros de su manada; sabe lo que cuestan portes, puertas y portazgos, y que todo el que ejerce una industria, debé sacar ganancias de ella. Además, que á Madrid no se viene á economizar, sino á echarla de rumboso y satisfacer, en cuanto se pueda, los caprichos del pícaro cuerpo. Al traerle un mozo con mucha cortesía un plato, cuyo olor solamente vivifica todo el sistema nervioso del buen alcarreño, se acuerda de los bien ponderados avisos que le dió por despedida la tía Mastranzos, la Sibila del pueblo. Ella, que

en su vida había salido del potage de almortas, le aseguraba haciendo ascos que los madrileños comían mil suciedades; que lo de gato por liebre era tortas y pan pintado, porque caballo y mulo y aun carne humana sabían dar á sus parroquianos los hostereros de la Corte. Pescuño, sin embargo, engancha con el tenedor de plata, que maneja por primera vez, un buen tasajo de ternera, y ..... adios razonamientos de la tía Mastranzos. "¡Dianche!" decía el buen labrador relamiéndose; "más quiero piltrafas de ahorcado aquí, que pechugas de perdiz en mi lugar, guisadas en la taberna de la Sidora. Cuando me acuerdo de las veces que la he visto partir magras encima del mandil de cordellate ...."

Acude al día siguiente á una función de iglesia, y mi hombre se queda estático: ve representar una comedia de magia, y para él cada actor, cada actriz, y sobretodo cada bailarina, es un ser sobrenatural que le encanta: asiste á una corrida de toros, y goza más, si cabe, que el día que se libró de la quinta. Se embelesa delante del avestruz en el gabinete de historia natural, y se hace mil cruces al descubrir el dromedario y la elefanta del Retiro, sitio que como tiene su iglesia particular, su campo santo, sus huertas y tierras de labranza, le parece una población, una villa distinta de la Villa y Corte. En esto se fundaría sin duda un geógrafo aleman del siglo pasado que designó al Buen-Retiro como una de las principales ciudades de Castilla la Nueva.

Todo agrada, seduce y admira en Madrid á nuestro aldeano. Si va á comprar una tela para que su mujer se haga una saya, si ajusta unas cabezadas para sus mulas, si quiere feriarse una hoz de podar ó un pico, los dependientes de las tiendas respectivas sufren sus regateos interminables sin echarle en hora mala; si se extravía á deshora de la noche por las calles, halla serenos que le dirijan á su posada; si pone su cara en manos de un barbero, sale de entre de ellas sin barbas y con pellejo, todo al contrario de lo que en su lugar le sucede.

Un día pregunta en la calle de la Comadre por donde había de ir á la puerta del Sol; el sujeto á quien se dirige le hace el obsequio de acompañarle por un buen rato, y le encamina después con tanto acierto, que el buén Pescuño se encuentra sin saber como en el patio de San Bernardino, donde quieren tomarle la filiación y hacerle comensal de aquella santa casa. Otro día, cabalgando en su macho, se lo espantan unos pillos: desbócase la bestia y arroja al jinete, acude á levantarle del suelo un caritativo transeunte, le limpia la chupa, le trae el sombrero, y en seguida saca el incógnito del bolsillo un ejemplar de un bando, y exige en términos enérgicos al aporreado patán la multa, en que ha incurrido por correr por las calles con su caballería: caridad de alguacil por fuerza había de ser costosa.

Pescuño ha venido á Madrid con una comisión del ayuntamiento de su pueblo, en virtud de la cual tiene que entregar cierta cantidad de moneda-crédito en una de las oficinas de la hacienda pública. El sencillo alcarreño contaba con despachar brevemente su encargo, porque para recibir dinero creía que los dependientes del gobierno no opondrían tantas dificultades como para darlo. ¿Quién lo pensara? Desde el primer día le dicen que el asunto es complicado y grave, que hay que liquidar, comprobar, ver expedientes y correr trámites, que lejos de correr, van á paso de tortuga. Un día el infatigable Pescuño se llega quedito á la mesa del oficial encargado de evacuar su asunto, y tiene la desgracia de sorprenderle *in fragranti*, dibujando una danza de monos. Amostázase el lugareño y pide con algun retintin al caricaturista que no le haga perder más tiempo en Madrid, porque han sufrido ya sus intereses bastante perjuicio. "Venga Vd. pasado mañana," respondió el oficial secamente. Pescuño tiene la imprudencia de preguntarle si necesita nada menos que dos días para dar la última plumada á sus mamarrachos.

¡Tú que tal dijiste! El funcionario público se pone hecho un poeta inspirado (quiero decir un energúmeno), tira de la campanilla, aparecen cuatro ó cinco sayones, los cuales al oir la orden enfática de "quíteme de delante á ese hombre indecente," se apoderan del paleto, se le llevan en volandas hasta la escalera, hartándole de improperios, hijos del amor y respeto que profesan á sus superiores; no dándose por satisfecho el celo porteril hasta que descargan sobre el mal aventurado Pescuño un razonable número de mojicones.

Jura y reniega á ¿qué quieres, boca? el honrado alcarreño contra Madrid; como si Madrid tuviese la culpa de que el hubiese cometido una cerrilada. Vuelve dos días después á las oficinas, recházale el portero, pide auxilio á la guardia, y las bayonetas de los ciudadanos, á la voz de un galopo, amenazan á un hombre de bien, que viene á depositar en las arcas del tesoro el fruto de los sudores de una porción de individuos, pertenecientes á la clase más útil al estado. Desespérase el alcarreño: pasan días, sus diligencias son vanas, su bolsa disminuye, su angustia crece. Por fin, halla una mano benéfica que le saque de tan duro aprieto; pero esta mano que se tiende hácia la suya, se tiende abierta y es menester que no se retire vacía. Una ribeteadora, parienta (por Adán) de un barrendero de la oficina impenetrable, se encarga, mediante una gratificación previa, de zanjar el asunto del alcarreño. El pobre Pescuño tuvo que comprar un protector con faldas para conseguir que el erario nacional recibiese su dinero.

"No más Madrid en mi vida," decía al bajar la calle de Alcalá, dirigiéndose á la puerta de Atocha, fijos los ojos en la tierra y tan embebecido en el cómputo de los gastos del viaje, que ni siquiera al pasar por la casa de los duques de Villa-Hermosa le merecieron una mirada de despedida el dios de los mares, ni el principe de los ingenios españoles. Con

todo, al cenar en la posada aquella noche, se acordó de las ollas de Egipto, ó sean las de la hostería donde consintió que le diesen gato por liebre; al reñir con la patrona por la cuenta, hizo memoria de que en Madrid se regateaba sin insultarse; al salir, ya en su pueblo, de la casa del desuella-caras con título, echó menos la mano suave del barbero que le rasuraba cuando había de visitar al oficial dibujante; y pasado algun tiempo, y olvidadas las aventuras de San Bernardino, del alguacil y de los porteros, cuando le preguntaban sus convecinos acerca de la Corte, respondía el imparcial alcarreño: "Madrid es una población grande y hermosa, donde puede vivir cómodamente un hombre, si tiene dinero para gastar, y cordura para conducirse."

HARTZENBUSCH.

ARENGA DEL REY DON ENRIQUE.

(Mariana, libro 17, cap. 13.)

Partió Don Enrique con la caballería: caminó toda la noche, y al amanecer dieron vista á los enemigos antes que tuviesen nuevas ciertas que habían partido de Toledo. El enemigo cuando vió que tenia tan cerca á Don Enrique tuvo gran miedo, y pensó no hubiese alguna traición y trato para dejarlos en sus manos: por esta causa no se fiaban los unos de los otros; recelabanse también de los mismos vecinos de la villa. Los capitanes con mucha priesa y turbación hicieron recoger los más de los soldados que tenían alojados en las aldeas cerca de Montiel; muchos de ellos desampararon las banderas de miedo, ó por el poco amor y menos gana con que servían. Al salir el sol formaron sus escuadrones de ambas partes y animaron sus soldados á la batalla. Don Enrique habló a los suyos en esta sustancia: "Este día, valerosos compañeros, nos ha de dar riquezas, honor y reino ó nos los ha de quitar.

No nos puede suceder mal, porque de cualquier manera que nos avenga, seremos bien librados: con la muerte saldremos de tan inmensos é intolerables afanes como padecemos; con la victoria daremos principio á la libertad y descanso que tanto tiempo ha deseamos. No podemos entretenernos ya más, si no matamos a nuestro enemigo: él nos ha de hacer perecer de tal género de muerte, que la tengamos por dichosa y dulce si fuere ordinaria y no con crueles y bárbaros tormentos. La naturaleza nos hizo gracia de la vida con un necesario tributo que es la muerte: esta no se puede excusar, empero los tormentos, las deshonras, afrentas é injurias evitaránlas vuestro esfuerzo y valor. Hoy alcanzareis una gloriosa victoria, ó quedareis como honrados y valerosos tendidos en el campo. No vean mal mis ojos, no permita vuestra bondad, Señor, que perezcan tan virtuosos y leales caballeros. ¿Mas qué muerte tan desastrada y miserable nos puede venir que sea peor que la vida acosada que traemos? No tenemos guerra con enemigo que nos conceda partidos razonables, ni aún una tolerable servidumbre cuando querramos ponernos en sus manos: ya sabeis su increible crueldad y teneis bien á vuestra costa experimentado cuan poca seguridad hay en su fe y palabra. No tiene mejor fiesta ni más alegre que la que solemniza con sangre y muertes, con ver destrozar los hombres delante de sus ojos. ¿Por ventura nos la habemos con algún malvado y perverso tirano y no con una inhumana y feroz bestia que parece ha sido agarrochada en la leonera para que de allí con mayor braveza salga á hacer nuevas muertes y destrozos? Confío en Dios que ha caido en la red que nos tiene tendida y que está encerrado donde pagará la cruel carnicería que nos tiene hecha: mirad, mis soldados, no se os vaya: detenedla, no la dejeis huir, no quede lanza ni espada que no pruebe en ella sus aceros. Socorred por Dios á nuestra miserable patria que la tiene

desierta y asolada: vengad la sangre que ha derramado de vuestros padres, hijos, amigos y parientes. Confiad en nuestro Señor, cuyos sagrados ministros sacrilegamente ha muerto que os favorecerá para que castigueis tan enormes maldades."

PODEROSO CABALLERO ES DON DINERO.

Madre, yo al oro me humillo:
El es mi amante y mi amado,
Pues de puro enamorado
De contino anda amarillo:
Que pues doblón, ó sencillo,
Hace todo cuanto quiero.
Poderoso caballero
Es Don Dinero.

Nace en las Indias honrado:
Donde el mundo le acompaña:
Viene á morir en España,
Y es en Génova enterrado:
Y pues quien le trae al lado
Es hermoso, aunque sea fiero
Poderoso caballero
Es Don Dinero.

Es galan y es como un oro:
Tiene quebrado el color:
Persona de gran valor,
Tan cristiano como moro,
Pues que da y quita el decoro,
Y quebranta cualquier fuero.
Poderoso caballero
Es Don Dinero.

Son sus padres principales
Y es de nobles descendiente,
Porque en las venas de Oriente
Todas las sangres son reales:
Y pues es quien hace iguales
Al duque y al ganadero.
Poderoso caballero
Es Don Dinero.

¿Mas á quien no maravilla
Ver en su gloria sin tasa,
Que es lo menos de su casa
Doña Blanca de Castilla?
Pero pues da al bajo silla
Y al cobarde hace guerrero.
Poderoso caballero
Es Don Dinero.

Sus escudos de armas nobles
Son siempre principales,
Que sin sus escudos Reales
No hay escudos de armas dobles:
Y pues á los mismos robles
Da codicia su minero.
Poderoso caballero
Es Don Dinero.

Por importar en los tratos,
Y dar tan buenos consejos
En las casas de los viejos,
Gatos le guardan de gatos:
Y pues el rompe recatos,
Y ablanda al juez más severo.
Poderoso caballero
Es Don Dinero.

Y es tanta su magestad,
Aunque son sus duelos hartos,
Que con haberle hecho cuartos,
No pierde su autoridad;
Pero pues da calidad
Al noble y al pordiosero.
Poderoso caballero
Es Don Dinero.

Nunca vi damas ingratas
Á su gusto y afición,
Que á las caras de un doblón
Hacen sus caras baratas:
Y pues las hace bravatas
Desde una bolsa de cuero.
Poderoso caballero
Es Don Dinero.

Más valen en cualquier tierra,
¡Mirad si es harto sagaz!
Sus escudos en la paz
Que rodeles en la guerra:
Y pues al pobre le entierra
Y hace propio al forastero,
Poderoso caballero
Es Don Dinero.

FRANCISCO QUEVEDO VILLEGAS.

A UNA NARIZ.

Érase un hombre á una nariz pegado;
Érasa una nariz superlativa;
Érase una nariz sayón y escriba;
Érase un peje espada muy barbado;

Era un reloj de sol mal encarado;
Érase una alquitara pensativa;
Érase un elefante boca arriba;
Era Ovidio nazón mas narizudo;
Érase un espolón de una galera;
Érase una pirámide de Egipto
Las doce tribus de narices era.
Érase un naricísimo infinito,—
Muchísima nariz, nariz tan fiera
Que en la cara de Anas fuera delito.

F. QUEVEDO VILLEGAS.

EL GNOMO.

Las muchachas del lugar volvían de la fuente con sus cántaros en la cabeza; volvían cantando y riendo con un ruido y una algazara que sólo pudieran compararse á la alegre algarabía de una banda de golondrinas, cuando revolotean espesas como el granizo alrededor de la veleta de un campanario.

En el pórtico de la iglesia, y sentado al pié de un enebro, estaba el tío Gregorio. El tío Gregorio era el más viejecito del lugar: tenía cerca de noventa navidades, el pelo blanco, la boca de risa, los ojos alegres y las manos temblonas. De niño fué pastor, de jóven soldado; después cultivó una pequeña heredad, patrimonio de sus padres, hasta que, por último, le faltaron las fuerzas y se sentó tranquilo á esperar la muerte, que ni temía ni deseaba. Nadie contaba un chascarrillo con más gracia que él, ni sabía historias más estupendas, ni traía á cuento tan oportunamente un refrán, una sentencia ó un adagio.

Las muchachas, al verle, apresuraron el paso con ánimo de irle á hablar, y cuando estuvieron en el pórtico todas

comenzaron á suplicarle que les contase una historia con que entretener el tiempo que aún faltaba para hacerse de noche, que no era mucho, pues el sol poniente hería de soslayo la tierra, y las sombras de los montes se dilataban por momentos á lo largo de la llanura.

El tío Gregorio escuchó sonriendo la petición de las muchachas, las cuales, una vez obtenida la promesa de que les referiría alguna cosa, dejaron los cántaros en el suelo, y sentándose á su alrededor, formaron un corro, en cuyo centro quedó el viejecito, que comenzó á hablarles de esta manera:

No os contaré una historia, porque aunque recuerdo algunas en este momento, atañen á cosas tan graves, que ni vosotras, que sois unas locuelas, me prestaríais atención para escucharlas, ni á mí, por lo avanzado de la tarde, me quedaría espacio para referirlas. Os daré en su lugar un consejo.

—¡Un consejo! exclamaron las muchachas con aire de visible mal humor. ¡Bah! no es para oir consejos para lo que nos hemos detenido; cuando nos hagan falta, ya nos los dará el señor cura.

— Es, prosiguió el anciano con su habitual sonrisa y su voz cascada y temblona, que el señor cura acaso no sabría dárosle en esta ocasión tan oportuno como os le puede dar el tío Gregorio; porque él, ocupado en sus rezos y letanías, no habrá echado, como yo, de ver que cada día vais por agua á la fuente más temprano y volveis más tarde.

Las muchachas se miraron entre sí con una imperceptible sonrisa de burla, no faltando algunas de las que estaban colocadas á sus espaldas que se tocase la frente con el dedo, acompañando su acción con un gesto significativo.

—¿Y qué mal encontrais en que nos detengamos en la fuente charlando un rato con las amigas y vecinas?.... dijo una de ellas. ¿Andan acaso chismes en el lugar, porque los

mozos salen al camino á echarnos flores ó vienen á brindarse para traer nuestros cántaros hasta la entrada del pueblo?

—De todo hay, contestó el viejo á la moza que le había dirigido la palabra en nombre de sus compañeras. Las viejas del lugar murmuran de que hoy vayan las muchachas á loquear y entretenerse á un sitio, al cual ellas llegaban de prisa y temblando á tomar el agua, pues solo de allí puede traerse; y yo encuentro mal que perdais poco á poco el temor que á todas inspira el sitio donde se halla la fuente, porque podría acontecer que alguna vez os sorprendiese en él la noche.

El tío Gregorio pronunció estas últimas palabras con un tono tan lleno de misterio, que las muchachas abrieron los ojos espantadas para mirarle, y con mezcla de curiosidad y burla tornaron á insistir:

—¡La noche! ¿Pues qué pasa de noche en ese sitio, que tales aspavientos haceis y con tan temerosas y oscuras palabras nos hablais de lo que allí podría acontecernos? ¿Nos comerán acaso los lobos?

—Cuando el Moncayo se cubre de nieve, los lobos, arrojados de sus guaridas, bajan en rebaños por su falda, y más de una vez los hemos oido aullar en horroroso concierto, no sólo en los alrededores de la fuente, sino en las mismas calles del lugar; pero no son los lobos los huéspedes más terribles del Moncayo: en sus profundas simas, en sus cumbres solitarias y ásperas, en su hueco seno, viven unos espíritus diabólicos que durante la noche bajan por sus vertientes como un enjambre, y pueblan el vacío, y hormiguean en la llanura, y saltan de roca en roca, juegan entre las aguas ó se mecen en las desnudas ramas de los árboles. Ellos son los que aullan en las grietas de las peñas; ellos los que forman y empujan esas inmensas bolas de nieve que bajan rodando desde los altos picos, y arrollan y aplastan cuanto encuentran

á su paso; ellos los que llaman con el granizo á nuestros cristales en las noches de lluvia, y corren como llamas azules y ligeras sobre el haz de los pantanos. Entre estos espíritus, que arrojados de las llanuras por las bendiciones y los exorcismos de la Iglesia, han ido á refugiarse á las crestas inaccesibles de las montañas, los hay de diferente naturaleza, y que al parecer, á nuestros ojos, se revisten de formas variadas. Los más peligrosos, sin embargo, los que se insinúan con dulces palabras en el corazón de las jóvenes y las deslumbran con promesas magníficas, son los gnomos. Los gnomos viven en las entrañas de los montes, conocen sus caminos subterraneos, y, eternos guardadores de los tesoros que encierran, velan día y noche junto á los veneros de los metales y las piedras preciosas. ¿Veis? prosiguió el viejo señalando con el palo, que le servía de apoyo, la cumbre del Moncayo, que se levantaba á su derecha, destacándose oscuro y gigantesco sobre el cielo violado y brumoso del crepúsculo; ¿veis esa inmensa mole coronada aún de nieve? pues en su seno tienen su morada esos diabólicos espíritus. El palacio que habitan es horrorroso y magnífico á la vez. Hace muchos años que un pastor, siguiendo á una res extraviada, penetró por la boca de esas cuevas, cuyas entradas cubren espesos matorrales, y cuyo fin no ha visto ninguno. Cuando volvió al lugar, estaba pálido como la muerte; había sorprendido el secreto de los gnomos; había respirado su envenenada atmósfera, y pagó su atrevimiento con la vida, pero antes de morir refirió cosas estupendas. Andando por aquella caverna adelante, había encontrado al fin unas galerías subterraneas é inmensas, alumbradas con un resplandor dudoso y fantástico, producido por la fosforescencia de las rocas, semejantes allí á grandes pedazos de cristal cuajado, en mil formas caprichosas y extrañas. El suelo, la bóveda y las paredes de aquellos extensos salones, obra de la naturaleza, parecian jaspeados

como las mármoles más ricos; pero las vetas que los cruzàban eran de oro y plata, y entre aquellas vetas brillantes se veían, como incrustadas, multitud de piedras preciosas de todos colores y tamaños. Allí había jacintos y esmeraldas en montón, y diamantes, y rubíes, y zafiros, y qué sé yo, otras muchas piedras desconocidas que él no supo nombrar; pero tan grandes y tan hermosas, que sus ojos se deslumbraron al contemplarlas. Ningun ruido exterior llegaba al fondo de la fantástica caverna; solo se percibían á intervalos unos gemidos largos y lastimosos del aire que discurría por aquel laberinto encantado, un rumor confuso de fuego subterráneo que hervía comprimido, murmullos de aguas corrientes que pasaban sin saberse por donde. El pastor, solo y perdido en aquella inmensidad, anduvo no sé cuantas horas sin hallar la salida, hasta que, por último, tropezó con el nacimiento del manantial cuyo murmullo había oido. Este brotaba del suelo como una fuente maravillosa con un salto de agua coronado de espuma, que caía formando una vistosa cascada y produciendo un murmullo sonoro al alejarse resbalando por entre las quebraduras de las peñas. A su alrededor crecían unas plantas nunca vistas, con hojas anchas y gruesas las unas, delgadas y largas como cintas flotantes las otras. Medio escondidos entre aquella húmeda frondosidad discurrían unos seres extraños, en parte hombres, en parte reptiles, ó ambas cosas á la vez, pues transformándose contínuamente, ora parecían criaturas humanas, deformes y pequeñuelas, ora salamandras luminosas ó llamas fugaces que danzaban en círculos sobre la cúspide del surtidor. Allí, agitándose en todas direcciones, corriendo por el suelo en forma de enanos repugnantes y contrahechos, encaramándose por las paredes, babeando y retorciéndose en figura de reptiles, ó bailando con apariencia de fuegos fátuos sobre el haz del agua, andaban los gnomos, señores de aquellos lugares, contando y removiendo sus

fabulosas riquezas. Ellos saben donde guardan los avaros esos tesoros que en vano buscan después los herederos; ellos conocen el lugar donde los moros, antes de huir, ocultaron sus joyas, y las alhajas que se pierden, las monedas que se extravían, todo lo que tiene algun valor y desaparece, ellos son los que lo buscan, lo encuentran y lo roban, para esconderlo en sus guaridas, porque ellos saben andar todo el mundo por debajo de la tierra y por caminos secretos é ignorados. Allí tenían, pues, hacinados en montón, toda clase de objetos raros y preciosos. Había joyas de un valor inestimable, collares y gargantillas de perlas y piedras finas, ánforas de oro, de forma antiquísima, llenas de rubíes; copas cinceladas, armas ricas, monedas con bustos y leyendas imposibles de conocer ó decifrar; tesoros, en fin, tan fabulosos é inmensos, que la imaginación apenas puede concebirlos. Y todo brillaba á la vez, lanzando unas chispas de colores y unos reflejos tan vivos, que parecía como que todo estaba ardiendo y se movía y temblaba. Al ménos, el pastor refirió que así le había parecido.

Al llegar aquí el anciano se detuvo un momento: las muchachas, que comenzaron por oir la relación del tío Gregorio con una sonrisa de burla, guardaban entonces un profundo silencio, esperando á que continuase con los ojos espantados, los labios ligeramente entreabiertos y la curiosidad y el interés pintados en el rostro. Una de ellas rompio al fin el silencio y exclamó sin poderse contener, entusiasmada al oir la descripción de las fabulosas riquezas que se habían ofrecido á la vista del pastor.

— Y qué, ¿ no se trajo nada de aquello ?

— Nada, contestó el tío Gregorio.

— ¡ Qué tonto ! exclamaron en coro las muchachas.

— El cielo le ayudó en aquel trance, prosiguió el anciano, pues en el momento en que la avaricia, que á todo se sobrepone,

comenzaba á disipar su miedo, alucinado á la vista de aquellas joyas, de las cuales una sola bastaría á hacerle poderoso, el pastor iba á apoderarse de algunas, dice que oyó, ¡maravillaos del suceso! oyó claro y distinto en aquellas profundidades, y á pesar de las carcajadas y las voces de los gnomos, del hervidero del fuego subterraneo, del rumor de las aguas corrientes y de los lamentos del aire, oyó, digo, como si estuviese al pié de la colina en que se encuentra, el clamor de la campana que hay en la ermita de Nuestra Señora del Moncayo. Al oir la campana dar las seis de la tarde, el pastor cayó al suelo y sin saber como ni por donde se encontró fuera de aquellas lugares, y en el camino que conduce al pueblo, echado en una senda y presa de gran estupor, como si nubiera salido de un sueño.

Desde entonces se explicó todo el mundo por qué la fuente del lugar trae á veces entre sus aguas como un polvo finísimo de oro; y cuando llega la noche, en el rumor que produce, se oyen palabras confusas, palabras engañosas con que los gnomos que la inficionan desde su nacimiento procuran seducir á los incautos que les prestan oidos, prometiéndoles riquezas y tesoros.

Cuando el tío Gregorio llegaba á este punto de su historia, ya la noche había entrado. Las muchachas se despidieron del tío Gregorio, que les tornó á aconsejar que no perdieran el tiempo en la fuente; cada cual tomó su cántaro, y todas juntas silenciosas y preocupadas se fueron.

Ya lejos del sitio en que se encontraron al viejecito, cuando estuvieron en la plaza del lugar donde habían de separarse, exclamó la más resuelta y decidora de todas:

—¿ Vosot[illegible]reis algo de las tonterías que nos ha contado el tío G[illegible]

—[illegible]jo una.

—[illegible]oco! exclamó otra.

—¡Ni yo! ¡ni yo! repitieron las demás, burlándose con risas de su credulidad de un momento.

GUSTAVO A. BECQUER.

LA JITANILLA.

Parece que los jitanos y jitanas solamente nacieron en el mundo para ser ladrones: nacen de padres ladrones, crianse con ladrones, estudian para ladrones, y finalmente salen con ser ladrones corrientes y molientes á todo ruedo; y la gana de hurtar y el hurtar son en ellos como accidentes inseparables que no se quitan sino con la muerte. Una, pues, de esta nación, jitana vieja, que podía ser jubilada en la ciencia de Caco, crió una muchacha en nombre de nieta suya, á quien puso por nombre Preciosa, y á quien enseñó todas sus jitanerías y modos de embelecos y trazas de hurtar. Salió la tal Preciosa la más única bailadora que se hallaba en todo el jitanismo, y la más hermosa y discreta que pudiera hallarse, no entre los jitanos, sinó entre cuantas hermosas y discretas pudiera pregonar la fama. Ni los soles, ni los aires, ni todas las inclemencias del cielo, á quien más que otras gentes están sujetos los jitanos, pudieron deslustrar su rostro ni curtir sus manos; y lo que es más, que la crianza tosca en que se criaba, no descubría en ella sinó ser nacida de mayores prendas, que de jitana, porque era en estremo cortés y bien razonada; y con todo esto era algo desenvuelta, pero no de modo que descubriese algún género de deshonestidad; antes con ser aguda era tan honesta, que en su presencia no osaba alguna jitana vieja ni moza cantar cantares lascivos, ni decir palabras no buenas; y finalmente, la abuela conoció el tesoro que en la nieta tenía, y así determinó el águila vieja sacar á volar su aguilucho, y enseñarle á vivir por sus uñas. Salió Preciosa rica de villancicos, de coplas, seguilillas y zarabandas

y otros versos, especialmente de romances, que los cantaba con especial donaire; porque su taimada abuela echó de ver que tales juguetes y gracias en los pocos años y en la mucha hermosura de su nieta habían de ser felicísimos atractivos é incentivos para acrecentar su caudal; y así se los procuró y buscó por todas las vías que pudo; y no faltó poeta que se los diese; que también hay poetas que sē acomodan con jitanos, y les venden sus obras, como los hay para ciegos, que les fingen milagros, y van á la parte de la ganancia: de todo hay en el mundo, y esto de la hambre tal vez hace arrojar los ingenios á cosas que no están en el mapa. Crióse Preciosa en diversas partes de Castilla, y á los quince años de su edad su abuela putativa la volvió á la corte y á su antiguo rancho, que es donde ordinariamente le tienen los jitanos, en los campos de Santa Bárbara, pensando en la corte vender su mercadería, donde todo se compra y todo se vende. Y la primera entrada que hizo Preciosa en Madrid, fué un día de Santa Ana, patrona y abogada de la villa, con una danza en que iban ocho jitanas, cuatro ancianas y cuatro muchachas, y un jitano, gran bailarín, que las guiaba; y aunque todas iban limpias y bien aderezadas, el aseo de Preciosa era tal que poco á poco fué enamorando los ojos de cuantos la miraban. De entre el son del tamboril y castañetas y fuga del baile salió un rumor que encarecía la belleza y donaire de la jitanilla, y corrían los muchachos á verla, y los hombres á mirarla; pero cuando la oyeron cantar, por ser la danza cantada, allí fué ello, allí si que cobró aliento la fama de la jitanilla, y de común consentimiento de los diputados de la fiesta desde luego le señalaron el premio y joya de la mejor danza; y cuando llegaron á hacerla en la iglesia de Santa María delante de la imágen de la gloriosa Sta. Ana, después de haber bailado todas, tomó Preciosa unas sonajas, al son de las cuales, dando en redondo largas y lijerísimas vueltas, cantó un romance.

El cantar de Preciosa fué para admirar á cuantos la escuchaban. Unos decían: Dios te bendiga, la muchacha. Otros: Lástima es que esta mozuela sea jitana; en verdad, en verdad que merecía ser hija de un gran señor. Otros había más groseros que decían: Dejen crecer á la rapaza, que ella hará de las suyas; á fé que se va añudando en ella gentil barredera para pescar corazones. Otro más humano, más basto y más modorro, viéndola andar tan lijera en el baile, le dijo: A ello, hija, á ello, andad, amores, y pisad el polvito á tan menudito. Y ella respondió sin dejar el baile: Y pisarélo yo á tan menudo. Acabáronse las vísperas y la fiesta de Sta. Ana, y quedó Preciosa algo cansada, pero tan celebrada de hermosa, de aguda y de discreta y bailadora, que á corrillos se hablaba de ella en toda la corte. De allí á quince días volvió á Madrid, como tenía de costumbre, con otras tres muchachas con sonajas y con un baile nuevo todas apercebidas de romances y de cantarcillos alegres, pero todos honestos; que no consentía Preciosa que las que fuesen en su compañía cantasen cantares descompuestos, ni ella los cantó jamás, y muchos miraron en ello, y la tuvieron en mucho. Nunca se apartaba de ella la jitana vieja, hecha su Argos, temerosa no se la despabilasen y traspusiesen; llamábala nieta, y ella la tenía por abuela. Pusiéronse á bailar á la sombra en la calle de Toledo por complacer á los que las miraban, y de los que las venían siguiendo se hizo luego un gran corro; y en tanto que bailaban, la vieja pedía limosna á los circunstantes, y llovían en ella ochavos y cuartos como piedras á tablado; que también la hermosura tiene fuerza de despertar la caridad dormida. Acabado el baile, dijo Preciosa: Si me dan cuatro cuartos, les cantaré un romance yo sola, lindísimo en estremo, dígoles que es famoso, y compuesto por un poeta de los del número, como capitán del batallón. Apénas hubo dicho esto, cuando casi todos los que en la

rueda estaban dijeron á voces: Cántale, Preciosa, y ves aquí mis cuatro cuartos: y así granizaron sobre ella cuartos, que la vieja no se daba manos á cogerlos. Hecho, pues, su agosto y su vendimia, repicó Preciosa sus sonajas, y al tono correntío y loquesco cantó el romance.

Apénas acabó Preciosa su romance, cuando del ilustre auditorio y grave senado que la oía, de muchas se formó una voz sola que dijo: Torna á cantar, Preciosa, que no faltarán cuartos como tierra. Más de docientas personas estaban mirando el baile, y escuchando el canto de las jitanas, y en la mayor fuga de él acertó á pasar por allí uno de los tinientes de la villa, y viendo tanta gente junta preguntó qué era: y fuéle respondido que estaban escuchando á la jitanilla hermosa que cantaba. Llegóse el tiniente, que era curioso, y escuchó un rato, y por no ir contra su gravedad, no escuchó el romance hasta la fin; y habiéndole parecido por estremo bien la Jitanilla, mandó á un paje suo dijese á la jitana vieja que al anochecer fuese á su casa con las jitanillas, que quería que las oyese Doña Clara su mujer. Hízolo así el paje, y la vieja dijo que sí iría. Acabaron el baile y el canto, y mudaron lugar; y en esto llegó un paje muy bien aderezado á Preciosa, y dándole un papel doblado, le dijo: Preciosa, canta el romance que aquí va, porque es muy bueno, y yo te daré otros de cuando en cuando, con que cobres fama de la mejor romancera del mundo. Eso aprenderé yo de muy buena gana, respondió Preciosa; y mire, señor, que no me deje de dar los romances que dice, con tal condición que sean honestos; y si quiere que se los pague, concertémonos por docenas, y docena cantada docena pagada; porque pensar que le tengo de pagar adelantado, es pensar lo imposible. Para papel siquiera que me dé la Señora Preciosa, dijo el paje, estaré contento: y más, que el romance que no saliere bueno y honesto, no ha de entrar en cuenta. A la mía queda el escogerlos, respondió

Preciosa: y con esto se fueron la calle adelante, y desde una reja llamaron unos caballeros á las jitanas. Asomó Preciosa á la reja, que era baja, y vió en una sala muy bien aderezada y muy fresca muchos caballeros que, unos paséandose y otros jugando á diversos juegos, se entretenían. ¿Quiérenme dar barato, zeñores? dijo Preciosa, que como jitana hablaba ceceoso, y esto es artificio en ellas que no naturaleza. A la voz de Preciosa y á su rostro dejaron los que jugaban el juego, y el paseo los paseantes: y los unos y los otros acudieron á la reja por verla, que ya tenían noticia della, y dijeron: Entren, entren las jitanillas, que aquí les daremos barato. Caro sería ella, respondió Preciosa, si nos pellizcasen. No, á fe de caballeros, respondió uno; bien puedes entrar, niña, segura que nadie te tocará á la vira de tu zapato; no, por el habito que traigo en el pecho, y púsose la mano sobre uno de Calatrava. Si tú quieres entrar, Preciosa, dijo una de las tres jitanillas que iban con ella, entra enhorabuena, que yo no pienso entrar adonde hay tantos hombres. Mira, Cristina, respondió Preciosa: de lo que te has de guardar es de un hombre solo y á solas, y no de tantos juntos; porque antes el ser muchos quita el miedo y recelo de ser ofendidas. Advierte, Cristinica, y está cierta de una cosa: que la mujer que se determina á ser honrada, entre un ejército de soldados lo puede ser. Verdad es que es bueno huir de las ocasiones; pero han de ser de las secretas y no de las públicas. Entremos, Preciosa, dijo Cristina, que tú sabes más que un sabio. Animólas la jitana vieja, y entraron: y apenas hubo entrado Preciosa, cuando el caballero del hábito vió el papel que traía en el seno, y llegándose á ella, se le tomó, y dijo Preciosa: Y no me le tome, señor, que es un romance que me acaban de dar ahora, que aun no le he leido. Y ¿sabes tú leer, hija? dijo uno. Y escribir, respondió la vieja, que á mi nieta la he criado yo como si fuera hija de un letrado. Abrió el caba-

llero el papel, y vió que venía dentro de él un escudo de oro, y dijo: En verdad, Preciosa, que trae esta carta el porte dentro, toma este escudo que en el romance viene. Basta, dijo Preciosa, que me ha tratado de pobre el poeta; pues cierto que es más milagro darme á mi un poeta un escudo, que yo recebirle: si con esta añadidura han de venir sus romances, traslade todo el Romancero general, y envíemelos uno á uno, que yo les tentaré el pulso, y si vinieren duros, seré yo blanda en recebillos. Admirados quedaron los que oían á la jitanica, así de su discreción como del donaire con que hablaba. Lea, señor, dijo ella, y lea alto, veremos si es tan discreto ese poeta, como es liberal. Y el caballero leyó.

En pobre acaba el último verso, dijo á esta sazón Preciosa. Mala señal; nunca los enamorados han de decir que son pobres, porque á los principios, á mi parecer, la pobreza es muy enemiga del amor. ¿Quién te enseña eso, rapaza? dijo uno. ¿Quién me lo ha de enseñar? respondió Preciosa; ¿no tengo yo mi alma en mi cuerpo? ¿no tengo ya quince años? No soy manca, ni ronca, ni estropeada del entendimiento: los ingenios de las jitanas van por otro norte que los de las demás gentes; siempre se adelantan á sus años, no hay jitano necio, ni jitana lerda; que como el sustentar su vida consiste en ser agudos, astutos y embusteros, despabilan el ingenio á cada paso, y no dejan que crie moho en ninguna manera. ¿Ven estas muchachas mis compañeras, que están callando, y parecen bobas? pues éntrenles el dedo en la boca, y tiéntenles las cordales, y verán lo que verán: no hay muchacha de doce que no sepa lo que de veinticinco, porque tienen por maestros y preceptores al diablo y al uso, que les enseña en una hora lo que habían de aprender en un año. Con esto que la jitanilla decía, tenía suspensos á los oyentes, y los que jugaban le dieron barato, y aun los que no jugaban. Cogió la hucha de la vieja treinta reales, y más rica y más

alegre que una pascua de flores, antecogió sus corderas, y fuése en casa del señor tiniente, quedando que otro día volvería con su manada á dar contento á aquellos tan liberales señores.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

LAS PERLAS.

¿Quién no ha pensado alguna vez, mirando los granizos saltar en el alfeizar de la ventana y oyendo el repiqueteo de sus golpes en los cristales: "¡Si estos granizos fueran monedas de cinco duros!"—¿Y quién no ha añadido completando la frase, después de reflexionar un instante sobre los inconvenientes qua traería á la sociedad esta riqueza repentina, que al fin y al cabo daría por resultado una pobreza general? —"¡Y sólo cayeran en el patio de mi casa!"—Porque, en efecto, nada más inútil que el oro el día en que se hiciese tan común como el estaño. Todo lo que se prodiga es vulgar; nadie aprecia lo que no ha de causar envidia, y es seguro que hasta la salud se miraría como cosa despreciable, si no hubiese enfermos.

¿Qué piedras preciosas, qué objetos de lujo y de suprema elegancia habrá comparables á las flores, tan diversas en brillante color, caprichosas formas y suaves perfumes?—¿Qué hay, á pesar de esto, más vulgar que las flores? Es verdad que han tenido también su día de reinado; es verdad que su escasez, si no su belleza, las ha hecho objeto de lujo en épocas determinadas, pero alternativamente se han destronado unas á otras, para dejarle el puesto á la última y desconocida producción vegetal de un clima remoto.

Un hecho que ha tenido lugar últimamente en la famosa feria de Leipsick, á la cual acuden para hacer sus compras los más reputados joyeros alemanes, nos ha inspirado las

ya vulgares reflexiones que dejamos hechas acerca de las causas de depreciación de ciertos objetos.

Parece que un comerciante de Ceylán, hasta ahora desconocido en la plaza, se ha presentado este año con una colección de perlas tan gruesas y tan nunca vistas por sus condiciones de Oriente, igualdad y transparencia, que con justicia han sido colocadas en primer término y pagadas mejor que todas las otras perlas de que el mercado estuvo muy abundante.

Hasta aquí el suceso no tiene nada de particular; pero es el caso que á última hora comenzó á correr de boca en boca por todo Leipsick una historia maravillosa, un verdadero cuento de hadas.

Decíase que aquel traficante, desconocido de los que andan en este comercio, era un antiguo buzo, el cual había descubierto un banco tan extraordinario, que todas las conchas que lo formaban contenían una perla más ó menos grande. La historia pareció absurda al principio; mas luego, teniendo en cuenta la imposibilidad de que á no ser así dispusiese un particular de un número tan considerable de perlas no cogidas en las pesquerías del gobierno, hubo una verdadera alarma entre los compradores.

Sabido es que las pesquerías de Ceylán son propiedad del Estado que posee estas islas, y que los que arriendan al gobierno las pesquerías, lo hacen en una cantidad alzada, de modo que sólo ellos, que disponen de grandes medios, pueden emprender un negocio costosísimo, en el cual se emplean millones de hombres para obtener algún resultado. ¿Cómo un sólo individuo ha podido, trabajando aislada y furtivamente, reunir un número considerable de perlas de tal magnitud, que suponen una inmensa cantidad desechada, y operarios y buzos sin cuento?

Las pesquerías oficialmente hechas no han dado por re-

sultado una seguridad de la existencia del maravilloso banco de que se hablaba en Leipsick; pero todo induce á creer que en efecto existe, y una vez descubierto, inundará el mercado de perlas hasta el punto de hacer vulgarísima una materia, objeto hoy de lujo, buscada y pagada á precios exorbitantes.

¡El reinado de las perlas toca á su fin! Este grito de angustia, lanzado por los traficantes y joyeros de Alemania, ha encontrado un eco en los más elegantes *boudoirs* de las damas de Europa.

Se teme, y con razón, que se repita uno de esos cuentos orientales en que las piedras preciosas, regaladas por los malos génios á los muchachos en cambio de una indiscreción, se transformaban al otro día en carbones.

Mientras el diamante espera temblando la hora en que un químico le derribe del trono que ocupa, al cristalizar el carbon puro; mientras las materias más preciosas, merced á las conquistas de la ciencia, aguardan de un día á otro una depreciación inevitable, la perla, esta "gota de rocio cuajada," como la llaman los poetas indios, esa "lágrima de la aurora perdida en el fondo del mar," como ha dicho un célebre orientalista; la perla, ajena á todo miedo, merced á las dificultades de su adquisición, se ostentaba llena de orgullo en los hombros de nuestras hermosas, en sus cabellos negros como la noche, ó en sus brazos torneados y blancos como la nieve.

No obstante, le ha llegado también su hora. En vano se procura disimular la crisis comercial hasta tanto que los joyeros de Alemania y los comerciantes holandeses hayan realizado sus existencias; á un mismo tiempo, un periódico inglés y dos revistas de intereses materiales de Bélgica han dado la voz de alarma.

Las perlas van á desaparecer del catálogo de los objetos

preciosos; ya las mujeres no las verán con un suspiro de envidia detrás de la iluminada anaquelería de un joyero, ya no harán un primer papel en las anécdotas galantes, sin embargo, su historia es tan brillante como antigua. Mucho se ha discutido acerca de la epoca de la primera exportación de esta materia preciosa, objeto siempre de un gran comercio entre la India y las naciones occidentales. Homero no habla de las perlas, y con este dato niegan algunos que se conociesen ántes de emplearlas los romanos. En el libro de Job y el de los Proverbios se mencionan, y, ateniéndose á esta cita parece indudable que, al menos del pueblo judío fueron conocidas desde tiempos muy remotos.

La primera perla célebre de que habla la historia, perla que por otra parte merecía con razón ser mencionada, es la que Julio César dió á Servilia, hermana de Catón de Utica. Hoy no es posible formarse una idea exacta de sus condiciones y su tamaño, por ignorarse el precio que tenían y la tasación aproximada; pero es seguro que no debió ser, como vulgarmente se dice, grano de anís, cuando al galante César le costó la friolera de seis mil grandes sextercios, proximamente unos cinco millones de reales.

De esta calidad debió ser sin duda la que dió origen á un proverbio romano, el cual da hoy por seguro que "una hermosa perla colocada en el seno de una mujer, hacía las veces de lictor, separando á la multitud y atrayendo sobre su dueña la consideración y el respeto de las turbas."

En el día han variado mucho las condiciones sociales; pero aun puede decirse que hace las veces de Cupidillo. ¿A cuántos que no fascinarían los más hermosos ojos del mundo, no ha flechado el aderezo de perlas de una mujer rica, especie de arco-iris de la tempestad, vaga promesa de una dote respetable? Pero volvamos á Roma. Las romanas, antes que todo, y por más que algunos historiadores se empeñen en

probarnos lo contrario, eran mujeres, y como tales, mujeres amigas del lujo y la ostentación, caprichosas y antojadizas. Sentados estos precedentes, no hay para que decir que, una vez conocidos, el gusto por las perlas, entonces la última novedad, se desarrolló espontáneamente en el sexo hermoso. Se usaron perlas entre los cabellos, en las orejas, en el pecho y en los brazos. Con ellas se bordaron las túnicas, los velos, los mantos y hasta los coturnos; se incrustaron en las vajillas, en las ánforas, en los muebles y hasta en los muros. Y en pos de las mujeres vinieron los hombres. Comenzó Pompeyo entrando triunfante en Roma con treinta coronas de perlas á sus piés; y una vez conquistada Alejandria, y hecho más general su comercio, acabaron Calígula y Nerón cuajando de ellas los arreos de sus caballos, después de prodigarlas con una profusión espantosa en sus vestiduras.

Á los que se espantan hoy del lujo de nuestras mujeres y lo llaman escandaloso é inmoral, quisiéramos poderlos trasladar, después de una de nuestras reuniones más brillantes, á una de aquellas *soirées ó tés dansants* romanos, en donde se descolgaban prójimas que, como Lullia Paulina, llevaban á cuestas diariamente, y así como para andar por casa de trapillo, valor de treinta millones en perlas, piedras preciosas y otras zarandajas del mismo jaez.

Llegado á este punto la exageración del uso de las perlas, parece como que no habría medios de seguir adelante, más no fué así; los que no sabían ya qué hacer para mostrarse más pródigos que sus antecesores, imaginaron machacarlas y servirlas en los banquetes rociadas en polvo aljofarado sobre los manjares. —Machacarían perlas de poco valor, pequeñas y deformes, dirán algunos. Todo es posible: en Rome como en Madrid, debió haber muchos de los que quieren y no pueden; pero la vanidad que aunque no lo parezca, es muy ingeniosa, había establecido un ceremonial para evitar supercherías.

Era costumbre que al mediar el festín, el *anfitrión* ó *anfitriona* se quitase del cuello la perla, una perla mayúscula, y la triturase en presencia de los convidados, que la habían de consumir.

Ignoramos hasta qué punto serán digestivas las perlas: más lo que podemos asegurar es que, sólo al acordarnos de estos convites en que hacían tan principal papel, se nos crispan los nervios pensando cómo rechinarían sus partículas entre los dientes.

Después de estas épocas de esplendor, las perlas han seguido estando á la moda en el mundo elegante de todos los siglos y todas las civilizaciones. Desde la célebre que Cleopatra ofreció á Marco Antonio disuelta en vinagre, hasta los históricos hilos de Buckingham, sueltos en presencia del elevado objeto de su amor, en la corte de Luis XIII, las perlas han intervenido como protagonistas en mil y mil lances de amor históricos.

De estas cien anécdotas sólo queremos referir una. Aquellas de nuestras lectoras que, después de leer los renglones que llevamos escritos, se acuerden con un suspiro de sentimiento de las perlas que guardan en las afiligranadas *boîtes* de su tocador, que acaso mañana no tendrán más mérito que las cuentas de vidrio que regalaban á sus naturales los descubridores del Nuevo Mundo, deben consolarse de la pérdida de sus adornos, impregnándose en su espíritu.

Hé aquí la historia, porque historia es y no cuento:

La princesa de Y..... es sin duda alguna la más hermosa de las damas de la corte de Viena. Las miradas de envidia de sus rivales se lo habian dicho cien veces, y otras cien en círculo más florido de los pollos *comme il faut* de Viena, que también en Viena hay pollos. Unos alababan la majestad de su apostura, otros el fuego de sus ojos, estos las manos,

aquellos el talle, los de más allá los piés, ó la boca, ó la nariz, la oreja pequeña, rosada y transparente. Todo era á su alrededor un concierto de alabanzas; sus oidos se habían acostumbrado á los elogios como á una música conocida y deliciosa.

Una noche, el príncipe de Y.... entró en el *boudoir* de su mujer, á tiempo que ésta se vestía para un baile, y le ofreció como recuerdo del aniversario de sus bodas una perla; una perla monstruosa, magnífica, con toda la suave opacidad, los cambiantes de mil colores y las condiciones de forma que pueden hacer única una perla entre las cien mil perlas escogidas en un siglo en la isla cuyo mar las produce.

La princesa, ufana con ella, se la colocó en la cabeza en el puesto donde su cabello negro se partía sobre la frente como en dos alas oscuras, y se marchó al baile.

—¡Qué hermosa perla! ¡Qué magnífica perla! ¡Vale un tesoro! ¡No tiene igual! Hé aquí las exclamaciones que la saludaron á la entrada en el círculo cortesano. ¡Qué hermosa perla! ¡Qué magnífica perla! Ni una palabra á sus ojos, ni una frase galante á su sonrisa, á la gracia de su fisonomía, á la esbeltez de su talle.

Cuando la princesa volvió á su casa, es fama que dijo, arrojando al suelo la famosa perla, y pisoteándola. ¡Necia de mí! ¿Quién me ha mandado llevar al baile esta perla, la sola que podía ser mi rival, porque, como yo, es única en Viena? Consuélense pues, las mujeres, si el acaso las priva de uno de sus adornos favoritos.

Poco más ó menos la historia de la perla que acabamos de referir, es la historia de todas las perlas del mundo.

Las hermosas parecen tanto más hermosas, cuanto más sencillas; y las feas, si es verdad que hay una mujer fea en España, esas estan tanto peor, cuanto más se adornan.

En cuanto á la pérdida del valor material, eso no es tanta cuestión de nuestras suscritoras como de Samper y Pizzala.

BROQUEL.

EN ESTE PAIS.

Hay en el lenguaje vulgar frases afortunadas, que nacen en buen hora y que se derraman por toda una nación, así como se propagan hasta los términos de un estanque las ondas producidas por la caida de una piedra en medio del àgua. Muchas de este género pudiéramos citar, en el vocabulario político sobre todo; de esta clase son aquellas que, halagando las pasiones de los partidos, han resonado tan funestamente en nuestros oidos en los años que van pasados de este siglo, tan fecundo en mutaciones de escena y en cambio de decoraciones. Cae una palabra de los labios de un perorador en un pequeño círculo, y un gran pueblo, ansioso de palabras, la recoge, la pasa de boca en boca, y con la rapidez del golpe eléctrico, un crecido número de máquinas vivientes la repite y la consagra, las más veces sin entenderla, y siempre sin calcular que una palabra sola es á veces palanca suficiente á levantar la muchedumbre, inflamar los ánimos y causar en las cosas una revolución.

Estas voces favoritas han solido siempre desaparecer con las circunstancias que las produjeran. Su destino es efectivamente, como sonido vago que son, perderse en lontananza, conforme se apartan de la causa que las hizo nacer. Una frase, empero, sobrevive siempre entre nosotros, cuya existencia es tanto más difícil de concebir cuanto que no es de la naturaleza de esas de que acabamos de hablar; éstas sirven en las revoluciones á lisonjear á los partidos y á humillar á los caidos, objeto que se entiende perfectamente una vez conocida la generosa condición del hombre; pero la

frase que forma el objeto de este artículo se perpetúa entre nosotros, siendo sólo un funesto padrón de ignominia para los que la oyen y para los mismos que la dicen; así la repiten los vencidos como los vencedores; los que pueden como los que no quieren extirparla; los propios, en fin, como los extraños.

En este país..... esta es la frase que todos repetimos á porfía, frase que sirve de clave para toda clase de explicaciones, cualquiera que sea la cosa que á nuestros ojos choque en mal sentido. ¿Qué quiere usted? decimos, ¡en este país! Cualquier acontecimiento desagradable que nos suceda, creemos explicarle perfectamente con la frasecilla *¡cosas de este país!* que con vanidad pronunciamos, y sin pudor alguno repetimos.

¿Nace esta frase de un atraso reconocido en toda la nación? No creo que pueda ser éste su origen, porque sólo puede conocer la carencia de una cosa él que la misma cosa conoce: de donde se infiere que si todos los individuos de un pueblo conociesen su atraso, no estarían realmente atrasados. ¿Es la pereza de imaginacion ó de raciocinio que nos impide investigar la verdadera razon de cuanto nos sucede, y que se goza en tener una muletilla siempre á mano con que responderse á sus propios argumentos, haciéndose cada uno la ilusión de no creerse cómplice de un mal, cuya responsibilidad descarga sobre el estado del país en general? Esto parece más ingenioso que cierto.

Creo entrever la causa verdadera de esta humillante expresión. Cuando se halla un país en aquel crítico momento en que se acerca á una transición, y en que saliendo de las tinieblas comienza á brillar á sus ojos un ligero resplandor, no conoce todavía el bien, empero ya conoce el mal de donde pretende salir para probar cualquiera otra cosa que no sea lo que hasta entonces ha tenido. Sucédele lo que á una

joven bella que sale de la adolescencia; no conoce el amor todavía ni sus goces; su corazón, sin embargo, ó la naturaleza, por mejor decir, le empieza á revelar una necesidad que pronto será urgente para ella, y cuyo gérmen y cuyos medios de satisfacción tiene en sí misma, si bien lo desconoce todavía; la vaga inquietud de su alma, que busca y ansia, sin saber qué, la atormenta y la disgusta de su estado actual y del anterior en que vivía, y vésela despreciar y romper aquellos mismos sencillos juguetes que formaban poco antes el encanto de su ignorante existencia.

Este es, acaso, nuestro estado, y éste, á nuestro entender, el origen de la fatuidad que en nuestra juventud se observa: el medio saber reina entre nosotros; no conocemos el bien, pero sabemos que existe y que podemos llegar á poseerle, si bien sin imaginar aún el cómo. Afectamos, pues, hacer ascos de lo que tenemos, para dar á entender á los que nos oyen que conocemos cosas mejores, y nos queremos engañar miserablemente unos á otros, estando todos en el mismo caso.

Este medio saber nos impide gozar de lo bueno que realmente tenemos, y áun nuestra ansia de obtenerlo todo de una vez nos ciega sobre los mismos progresos que vamos insensiblemente haciendo. Estamos en el caso del que, teniendo apetito, desprecia un sabroso almuerzo con la esperanza de un suntuoso convite incierto, que se verificará ó no se verificará más tarde. Sustituyamos sabiamente á la esperanza de mañana el recuerdo de ayer, y veamos si tenemos razón en decir á propósito de todo: *¡ Cosas de este país!*

Sólo con el auxilio de las anteriores reflexiones puedo comprender el carácter de don Periquito, ese petulante joven, cuya instrucción está reducida al poco latín que le quisieron enseñar y que él no quiso aprender; cuyos viajes no han pasado de Carabanchel; que no lee sino en los ojos de sus queridas, los cuales no son ciertamente los libros más filo-

sóficos; que no conoce, en fin, más ilustración que la suya, más hombres que sus amigos, cortados por la misma tijera que él, ni más mundo que el salón del Prado, ni más país que el suyo. Este fiel representante de gran parte de nuestra juventud desdeñosa de su país, fué, no ha mucho tiempo, objeto de una de mis visitas.

Encontréle en una habitación mal amueblada y peor dispuesta, como de hombre solo; reinaba en sus muebles y sus ropas, tiradas aquí y allí, un espantoso desorden, de que hubo de avergonzarse al verme entrar.

—Este cuarto está hecho una leonera—me dijo;—¿Qué quiere usted? en este país.....—Y quedó muy satisfecho de la excusa que á su natural descuido había encontrado.

Empeñóse en qué había de almorzar con él, y no pude resistir á sus instancias; un mal almuerzo, mal servido, reclamaba indispensablemente algún nuevo achaque, y no tardó en decirme: Amigo, en este país no se puede dar un almuerzo á nadie: hay que recurrir á los platos comunes y al chocolate.

Vive Dios, dije yo para mí, que cuando en este país se tiene un buen cocinero y un exquisito servicio y los criados necesarios, se puede almorzar un excelente *beef-steak* con todos los adherentes de un almuerzo á la *fourchette;* y que en París los que pagan ocho ó diez reales por un *appartement garni,* ó una mezquina habitación en una casa de huéspedes, como mi amigo don Periquito, no se desayunan con pavos trufados ni con champagne.

Mi amigo Periquito es hombre pesado, como los hay en todos los países, y me instó á que pasase el día con él; y yo, que había empezado ya á estudiar sobre aquella máquina como un anatómico sobre un cadáver, acepté inmediatamente.

Don Periquito es pretendiente, á pesar de su notoria inutilidad. Llevóme, pues, de ministerio en ministerio: de

dos empleos con los cuales contaba, habíase llevado el uno otro candidato que había tenido más empeños que él.—¡Cosas de España!—me salió diciendo al referirme su desgracia. — Ciertamente — le respondí sonriéndome de su injusticia — porque en Francia y en Inglaterra no hay intrigas; puede usted estar seguro de que allá todos son unos santos varones, y los hombres no son hombres.

El segundo empleo que pretendía había sido dado á un hombre de más luces que él.—¡Cosas de España!—me repitió.

Sí, porque en otras partes colocan á los necios, dije yo para mí.

Llevóme en seguida á una librería, después de haberme confesado que había publicado un folleto, llevado del mal ejemplo. Preguntó cuántos ejemplares se habian vendido de su peregrino folleto, y el librero respondió: "ni uno".

¿Lo ve V., Fígaro? me dijo ¿lo ve usted? En este país no se puede escribir. En España no se puede escribir. En París hubiera vendido diez ediciones.

—Ciertamente, le contesté yo, porque los hombres como usted venden en París sus ediciones.

En París no habrá libros malos que no se lean, ni autores necios que se mueran de hambre.

Desengáñese usted: en este país no se lee, prosiguió diciendo.—Y usted, que de eso se queja, señor don Periquito, usted, ¿qué lee? le hubiera podido preguntar. Todos nos quejamos de que no se lee, y ninguno leemos.

—¿Lee usted los periódicos? le pregunté, sin embargo.

—No, señor; en este país no se sabe escribir periódicos. ¡Lea usted ese *Diario de los Debates*, ese *Times!!!*

Es de advertir que don Periquito no sabe francés ni inglés, y que en cuanto á periódicos, buenos ó malos, en fin, los hay, y muchos años no los ha habido.

Pasábamos al lado de una obra de esas que hermosean contínuamente este país, y clamaba: ¡qué basura! en este país no hay policía.

En París las casas que se destruyen y reedifican no producen polvo.

Metió el pié torpemente en un charco. "¡No hay limpieza en España!" exclamaba.

En el extranjero no hay lodo.

Se hablaba de un robo.—¡Ah! ¡país de ladrones! vociferaba indignado. Porque en Lóndres no se roba; en Lóndres, donde en la calle acometen los malhechores á la mitad de un día de niebla á los transeuntes.

Nos pedía limosna un pobre.—¡En este país no hay más que miseria! exclamaba horripilado. Porque en el extranjero no hay infeliz que no arrastre coche.

Ibamos al teatro, y—¡oh qué horror! decía mi don Periquito con compasión, sin haberlos visto mejores en su vida: ¡Aquí no hay teatros!

Pasábamos por un café.—No entremos. ¡Qué cafés los de este país! gritaba.

¡Se hablaba de viajes.—¡Oh! Dios me libre; ¡en España no se puede viajar! ¡qué posadas! ¡qué caminos!

¡Oh infernal comezón de vilipendiar este país que adelanta y progresa de algunos años á esta parte más rápidamente que adelantaron esos países modelos para llegar al punto de ventaja en que se han puesto!

DE LA VIDA DE LORD BYRON.

Byron se presentó con su primer volúmen de poesías delante de estos sanhedrines de la crítica, delante de la célebre *Revista de Edimburgo.* Esta acreditada publicación echó plomo derretido sobre la cuna del poeta. Jamás fué la

crítica tan dura, tan implacable. El joven autor no llegaba ni á la medianía. Sus ideas ni subían ni bajaban de un mismo nivel, á la manera de un agua estancada. Llamábase menor de edad en son de excusa, y esta minoridad se ve desde el principio hasta el fin de la obra como inseparable compañera de su estilo. Habíale sucedido como á todo el mundo: escribir una larga serie de versos detestables entre su salida del colegio y su salida de la universidad. Recordábanle que para ser poeta precisa al menos un poco de sentimiento y otro poco de imaginación. Las imitaciones de Ossian y Homero no pasaban de ensayos buenos para una clase de retórica, pero indignos de la publicidad. En medio del artículo, se deslizaba su pensamiento capital; que el noble lord no naciera para poeta y debía, por ende, abandonar á mejores ingenios tan peregrino arte.

Lord Byron sintió el golpe en la nerviosa sensibilidad propia de los poetas. El filo de aquella crítica le heló el corazón. Sus labios brotaron hiel y sangre. En su dolor, revolvióse airado contra su patria y contra todos los contemporaneos decorados por nombres más ó menos famosos. Todas las cualidades satánicas de que él mismo se creía dotado con bien poco amor propio, resaltan del fondo oscuro de esta sátira: el cinismo, la ironía, el sarcasmo, la rabia, el rudo rencor y la satisfacción de la venganza. El cojo inmortal entra, como un Vulcano, con el martillo enrojecido en el Olimpo de Inglaterra, y no perdona ninguna de las estatuas de sus dioses. Díceles á los unos que son comerciantes avaros y no poetas inspirados; á los otros, que habiendo tomado por héroe de una obra un idiota, después de haberla leido no se sabe quién es el idiota, si el protagonista ó el autor de la obra; á éstos, que han peleado en formidable duelo con pistolas cargadas de pólvora; á aquellos, que han vestido á Camoens de encajes de Inglaterra; á un noble lord,

que sus comidas valen más que sus traducciones; á un célebre historiador, que escribe porque come, y come porque escribe; á los lores, que acuden á reuniones donde, entre coros se entregan sus hijas al lascivo baile y ellos al ruinoso juego, prometiéndose todos en estas babeles de vicios, alcanzar el dinero y la mujer de su prójimo. Imagínese qué efecto produciría esta sátira, en una sociedad donde tan escrupulosamente se observa el respeto al pudor y donde tan castos son los labios y tan puro el lenguaje. Imagínese cómo se revolverían los heridos por aquel genio candente, contra las manos que abrasaba sus carnes. Una nube de injurias rodeó al poeta. No contribuyó en poco esta malhadada sátira al odio implacable con que le persiguieron sus contemporaneos. Lord Byron comenzó por publicarla anónima, y concluyó por ponerle su nombre. Anunció que esperaba en Londres cuantas satisfacciones quisieran exigirle. Y como todos se limitaran á murmurar sin retarle, exclamó tristemente: "Han pasado los tiempos de la caballería."

Entre los más duramente tratados, hallábase su pariente Carlisle, que había sido su tutor. El noble joven jamás se arrepintió de este proceder. Al contrario, en una de las ediciones de sus obras se defendía con su inexperiencia de haberle dedicado un libro, y aseguraba que toda la sangre de los Howards no era bastante á hacer un caballero de un villano, un sabio de un tonto. La causa de esta inmortal venganza merece ser conocida, porque se relaciona estrechamente con uno de los aspectos bajo los cuales miramos á Byron, con su aspecto de orador, y con uno de los hechos más trascendentales de su vida, con su entrada en la Cámara de los Lores de Inglaterra.

Lord Byron le había pedido su protección y su padrinazgo para ser presentado en la Asamblea. Nada más natural que el deseo de sentarse en aquella grande oligarquía, que por su

parecido, especialmente entonces, con el senado romano, y por su influencia en el mundo, había de acalorar y encender la imaginación del poeta. En el alma de Lord Byron había, con esa nostalgia del cielo natural en todos los genios extraordinarios, sed intensísima de la gloria. Y la más grande, la más embriagadora de las glorias humanas indudablemente es la gloria del orador, que sin verter una gota de sangre, sin manchar sus laureles con los funestos trofeos del guerrero, conquista desde la tribuna las almas de sus oyentes y las confunde todas en su alma. No hay espectáculo semejante al del orador, el cual debe ser á un tiempo filósofo, poeta, artista, músico, táctico; sacar del fondo de su alma los tesoros del pensamiento, encerrarlos en formas perfectas, con esa fuerza creadora que, como la palabra de Dios, hace brotar mundos; y por un milagro de su inteligencia y de su voluntad, tender entre tempestades infinitas de aplausos cadenas invisibles, á las cuales se prenden los corazones como esclavos de aquella magia, cuyo poder sobrenatural es una de la misterios más profundos del espíritu. El alma inquieta, activa, de Lord Byron, se imaginaba ya en las visiones de su fantasía triunfando de todos sus enemigos por la magia de la palabra y sirviendo al género humano por la santidad de las ideas.

Sí: aquel hombre á quien presentaban sus enemigos como indiferente á todos los dolores humanos, como dudando de todas las ideas, despreciador de sus semejantes y enemigo de Dios; dado solo al culto de su vanidad y al desenfreno de sus vicios, tenía allá en el fondo de su grande alma un altar reservado para la religión de los oprimidos, y la fé siempre viva en el progreso de la humanidad, que es al cabo el cumplimiento de las leyes divinas de la justicia sobre la faz de la tierra. No había solo un sentimiento de egoista amor propio en la justa impaciencia de Byron por alcanzar los derechos que en la herencia le tocaban: había el nobilísimo amor

de la humanidad, como lo demostró más tarde empleando su poderosa palabra en favor de los católicos de Irlanda, y esparciendo así las semillas de las instituciones que debían brotar en nuestro tiempo; profeta, como todas las grandes inteligencias, de un nuevo mundo social.

Pero á todos estos nobilísimos deseos respondió Lord Carlisle con criminal indiferencia. Mal hemos dicho, respondió con vivísimo deseo de contrariar las nobles ambiciones de su sobrino. Extravió los documentos legales para que se retardara su recepción oficial. Acogió con desdén la dedicatoria de unas poesías que, obras de un niño, debían ilustrar, inmortalizar su nombre, cuando sus obras propias, sus obras de viejo, ya estuvieran olvidadas. Y se negó, por fin, a presentar en la Asamblea aquél grande genio que llevaba escondido en su frente un cielo de poesía. Lord Byron entró acompañado por un lejano pariente, á quien apenas conocía. La alta Cámara se consagraba á sus negocios ordinarios con esa regularidad matemática propia de la vida inglesa. Nadie en aquella aristocrática Asamblea sospechaba que el noble lord, venido á ocupar unas de sus sillas curules hubiera de ser en lo porvenir el intérprete del pensamiento de su siglo, el cantor de sus dolores y de sus dudas. Quizá Byron, del hondo de degradación en que habia caido, y á pesar del desencanto que las críticas brutales habían engendrado en su alma, preveía con la conciencia de su propio mérito, y con la previsión natural del génio, la corona de laureles oculta bajo su corona de espinas, y la transfiguración reservada por el porvenir á su genio. Indudablemente, una atmósfera misteriosa debía rodear al joven, y una aureola centellante resplandecer sobre sus sienes. Era ya entonces uno de esos hombres—símbolos elegidos entre muchos para personificar y representar un siglo. Como nuestro tiempo, debía arrastrar su cuerpo á manera de un reptil, por el suelo, y

su alma á manera de una constelación luminosa, por lo infinito; buscar los goces sensuales, y tener sólo un goce completo en la contemplación de las ideas; reirse de las creencias, y morir por la fe; aparentar brutal epicureismo, y merecer ser contado entre los héroes por su vida y entre los martires por su muerte. Aquella su figura, la bóveda de su cabeza griega, los dilatados espacios de su frente, las arqueadas cejas; la profundidad de aquellos ojos, que ya tomaban el color sereno del cielo, ya la oscuridad del abismo, como un oceano de alterados pensamientos; la línea bellísima de sus labios cincelados como para vibrar eternos cánticos; su nariz aguileña, su barba partida con una gracia incomparable; el gusto olímpico, la actitud majestuosa, la grandeza templada por su bondad, el genio centellando de cada una de sus facciones; aquél color pálido y mate, semejante al color de un mármol antiguo dorado por el sol y por los siglos; todo su ser, toda su persona debían revelar que Dios no cinceló tan perfecto vaso para que estuviera vacío, sino para llenarlo de inmortales esencias.

EMILIO CASTELAR.

DONDE SE CUENTA LA GRACIOSA MANERA QUE TUVO D. QUIJOTE EN ARMARSE CABALLERO.

Y así fatigado deste pensamiento, abrevió su venteril y limitada cena, la cual acabada, llamó al ventero, y encerrándose con él en la caballeriza, se hincó de rodillas ante él diciéndole: no me levantaré jamás de donde estoy, valeroso caballero, fasta que la vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero, el cual redundará en alabanza vuestra y en pro del género humano. El ventero que vió á su huésped á sus piés, y oyó semejantes razones, estaba confuso mirándole sin saber qué hacerse ni decirle, y porfiaba con él que

se levantase, y jamás quiso hasta que le hubo de decir que él le otorgaba el don que le pedía. No esperaba yo menos de la gran magnificencia vuestra, señor mío, respondió Don Quijote; y así os dijo que el don que os he pedido y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado, es que mañana en aquel día me habeis de armar caballero, y esta noche en la capilla deste vuestro castillo velaré las armas, y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo que tanto deseo, para poder como se debe, ir por todas las cuatro partes del mundo buscando las aventuras en pro de los menesterosos, como está á cargo de la caballería y de los caballeros andantes como yo soy, cuyo deseo á semejantes fazañas es inclinado. El ventero, que como está dicho era un poco socarrón y ya tenía algunos barruntos de la falta de juicio de su huésped, acabó de creerlo cuando acabó de oir semejantes razones, y por tener que reir aquella noche, determinó de seguirle el humor; y así le dijo que andaba muy acertado en lo que deseaba, y que tal prosupuesto era propio y natural de los caballeros tan principales como él parecía y como su gallarda presencia mostraba, y que él ansimismo en los años de su mocedad se había dado á aquel honroso ejercicio, andando por diversas partes del mundo buscando sus aventuras, sin que hubiese dejado los percheles de Málaga, Islas de Riarán, Compás de Sevilla, Azoguejo de Segovia, la Olivera de Valencia, Rondilla de Granada, playa de S. Lúcar, Potro de Córdoba, y las ventillas de Toledo, y otras diversas partes donde había ejercitado la ligereza de sus piés y sutileza de sus manos, haciendo muchos tuertos, y engañando á algunos pupilos, y finalmente dándose á conocer por cuantas audiencias y tribunales hay casi en toda España; y que á lo último se había venido á recoger á aquel su castillo, donde vivía con su hacienda y con las agenas, recogiendo en él á todos los caballeros andantes de qualquiera calidad y condición que fuesen, sólo por la

mucha afición que les tenía, y porque partiesen con él de sus haberes en pago de su buen deseo. Dijole también que en aquel su castillo no había capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaba derribada para hacerla de nuevo; pero que en caso de necesidad él sabía que se podían velar donde quiera, y que aquella noche las podría velar en un patio del castillo, que á la mañana, siendo Dios servido, se harían las debidas ceremonias de manera que él quedase armado caballero, y tan caballero que no pudiese ser más en el mundo. Preguntóle si traía dineros; respondió Don Quijote que no traía blanca, porque él nunca había leido en las historias de los caballeros andantes que ninguno los hubiese traido. A esto dijo el ventero que se engañaba, que puesto caso que en las historias no se escribía, por haberles parecido á los autores dellas que no era menester escribir una cosa tan clara y tan necesaria de traerse, como eran dineros y camisas limpias, no por eso se había de creer que no los trujeron; y así tuviese por cierto y averiguado que todos los caballeros andantes (de que tantos libros estan llenos y atestados) llevaban bien herradas las bolsas por lo que pudiese sucederles, y que asimismo llevaban camisas y una arqueta pequeña llena de ungüentos para curar las heridas que recebían, porque no todos en los campos y desiertos donde se combatían y salían heridos, había quien los curase, si ya no era que tenían algún sabio encantador por amigo, que luego los socorría trayendo por el aire en alguna nube alguna doncella ó enano con alguna redoma de agua de tal virtud, que en gustando alguna gota della, luego al punto quedaban sanos de sus llagas y heridas, como si mal alguno no hubiesen tenido; mas que en tanto que esto no hubiese, tuvieron los pasados caballeros por cosa acertada que sus escuderos fuesen proveidos de dineros y de otras cosas necesarias, como eran hilas y ungüentos para curarse; y cuando sucedía que los

tales caballeros no tenían escuderos (que eran pocas y raras veces), ellos mismos lo llevaban todo en unas alforjas muy sutiles, que casi no se parecían, á las ancas del caballo, como que era otra cosa de más importancia; porque no siendo por ocasión semejante, esto de llevar alforjas no fué muy admitido entre los caballeros andantes; y por esto le daba por consejo (pues aun se lo podía mandar como á su ahijado que tan presto lo había de ser) que no caminase de allí adelante sin dineros y sin las prevenciones recebidas, y que vería cuan bien se hallaba con ellas, cuando menos se pensase. Prometióle Don Quijote de hacer lo que se le aconsejaba con toda puntualidad; y así se dió luego orden como velase las armas en un corral grande que á un lado de la venta estaba, y recogiéndolas Don Quijote todas, las puso sobre una pila que junto á un pozo estaba, y embrazando su adarga asió de su lanza, y con gentil continente se comenzó á pasear delante de la pila; y cuando comenzó el paseo comenzaba á cerrar la noche. Contó el ventero á todos cuantos estaban en la venta la locura de su huésped, la vela de las armas, y la armazón de caballería que esperaba. Admirándose de tan extraño género de locura, fuéronselo a mirar desde lejos, y vieron que con sosegado ademan unas veces se paseaba, otras arrimado á su lanza ponía los ojos en las armas, sin quitarlos por un buen espacio de ellas. Acabó de cerrar la noche con tanta claridad de la luna, que podía competir con el que se la prestaba, de manera que cuanto el novel caballero hacía era bien visto de todos. Antojósele en esto á uno de los arrieros que estaban en la venta ir á dar agua á su recua, y fué menester quitar las armas de Don Quijote, que estaban sobre la pila, el cual viéndole llegar, en voz alta le dijo: o tú, quien quiera que seas, atrevido caballero, que llegas á tocar las armas del más valeroso andante que jamás se ciñó espada, mira lo que haces, y no las toques, si no quieres dejar la vida en pago

de tu atrevimiento. No se curó el arriero destas razones (y fuera mejor que se curara, porque fuera curarse en salud), antes trabando de las correas las arrojó gran trecho de sí. Lo cual visto por Don Quijote, alzó los ojos al cielo, y puesto el pensamiento (á lo que parecía) en su señora Dulcinea, dijo: acorredme, señora mía, en esta primera afrenta que á este vuestro avasallado pecho se le ofrece; no me desfallezca en este primero trance vuestro favor y amparo; y diciendo estas y otras semejantes razones, soltando la adarga alzó la lanza á dos manos, y dió con ella tan gran golpe al arriero en la cabeza, que le derribó en el suelo tan mal trecho, que si segundara con otro, no tuviera necesidad de maestro que le curara. Hecho esto recogió sus armas, y tornó á pasearse con el mismo reposo que primero. Desde allí á poco, sin saberse lo que había pasado (porque aun estaba aturdido el arriero), llegó otro con la misma intención de dar agua á sus mulos, y llegando á quitar las armas para desembarazar la pila, sin hablar Don Quijote palabra, y sin pedir favor á nadie, soltó otra vez la adarga, y alzó otra vez la lanza, y sin hacerla pedazos hizo más de tres la cabeza del segundo arriero, porque se la abrió por cuatro. Al ruido acudió toda la gente de la venta, y entre ellos el ventero. Viendo esto Don Quijote, embrazó su adarga, y puesta mano á su espada dijo: o señora de la fermosura, esfuerzo y vigor del debilitado corazón mío, ahora es tiempo que vuelvas los ojos de tu grandeza á este tu cautivo caballero que tamaña aventura está atendiendo. Con esto cobró á su parecer tanto ánimo, que si le acometieran todos los arrieros del mundo no volviera el pié atrás. Los compañeros de los heridos, que tales los vieron, comenzaron desde lejos á llover piedras sobre Don Quijote, el cual lo mejor que podía se reparaba con su adarga, y no se osaba apartar de la pila por no desamparar las armas. El ventero daba voces que le dejasen, porque ya les había dicho como era

loco, y que por loco se libraría aunque los matase á todos. También Don Quijote las daba mayores llamándolos de alevosos y traidores, y que el señor del castillo era un follón y mal nacido caballero, pues de tal manera consentía que se tratasen los andantes caballeros, y que si él hubiera recibido la orden de caballería, que él le diera á entender su alevosía; pero de vosostros, soez y baja canalla, no hago caso alguno; tirad, llegad, venid, ofendedme en cuanto pudiéredes, que vosostros veréis el pago que llevais de vuestra sandez y demasía. Decía esto con tanto brió y denuedo, que infundió un terrible temor en los que le acometían; y así por esto como por las persuasiones del ventero le dejaron de tirar, y él dejó retirar á los heridos, y tornó á la vela de sus armas con la misma quietud y sosiego que primero. No le parecieron bien al ventero las burlas de su huésped, y determinó abreviar y darle la negra orden de caballería luego, antes que otra desgracia sucediese; y así llegándose á él, se desculpó de la insolencia que aquella gente baja con el había usado, sin que él supiese cosa alguna; pero que bien castigados quedaban de su atrevimiento. Díjole, como ya le había dicho, que en aquel castillo no había capilla, y para lo que restaba de hacer tampoco era necesaria; que todo el toque de quedar armado caballero consistía en la pescozada y en el espaldarazo, segun el tenía noticia del ceremonial de la orden, y que aquello en mitad de un campo se podía hacer; y que ya había cumplido con lo que tocaba al velar de las armas, que con solas dos horas de vela se cumplía, cuanto más que él habia estado más de cuatro. Todo se lo creyó Don Quijote, y dijo que él estaba allí pronto para obedecerle, y que concluyese con la mayor brevedad que pudiese; porque si fuese otra vez acometido, y se viese armado caballero, no pensaba dejar persona viva en el castillo, eceto aquellas que él le mandase, á quien por su respeto dejaría. Advertido y medroso desto el

castellano, trujo luego un libro donde asentaba la paja y cebada que daba á los arrieros, y con un cabo de vela que le traía un muchacho, y con las dos ya dichas doncellas se vino adonde Don Quijote estaba, al cual mandó hincar de rodillas, y leyendo en su manual como que decía alguna devota oración, en mitad de la leyenda alzó la mano, y dióle sobre el cuello un gran golpe, y tras él con su misma espada un gentil espaldarazo, siempre murmurando entre dientes como que rezaba. Hecho esto, mandó á una de aquellas damas que le ciñese la espada, la cual lo hizo con mucha desenvoltura y discreción, porque no fué menester poca para no reventar de risa á cada punto de las ceremonias; pero las proezas que ya habían visto del novel caballero les tenía la risa á raya. Al ceñirle la espada dijo la buena señora: Dios haga á vuestra merced muy venturoso caballero y le dé ventura en lides. Don Quijote le preguntó como se llamaba, porque él supiese de allí adelante á quien quedaba obligado por la merced recebida, porque pensaba darle alguna parte de la honra que alcanzase por el valor de su brazo. Ella respondió con mucha humildad, que se llamaba la Tolosa, y que era hija de un remendón natural de Toledo, que vivía á las tendillas de Sancho Bienaya, y que donde quiera que ella estuviese, le serviría y le tendría por señor. Don Quijote le replicó, que por su amor le hiciese merced que de allí adelante se pusiese Don, y se llamase Doña Tolosa. Ella se lo prometió, y la otra le calzó la espuela, con la cual le pasó casi el mismo coloquio que con la de la espada. Preguntóle su nombre, y dijo que se llamaba la Molinera, y que era hija de un honrado molinero de Antequera; á la cual también rogó Don Quijote que se pusiese Don, y se llamase Doña Molinera, ofreciéndole nuevos servicios y mercedes. Hechas pues de galope y apriesa las hasta allí nunca vistas ceremonias, no vió la hora Don Quijote de verse á caballo, y salir buscando las aventuras; y en-

sillando luego á Rocinante, subió en él, y abrazando á su huésped le dijo cosas tan extrañas, agradeciéndole la merced de haberle armado caballero, que no es posible acertar á referirlas. El ventero, por verle ya fuera de la venta, con no menos retóricas aunque con más breves palabras, respondió á las suyas, y sin pedirle la costa de la posada, le dejó ir á la buena hora.

DE LO QUE LE SUCEDIÓ Á NUESTRO CABALLERO CUANDO SALIÓ DE LA VENTA.

Là del alba sería cuando Don Quijote salió de la venta tan contento, tan gallardo, tan alborozado por verse ya armado caballero, que el gozo le reventaba por las cinchas del caballo. Mas viniéndole á la memoria los consejos de su huésped cerca de las prevenciones tan necesarias que había de llevar consigo, en especial la de los dineros y camisas, determinó volver á su casa y acomodarse de todo y de un escudero, haciendo cuenta de recebir á un labrador vecino suyo que era pobre y con hijos, pero muy á proposito para el oficio escuderil de la caballería. Con este pensamiento guió á Rocinante hácia su aldea, el cual, casi conociendo la querencia, con tanta gana comenzó á caminar que parecía que no ponía los piés en el suelo. No había andado mucho cuando le pareció que á su diestra mano de la espesura de un bosque que allí estaba, salían unas voces delicadas como de persona que se quejaba; y apenas las hubo oido, cuando dijo: gracias doy al cielo por la merced que me hace, pues tan presto me pone ocasiones delante, donde yo pueda cumplir con lo que debo á mi profesión, y donde pueda coger el fruto de mis buenos deseos; estas voces sin duda son de algún menesteroso ó menesterosa, que ha menester mi favor y ayuda; y volviendo las riendas, encaminó á Rocinante hácia donde le pareció que las voces

salian. Y á pocos pasos que entró por el bosque vió atada una yegua á una encina, y atado á otra un muchacho desnudo de medio cuerpo arriba, hasta de edad de quince años, que era el que las voces daba, y no sin causa, porque le estaba dando con una pretina muchos azotes un labrador de buen talle, y cada azote le acompañaba con una reprensión y consejo, porque decía: la lengua queda y los ojos listos. Y el muchacho respondía: no lo haré otra vez, señor mío; por la pasión de Dios, que no lo haré otra vez, y yo prometo de tener de aquí adelante más cuidado con el hato. Y viendo Don Quijote lo que pasaba, con voz airada dijo: descortés caballero, mal parece tomaros con quien defender no se puede; subid sobre vuestro caballo, y tomad vuestra lanza (que también tenía una lanza arrimada á la encina adonde estaba arrendada la yegua) que yo os haré conocer ser de cobardes lo que estais haciendo. El labrador, que vió sobre sí aquella figura llena de armas, blandiendo la lanza sobre su rostro, túvose por muerto, y con buenas palabras respondió: señor caballero, este muchacho que estoy castigando es un mi criado que me sirve de guardar una manada de ovejas que tengo en estos contornos, el cual es tan descuidado que cada día me falta una, y porque castigo su descuido ó bellaquería, dice que lo hago de miserable por no pagalle la soldada que le debo, y en Dios y en mi ánima que miente. ¿Miente delante de mí, ruín villano? dijo Don Quijote. Por el sol que nos alumbra, que estoy por pasaros de parte á parte con esta lanza; pagadle luego sin más réplica; si no, por el Dios que nos rige, que os concluya y aniquile en este punto: desatadlo luego. El labrador bajó la cabeza, y sin responder palabra desató á su criado, al cual preguntó Don Quijote que cuanto le debía su amo. El dijo que nueve meses á siete reales cada mes. Hizo la cuenta Don Quijote, y hallo que montaban sesenta y tres reales, y díjole al labrador que al momento los

desembolsase si no quería morir por ello. Respondió el medroso villano que por el paso en que estaba y juramento que había hecho (y aun no habia jurado nada) que no eran tantos; porque se le habían de descontar y recibir en cuenta tres pares de zapatos que le había dado, y un real de dos sangrías que le habían hecho estando enfermo. Bien está todo eso, replicó Don Quijote, pero quédense los zapatos y las sangrías por los azotes que sin culpa le habeis dado, que si él rompió el cuero de los zapatos que vos pagastes, vos le habeis rompido el de su cuerpo; y si le sacó el barbero sangre estando enfermo, vos en sanidad se la habeis sacado: así que por esta parte no os debe nada. El daño está, señor caballero, en que no tengo aquí dineros: véngase Andrés conmigo á mi casa, que yo se los pagaré un real sobre otro. ¿Irme yo con él, dijo el muchacho, más? ¡mal año! no señor, ni por pienso, porque en viéndome solo, me desollará como á un S. Bartolomé. No hará tal, replicó Don Quijote, basta que yo se lo mande para que me tenga respeto, y con que él me lo jure por la ley de caballería que ha recebido, le dejaré ir libre y aseguraré la paga. Mire vuestra merced, señor, lo que dice, dijo el muchacho, que éste mi amo no es caballero, ni ha recebido orden de caballería alguna, que es Juan Haldudo, el rico, el vecino del Quintanar. Importa poco eso, respondió Don Quijote, que Haldudos puede haber caballeros: cuanto más que cada uno es hijo de sus obras. Así es verdad, dijo Andrés, pero éste mi amo ¿de qué obras es hijo, pues me niega mi soldada y mi sudor y trabajo? No niego, hermano Andrés, respondió el labrador, y hacedme placer de veniros conmigo, que ya juro por todas las órdenes que de caballerías hay en el mundo, de pagaros, como tengo dicho, un real sobre otro y aun sahumados. Del sahumerio os hago gracia, dijo Don Quijote, dádselos en reales, que con eso me contento; y mirad que lo cumplais como lo habeis jurado; si no, por el

mismo juramento os juro de volver á buscaros y á castigaros, y que os tengo de hallar aunque os escondais más que una lagartija. Y si quereis saber quien os manda esto, para quedar con más veras obligado á cumplirlo, sabed que yo soy el valeroso Don Quijote de la Mancha, el desfacedor de agravios y sinrazones; y á Dios quedad, y no se os parta de las mientes lo prometido y jurado, sopena de la pena pronunciada. Y en diciendo esto, picó á su Rocinante, y en breve espacio se apartó dellos. Siguióle el labrador con los ojos, y cuando vió que había traspuesto del bosque y que ya no parecía, volvióse á su criado Andrés, y díjole: venid acá, hijo mio, que os quiero pagar lo que os debo, como aquel deshacedor de agravios me dejó mandado. Eso juro yo, dijo Andrés, y como que andará vuestra merced acertado en cumplir el mandamiento de aquel buen caballero, que mil años viva, que según es de valeroso y de buen juez, vive Roque que si no me paga, que vuelva y ejecute lo que me dijo. También lo juro yo, dijo el labrador; pero por lo mucho que os quiero, quiero acrecentar la deuda, por acrecentar la paga. Y asiéndole del brazo, le tornó á atar á la encina, donde le dió tantos azotes que le dejó por muerto. Llamad, señor Andrés, ahora, decía el labrador, al desfacedor de agravios, veréis como no desface aqueste, aunque creo que no está acabado de hacer, porque me viene gana de desollaros vivo, como vos temíades; pero al fin le desató, y le dió licencia, que fuese á buscar á su juez, para que ejecutase la pronunciada sentencia. Andrés se partió algo mohino, jurando de ir á buscar al valeroso Don Quijote de la Mancha, y contarle punto por punto lo que había pasado, y que se lo había de pagar con las setenas; pero con todo esto él se partió llorando, y su amo se quedó riendo: y desta manera deshizo el agravio el valeroso Don Quijote, el cual contentísimo de lo sucedido, pareciéndole que había dado felicísimo y alto principio á sus

caballerías, con gran satisfacción de sí mismo iba caminando hacia su aldea, diciendo á media voz: bien te puedes llamar dichosa sobre cuantas hoy viven sobre la tierra, ó sobre las bellas, bella Dulcinea del Toboso, pues te cupo en suerte tener sujeto y rendido á toda tu voluntad y talante á un tan valiente y tan nombrado caballero como lo es y será Don Quijote de la Mancha, el cual, como todo el mundo sabe, ayer recibió la orden de caballería, y hoy ha desfecho el mayor tuerto y agravio que formó la sinrazón y cometió la crueldad: hoy quitó el látigo de la mano á aquel desapiadado enemigo, que tan sin ocasión vapulaba á aquel delicado infante. En esto llegó á un camino que en cuatro se dividía, y luego se le vinieron á la imaginación las encrucijadas donde los caballeros andantes se ponían a pensar cuál camino de aquellos tomarían, y por imitarlos estuvo un rato quedo; al cabo de haberlo muy bien pensado, soltó la rienda á Rocinante, dejando á la voluntad del rocín la suya, el cual siguió su primer intento, que fué el irse camino de su caballeriza. Y habiendo andado como dos millas, descubrió Don Quijote un grande tropel de gente, que, como después se supo, eran unos mercaderes toledanos que iban á comprar seda á Murcia. Eran seis, y venían con sus quitasoles con otros cuatro criados á caballo, y tres mozos de mulas á pié. Apenas los divisó Don Quijote, cuando se imaginó ser cosa de nueva aventura, y por imitar en todo cuanto á él le parecía posible los pasos que había leido en sus libros, le pareció venir allí de molde uno que pensaba hacer; y así con gentil continente y denuedo se afirmó bien los estribos, apretó la lanza, llegó la adarga al pecho, y puesto en la mitad del camino estuvo esperando que aquellos caballeros andantes llegasen (que ya él por tales los tenía y juzgaba), y cuando llegaron á trecho que se pudieron ver y oir, levantó Don Quijote la voz, y con ademan arrogante dijo: todo el mundo

se tenga, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo todo doncella más hermosa que la emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso. Paráronse los mercaderes al son de estas razones y á ver la extraña figura del que las decía; y por la figura y por ellas luego echaron de ver la locura de su dueño; más quisieron ver despacio en qué paraba aquella confesión que se les pedía; y uno de ellos, que era un poco burlón y muy mucho discreto, le dijo: señor caballero, nosostros no conocemos quien es esa buena señora que decís; mostrádnosla, que si ella fuere de tanta hermosura como significais, de buena gana y sin apremio alguno confesaremos la verdad que por parte vuestra nos es pedida. Si os la mostrara, replicó Don Quijoto, ¿qué hiciérades vosotros en confesar una verdad tan notoria? La importancia está en que sin verla lo habeis de creer, confesar, afirmar, jurar y defender: donde no, conmigo sois en batalla, gente descomunal y soberbia: que ahora vengais uno á uno como pide la orden de caballería, ora todos juntos, como es costumbre y mala usanza de los de vuestra ralea, aquí os aguardo y espero confiado en la razón que de mi parte tengo. Señor caballero, replicó el mercader, suplico á vuestra merced en nombre de todos estos príncipes que aquí estamos que, porque no encarguemos nuestras conciencias confesando una cosa por nosotros jamás vista ni oida, y más siendo tan en perjuicio de las emperatrices y reinas del Alcarria y Estremadura, que vuestra merced sea servido de mostrarnos algún retrato de esa señora, aunque sea tamaño como un grano de trigo, que por el hilo se sacará el ovillo, y que quedaremos con esto satisfechos y seguros, y vuestra merced quedará contento y pagado; y aun creo que estamos ya tan de su parte, que aunque de su retrato nos muestre que es tuerta de un ojo y que el otro le mana bermellón y piedra azufre, con todo eso por complacer á vuestra merced diremos en su favor todo lo

que quisiere. No le mana, canalla infame, respondió Don Quijote, encendido en colera, no le mana, digo, eso que decís, sino ámbar y algalia entre algodones, y no es tuerta ni corcovada, sino más derecha que un huso de Guadarrama; pero vosotros pagaréis la grande blasfemia que habeis dicho contra tamaña beldad como es la de mi señora. Y en diciendo esto, arremetió con la lanza baja contra él que lo había dicho, con tanta furia y enojo, que si la buena suerte no hiciera que en la mitad del camino tropezara y cayera Rocinante, lo pasara mal el atrevido mercader. Cayó Rocinante, y fué rodándo su amo una buena pieza por el campo, y queriéndose levantar, jamás pudo: tal embarazo le causaban la lanza, adarga, espuelas y celada con el peso de las antiguas armas. Y entretanto que pugnaba por levantarse y no podía, estaba diciendo: non fuyais, gente cobarde, gente cautiva; atended, que no por culpa mía, sino de mi caballo, estoy aquí tendido. Un mozo de mulas de los que allí venían, que no debía de ser muy bien intencionado, oyendo decir al pobre caido tantas arrogancias, no lo pudo sufrir sin darle la respuesta en las costillas. Y llegandose á él, tomó la lanza, y después de haberla hecho pedazos, con uno dellos comenzó á dar á nuestro Don Quijote tantos palos, que á despecho y pesar de su armas le molió como cibera. Dábanle voces sus amos que no le diese tanto y que le dejase; pero estaba ya el mozo picado, y no quiso dejar el juego hasta envidar todo el resto de su colera, y acudiendo por los demás trozos de la lanza los acabó de deshacer sobre el miserable caido, que con toda aquella tempestad de palos que sobre él llovía, no cerraba la boca, amenazando al cielo y á la tierra y á los malandrines, que tal le parecían. Cansóse el mozo, y los mercaderes siguieron su camino, llevando que contar en todo él del pobre apaleado, el cual después que se vió solo, tornó á probar si podía levantarse; pero si no lo pudo hacer cuando sano y

bueno ¿cómo lo haría molido y casi deshecho? Y aun se tenía por dichoso, pareciéndole que aquella era propia desgracia de caballeros andantes, y toda la atribuía á la falta de su caballo; y no era posible levantarse, según tenía brumado todo el cuerpo.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

APENDICE.

I. CORRESPONDENCIA COMERCIAL.

A. FÓRMULAS CORRIENTES.

Valencia, Junio 19 de 1890.

Sr. Dn. Antonio Fernandez,
Madrid.

Muy Señor mio (nuestro):
Muy Señores mios (nuestros):

En contestacion al favor de Vd. (á la estimable de Vd.) del 8 del corriente.. — Habiendo sabido que.. — Teniendo intención de seguir su consejo.. — Conforme á las instrucciones contenidas en su carta.. — Según el deseo de Vd...

Me hago el honor de acusarle recibo de.. — Obra en mi poder la estimada de Vd., fecha.. — Acabamos de recibir su.. — Me favorece su.. — Tengo á la vista su.. — Enterado del contenido de su..

Confirmo mi última del 15.. — Me doy el gusto (honor) de confirmar.. — Al confirmar mi última, fecha 14..

Me tomo la libertad de dirigirme á Vd. para suplicarle.. — Tenemos el gusto (honor) de manifestar á Vd. que aceptamos su oferta; — que vamos á considerar su proposición; — que inmediatamente vamos á ejecutar su orden.

Siento mucho (infinito) — me es muy sensible — tener que participar á Vd. que no podemos aceptar su proposición; — que no nos es posible ni aun darle los informes que nos pide..

Suplico á Vd. que tenga la bondad.. — (quedaría muy reconocido á Vd. si tuviese la bondad) de enviarnos cuanto antes, — (de remitirnos con su carta la factura, — el precio corriente, — una circular, etc., etc...) — Quedaríamos sumamente agradecidos, si Vd. tuviera á bien darnos informes — participarnos sus condiciones.

Tenemos el gusto de remitir á Vd. adjunta nuestra primera de cambio, girada contra los Sres. N. N. de esa plaza, por la cantidad de 25,000 pesetas, que Vd. tendrá la bondad de llevar al crédito de nuestra cuenta. — Me hago el honor de avisar á Vd. que por cuenta y orden del Sr. Don Ramón Castellanos de Málaga, acabo de girar contra Vd. la suma de.. que espero Vd. honre con su buena acogida. — Suplico á Vd. se sirva cargarnos (llevar al débito de nuestra cuenta) el total de la factura que nos remitió el mes pasado.

En cuanto al estado de nuestros negocios y responsibilidad nuestra, Vd. puede tomar informes de los Sres. Acuña y C.ª — Por los certificados que le acompañamos, Vd. puede juzgar... — Me daré el gusto de poner á su disposición los certificados que dan testimonio de mis capacidades.. — Después de tomar amplios informes, tenemos el gusto de manifestar á Vd...

B. FORMAS FINALES.

Esperando su pronta respuesta — mientras tengo el gusto de recibir su contestación — suplicando á Vd. tenga la bondad de contestar á vuelta de correo.

Suplicando á Vd. tome en consideración.. — Esperando pronto sus nuevas órdenes.. — Dándole las gracias por la molestia que Vd. se ha tomado — dando á Vd. con anticipación mis más encarecidos agradecimientos.

Sin otro particular — sin más por hoy — esperando me favorezca pronto con sus favores — noticias — esperando tener pronto sus favores — contando con su pronta contestacion.

Mande Vd. á...
Quedo de Vd.
Me repito — suscribo — de Vd. atento S. S.
Q. B. S. M.

Les reiteramos la seguridad de la perfecta consideración con que.. — reiterando á Vd. mis más finos afectos — quedo de Vd. con todo afecto (consideración)... — Con esta ocasión tengo el gusto de ofrecerme a Vd... — Mientras tanto estén Vds. seguros del afecto y aprecio de... — Nos repetimos de Vds. sinceros y atentos S. S. — Deseando á Vd. buenos negocios y toda prosperidad en el próximo año nuevo, nos suscribimos... — Disponga como guste de su.. — mande como guste á su... — De Vd. atento y S. S... — Su atento y S. S.

EJERCICIOS.

1. Escríbase una carta á la Escuela-Berlitz, pidiendo una circular é informes sobre el método.
2. Otra haciendo la contestación de la escuela.
3. " preguntando las horas de las lecciones.
4. " pidiendo libros.
5. " dando la contestación del librero, incluyendo factura
6. " remitiendo el valor de la factura.
7. " dando contestación y cancelación.
8. " pidiendo cuarto en un hotel.
9. " contestación del hotelero.
10. " solicitando colocación de tenedor de libros.
11. " pidiendo informes sobre el postulante.
12. " contestación á la carta anterior.
13. " dando la colocación solicitada.
14. " aceptando, y dando gracias.

II. CARTAS DE AMISTAD.

A. PRINCIPIO.

Madrid, Junio 13 de 1890.

Sr. Don Ignacio Carrera,
Barcelona.

Mi querido (estimado) amigo: Hace algunos años que deseo hacer un viaje por Europa. Hasta hoy siempre he tenido algun impedimento; pero ahora, por fin, se me presenta la ocasión y partiré la semana entrante.

Al fin se me han cumplido mis ardientes deseos: mi padre me acaba de decir que dentro de una semana partiremos para Madrid. ¡Qué larga se me va á hacer esta semana!

Esta es la última carta que escribo á Vd. desde aquí, porque mañana saldremos para..

Tengo una buena noticia que dar á V. ¿A que no la adivina? No. Bueno, se la diré: mañana nos vamos...

En verdad me ha sorprendido mucho su carta, anunciándome su próxima partida. Yo nunca hubiera figurado que Vd. tuviese tanto ánimo.

Usted va á ver las grandes ciudades de Europa: ¡Cuanto envidio su felicidad!

Deseo á Vd. con toda mi alma un viaje agradable, y que Vd. tenga todos los placeres que espera.

Deseo que usted tenga un viaje feliz, que no se maree, y que le haga todo el bien posible, para tener el gusto de volverá á ver á Vd. en perfecta salud

En este momento llego á esta, y lo primero que hago es dar á Vd. noticias de mí, y participarle algunos incidentes de mi viaje, que ha sido muy feliz.

Por fin ya estamos desembarcados. ¡Vaya un viaje el que hemos tenido! Le describiré todas las peripecias de este

viaje, durante el cual hemos corrido todos los peligros imaginables.

Si yo no hubiera prometido á Vd. escribirle al llegar, lo habría dejado para mas tarde, porque estoy muy cansado.

Con el mayor placer he recibido su carta del.. — su carta me ha dado un gusto indecible.

No me es posible expresar á Vd. el gusto con que he recibido su muy apreciable carta del..

Acabo de recibir su grata del.. y me apresuro á contestársela.

Su silencio me ha tenido muy disgustado, y yo mismo me pregunto cuál será la causa.

Hace varias semanas que estoy esperando con gran impaciencia noticias de Vd., y no sé á qué atribuir su silencio. ¡Ojalá que no sea por causa de enfermedad!

No puedo comprender el silencio de V. ¿Está Vd. disgustado conmigo? Le suplico encarecidamente que no deje pasar más tiempo sin escribirme, porque me tiene con gran pena.

No puede Vd. figurarse cuán desierta parece la casa desde que Vd. se fué. Yo no había creido nunca que la ausencia de Vd. hiciese un vacío tan grande.

Usted me pregunta qué tal me va por acá. Pues bien, le diré francamente que jamás he estado tan fastidiado. Aquí no hay distracción ninguna en este momento, y ya me siento con nostalgia.

¡Qué hermosa es la real villa de Madrid! ¡Cómo se prolonga la animación por las calles hasta tarde de la noche! Un paseo por el Prado es uno de los panoramas más interesantes que puede imaginarse.

Con mucho gusto voy á manifestar á usted que.. Me es sumamente grato poder comunicar á Vd. la siguiente noticia:.. (Tengo el grandísimo placer de poder decirle que...)

Siento infinito tener que decir á Vd. que..

Me es muy sensible (doloroso) verme en la necesidad de participar á Vd. cosas tan tristes.

Las noticias de la grata de Vd. me han causado una sorpresa agradabilísima — gran pena, mucha inquietud, etc. Hace tres meses que Vd. se fué, y no me ha dicho aún nada de su regreso.. ¿Nos dará Vd. el gusto de verlo pronto?

No tiene Vd. una idea de la ansiedad con que esperamos su vuelta.

Estoy cierto, pues, que Vd. no prolongará nuestra inquietud con su ausencia.

No dudo que usted se sorprenderá cuando sepa todo lo que ha ocurrido desde que Vd. se fué.

Tengo tanto que decir á Vd. que no sé por donde comenzar.

Por el encabezamiento de esta, usted verá que ya estoy de vuelta. Efectivamente ya me tiene usted en mi casa, donde todo me parece tan familiar y agradable.

Aunque ya hace más de una semana que regresé, no me ha sido posible escribir á Vd. á pesar del gran deseo que he tenido de hacerlo. He tenido tantas visitas é ínvitaciones que no me ha quedado un momento libre para atender á mi correspondencia.

Inútil es decir á Vd. cuanto placer me ha causado la noticia de su llegado á esta. Acuérdese que Vd. me ha prometido una visita inmediatamente después de su llegada; y no dudo que cumplirá su palabra. Espero, pues, que pronto me dará el gusto de ver á Vd.

Me aprovecho de esta ocasión para suplicar á Vd. que se venga á pasar las pascuas con nosotros.

¿Quisiera usted darme un gran gusto? Véngase con toda confianza á pasar sus vacaciones á mi casa.

A pesar de mis reiteradas invitaciones, aun no ha venido Vd. á verme. Esta vez no admito ninguna excusa, é insisto en que Vd. venga á pasar la fiesta en nuestra compañía.

Me rindo á sus instancias, y en consecuencia prometo á Vd. estar en su casa el lunes próximo, salvo algun inconveniente grave.

Quedo sumamente agradecido á Vd. por su amable invitación; pero asuntos muy importantes me privan esta vez del placer de pasar las vacaciones con Vd. Siento muchísimo este contratiempo.

Como ya se aproxima el año nuevo, me anticipo á enviar á Vd. mis más sinceros votos por su felicidad.. Deseo que Vd. tenga un año nuevo muy feliz, lleno de salud y prosperidad.

Mi objeto en la presente es hacer mis más ardientes votos, deseando que usted pase un año nuevo con toda prosperidad y felicidad.

Me apresuro á dar á Vd. mis más cordiales felicitaciones con motivo del cumpleaños de Vd.

No puedo permitir que el cumpleaños de Vd. se pase sin dar á Vd. mis más sinceras felicitaciones.

Siendo aquí muy difícil encontrar un buen surtido de.. suplico á usted que tenga la bondad de comprarme...

Conociendo la amabilidad de Vd., voy á pedirle un gran favor, y es que Vd. tenga la bondad de..

Tengo que pedir á Vd. un gran servicio; ¿tendría Vd. la bondad de.. (le sería muy molesto..)?

Con mucho gusto me pongo á la disposición de Vd. para que con confianza me diga en que puedo servir á Vd.

Es para mí mucho gusto poder hacer el pequeño servicio que Vd. me pide.

Gustosamente me aprovecho de esta ocasión para poder devolver á Vd. una parte de los innumerables servicios que Vd. me ha hecho.

B. FINAL.

Deseando — en el deseo — que Vd. se conserve siempre bueno y que pronto me daré el gusto de estrechar la mano de Vd. — de ver á Vd.; — esperando que en su ausencia Vd. no me olvide; — que Vd. tenga un viaje agradable... Sírvase Vd. dar mis finas expresiones á su mamá — sírvase Vd. ponerme á los piés de su mamá — y dar mis recuerdos á su hermano.

Hágame Vd. favor de ponerme á los piés de su apreciable hermana, dándole mis más finas memorias; y Vd. reciba el afecto de su amigo..

Suplicando á Vd. que le dé mis saludes — que le diga mil cosas de mi parte — á la mamá — al hermano de Vd. — me repito suyo de corazón.

Saludan á Vd. mis hermanos, y yo soy su afectísimo amigo. Cuídese Vd. mucho, diviértase, y quiera á su afectísimo — fiel, más afecto, fino y constante — amigo.

Hay salud, y nada que añadir, sino que es siempre todo de Vd...

Con esto me repito de Vd. muy afecto servidor y paisano. Aquí no hay novedad; consérvese Vd. bueno y mande como guste á su afectísimo...

Dándo á Vd. un afectuoso apretón de manos — un abrazo fuerte — reciba todo el cariño — afecto — de su..

Quedo de Vd.

Su afectísimo — sincero, verdadero, leal, constante — amigo.

Su amigo que quiere á Vd.

Suyo afectísimo.

C. EJERCICIOS.

1. Dar parte de su próximo viaje.
2. Contestar, deseando un buen viaje.

3. Dar parte de su llegada.
4. Escribir que uno se fastidia,—que espera verse pronto, etc., etc.
5. Dar diferentes noticias.
6. Quejarse de no recibir cartas más frecuentes.
7. Dar parte de su regreso.
8. Invitar á un amigo á hacer una visita.
9. Aceptar la invitación.
10. No aceptar la invitación, dando justas razones.
11. Dar un buen año nuevo.
12. Felicitar á un amigo en su cumpleaños.
13. Pedir un servicio.
14. Prometer hacer el servicio pedido.

EDITION BERLITZ.

Each number contains one long piece or a number of short ones.

The "Edition Berlitz" is a collection of the most interesting modern French Novelettes, Monologues, Comedies, etc., which have been carefully selected and expurgated for the use of Schools and for choice home reading. The Comedies are easily played by amateurs, and the "Monologues" can successfully be recited in entertainments.

The volumes marked * contain several different pieces and are therefore mentioned under various headings.

COMEDIES, Series I.

25 Cents per Number.

No. 1. Le Retour du Japon.
" 2. La Gifle.
" 3. { Les Rêves de Marguerite. / En Wagon.
" 4. Les deux Timides.
" 5. L'été de la St. Martin.
" 6. { Le Voyageur. / La Dame de Niort.
" 7. La Cigale chez les Fourmis.
" 8. Le Serment d'Horace.
" 9. La Demoiselle à Marier.
" 10. Embrassons-nous Folleville.
" 11. { L'Œillet Blanc. / Le Secret de Polichinelle.
" 12.* A la Porte.
" 13. La Duchesse Martin (with English notes).
" 14. La Peur du Mariage.
" 15. { Un Caissier. / L'heure de la Soupe.
" 16.* Un quart d'Heure avant sa mort.
" 17.* L'Antipathie (for girls).
" 18. Les Idées de Rosalie (for girls).
" 19. La Cage d'or (for girls).
" 20. La Grammaire (annotated).
" 21. Gustave (annotated).

MONOLOGUES.

Le Voyage à * * * (very comical). Series I., No. 12.
Solo de Flute (exceedingly funny). Series I., No. 16.
Le Député (sarcastic and bright). Series II., No. 1.
Les Renseignements (very amusing; partly to be sung). Series II., No. 2

L'Inventeur (easy to declaim and very laughable). **Series II., No. 7.**
Les Célèbres (funny nonsense). Series II., No. 3.
La Vieille Montre (sentimental). Series II., No. 3.
Autour d'un Chapeau (for a lady). Series II., No. 4.
Aurai-je un Prix (for girls). Series I., No. 17.
La Rose (for girls). Series I., No. 17.

NOVELETTES, SHORT STORIES, ETC., Series II.

15 Cents per Number.

No. 1.* L'Amour qui sauve (sentimental).
L'Embuscade (military).
" 3.* Le Combat des Trente (historical).
" 4.* Le Rapide de P. L. M. (humorous).
Marie ou le Mouchoir bleu (sentimental).
La Collaboration.
" 5.* Le Prix de Pigeons (humorous). A. Dumas fils.
" 6.* Treize à Table (humorous).
La Glace (humorous).
" 7.* La Dame de Carnoet (sentimental).
Le cas du Colonel Pinchon (humorous).
Le Lièvre de M. Dumoulin (humorous).
" 8. Feuilles d'Automne (sentimental).
Privat s'embête.
" 9.* La Chasse au Chien (humorous).
La Laide (sentimental).
" 10.* Le Savant et le Crocodile (sarcastic and humorous).
" 11.* Les Vieux (sentimental). A. Daudet.
Le Morceau de Pain (sentimental). François Coppée.
Mademoiselle Papa (sentimental).
" 12. La Petite Servante Russe (sentimental). Gréville.
L'Oreille d'ours (sentimental). André Theuriet.

SKETCHES, ETC., in Series II:

Sur la Branche (Idyl). Girardin. No. 1.
L'acteur aux nez de cire (a study). Coquelin cadet. No. 1.
Bien-être — Confort (a study). F. Sarcey. No. 1.
Scènes de la Vie de Théâtre (humorous). A. Dreyfus. No. 2.
Le Guillotiné par Persuasion (humorous). Henri Chavette. **No. 2.**
Gordon Pacha (historical). Reinach. No. 3.
Les Pièces sifflées (a study). Albert Laurent. No. 5.
Une Scène à l'Hôtel Drouot (realistic). No. 10.

POETRY, in Series II.

L'Epave. François Coppée. No. 6.
Epousez Caroline. No. 6.
Les Etoiles qui filent. No. 9.
Premier Sourire du Printemps. **No. 9.**
Le Bohémien. No. 11.

French with or without a Master.

2 vols., $1.00 each.

German with or without a Master.

1st vol., $1.00, 2d vol., $1.25.

Spanish with or without a Master.

2 vols., $1.00 each.

The advantages claimed for this method are:

(*a*) The lessons are mostly based on object-teaching, thus associating perception directly with the foreign expressions.

(*b*) Nearly all the lessons are in shape of conversation, in order to continually drill the student's ear and tongue.

(*c*) The most useful being always taught first, the student's mind is not overburdened with rules and words.

(*d*) Where rules are to be given, they are illustrated by striking examples.

(*e*) The pronunciation of all new words is carefully transcribed and the idioms and other difficulties are thoroughly explained, so that, if necessary, the students can progress without a teacher.

The method is designed:

(1) For self-instruction: the student in such case reads each lesson several times aloud and then asks himself the questions of the book, answering them.

(2) For reciprocal instruction in clubs or parties of friends, each member alternately taking the *rôle* of teacher, asking the questions and letting the other members answer. This is more advantageous than self-instruction, as the ear is drilled in catching the foreign sounds by hearing other people's voices.

(3) For schools in which a course in conversation is desired, besides the ordinary course in grammar and translation.

(4) For schools that have large classes or cannot give a great deal of time to languages; as in this book the students find all difficulties explained, thus being enabled to do a great deal of work outside of their recitations.

LOS VERBOS ESPAÑOLES

TABLES AND RULES

OF REGULAR AND IRREGULAR VERBS

assisting the pupil to understand at a glance the principles of the Spanish verb-formation.

By M. D. BERLITZ

Price 25 Cents.

A PRACTICAL

SMATTERING OF SPANISH

By M. D. BERLITZ

Price 30 Cents.

VERB DRILL

A THOROUGH COURSE IN

THE FRENCH VERBS

BY

CONSTANT PRACTICE IN CONVERSATION

FOLLOWED BY THE

RULES ON THE USE OF MOODS AND TENSES

WITH EXERCISES

By M. D. BERLITZ

Price 75 Cents.

To avoid fine, this book should be returned on
or before the date last stamped below

50M—9-40

ages

rk

road St.

ıt Streets

ılnut Sts.

Montevideo, Plaza Libertad, 9.
Rosario, 651 Maipu

AWARDS TO THE BERLITZ METHOD

Paris Exposition,		1900	- -	**Two Gold Medals**
Lille	"	1902	- -	**Gold Medal**
Zurich	"	1902	- -	**Gold Medal**
St. Louis	"	1904	- -	**Grand Prize**
Liège	"	1905	- -	**Grand Prize**

Tx
465.
B516

The Berlitz Schools of Languages

FRANCE

PARIS, 27 Avenue de l'Opera
" 180 Boulevard St. Germain
" 49 Avenue des Champs-Elysees
LILLE, rue Faidherbe
LYONS, 13 rue de la Republique
BORDEAUX,
MARSEILLE

BRUSSELS, 5
ANTWERP, 8

Gl
LONDON, 231
" 84-
" 142
" 3 H
BRIGHTON, 1
BRISTOL, 17 I
DUBLIN, 59 G
EDINBURGH,
GLASGOW, 15
LEEDS, 13 Bo
LIVERPOOL,
MANCHESTE
SHEFFIELD,

BERLIN, Leip
AIX-LA-CHAP
BREMEN, Oste
BRESLAU, Ta
CASSEL, Stand
COLOGNE, Kr
DANZIG, Lang
DRESDEN, Pra
DUSSELDORF
ELBERFELD,
FRANKFURT
HAMBURG, Kc
HANNOVER, 2
HEIDELBURG
KARLSRUHE,
KONIGSBERG,
LEIPZIG, Univ
MAGDEBURG,
MÜNCHEN, Re
NÜRNBERG, K
STETTIN, Breit
STRASSBURG, I

The limited
Schools, consist
of our offices.

RUSSIA

ST. PETERSBURG, Newsky Prospect

AUSTRIA-HUNGARY

VIENNA, Graben 13
BUDAPEST, Ferenczi Kerst 2

Tx
465.2
15

Berlitz, M.D.
Método-Berlitz para la enseñanza de idiomas
modernos; parte española.
663309

DATE
NAME
DATE
NAME

663309